

Library of The Theological Seminary

PRINCETON · NEW JERSEY



PRESENTED BY
Princeton University
Library

BS299

.2

1923

EL
LIBRO DE JOB

✓ Bible. O.T. Job.

Spanish. 1923.

AP



EL
LIBRO DE JOB

VERSIÓN DIRECTA DEL HEBREO
E INTRODUCCIÓN CRÍTICA POR

D. FRANCISCO JAVIER CAMINERO

Y

ADVERTENCIA PRELIMINAR POR

D. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

OBRA INÉDITA

PUBLICADA Y ANOTADA POR EL

P. SANDALIO DIEGO, S. J.

IMPRIMI POTEST

Ferdinandus Gutiérrez del Olmo, S. J.

Praep. Prov. Legionen.

LIBRO DE LOS
S

NIHIL OBSTAT

Thomas Fernández, S. J.

Cens. eccles.

NIHIL OBSTAT

Santanderii 27 julii 1923

Petrus Santiago Cãmporredondo,

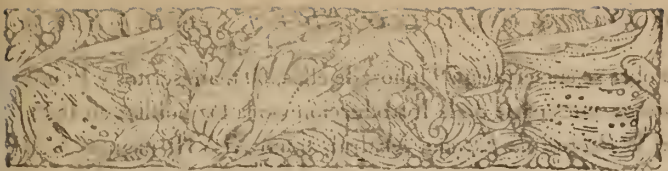
Canonicus Theologus.

IMPRIMATUR

Santanderii 28 julii 1923

† Joannes,

Episcopus Santanderien.



PROLOGO DEL EDITOR



N un docto artículo que el benedictino P. Plaine escribió sobre las versiones españolas de la *Biblia* en el *Diccionario bíblico* de Vigoroux, consignaba (1) que en posesión de D. Marcelino Menéndez y Pelayo existía por entonces (1897) una traducción inédita del LIBRO DE JOB, elaborada directamente del texto hebreo por el Dr. D. Francisco Javier Caminero.

Acudí, guiado por esta indicación, a la actual «Biblioteca de Menéndez y Pelayo», en Santander, y me encontré allí, superadas mis esperanzas, con un manuscrito ultimado para la imprenta, que contenía la versión apetecida, acompañada de una magistral introducción crítica, más un prólogo, por añadidura, donde se trazaba una magnífica semblanza literaria del traductor nada menos que por la pluma insuperable de D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Esá obra manuscrita es la que ahora publicamos. Consta de tres partes: Advertencia preliminar o prólogo, Introducción y Versión del LIBRO DE JOB. La Advertencia preliminar está escrita por amanuense en diez cuartillas, con leves correcciones y añadiduras de letra de Menéndez y Pelayo. El resto de

(1) VIGOUROUX, *Dictionnaire de la Bible*. Tomo II. París, 1899, col. 1964. Vol. XVII (1881), pág. 69.

la obra se encierra en 79 folios: de ellos, 60 manuscritos y 19 impresos, pues parte de la Introducción vió la luz pública en 1875, en la *Revista de España*, Madrid, tomo XLVII, páginas 5-20 y 197-217.

Los elogios que del modesto y ejemplar sacerdote palentino D. Francisco Javier Caminero, muerto, electo Obispo de León, en 1885, tejieron sus contemporáneos, pudieran a primera vista parecer hiperbólicos si para comprobarlos no contáramos con un testimonio mayor de toda excepción: las numerosas y sabias publicaciones de aquel varón esclarecido.

Cuando, en 1881, fué incorporado en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, escribía así *La Ciencia Cristiana*: «Un sacerdote doctísimo, erudito, de entendimiento prepotente, profundamente versado en Teología, Filosofía y Sagradas Letras, de gran competencia en los estudios físicos y químicos, autor de un *Manuale Isagogicum in Sacra Biblia*, libro suficiente él solo para formar la reputación de un hombre, polemista y publicista católico de talla nada común, pero más modesto y humilde aún que sabio, el Sr. D. Francisco Caminero, empleado de la Biblioteca Nacional, leyó su discurso de entrada en aquella Academia.» El, por su parte, encabezaba aquel discurso con estas frases de cristiana modestia: «Humilde sacerdote, oscuro polemista católico, conocido apenas de reducidísimo número de lectores, sin asomos de ingenio ni de ciencia, ¿cómo soñar siquiera en que tan docta Corporación había de llamarme a su seno, buscándome en el oscuro rincón de la Biblioteca Nacional, donde paso mis días apacentando mi afición a los libros y al trabajo, única recomendable cualidad que acaso podáis reconocerme sin exceso de benevolencia?»

Pero todos los demás encomios palidecen y huelgan ante

los que le tributa el polígrafo montañés en la advertencia preliminar, y que me abstengo, aun en mínima parte de aducir, porque con más agrado y novedad sean saboreados del lector.

No me extenderé tampoco en realzar el valor de la introducción crítica, en la que el Dr. Caminero revela su esplendente talento, no menos erudito que razonador y vigoroso. Algo, es cierto, ha perdido de actualidad aquel estudio introductorio; pero con todo merece conservarse íntegro, por cuanto agrupa y pone en circulación una porción de ideas que inician, mejor que notas sucintas y aisladas, en la inteligencia del difícil LIBRO DE JOB.

Y viniendo ya a la versión misma, la mejor manera de juzgar de ella es la comparación con las otras versiones.

Como emanada directamente de la verdad hebraica, aventaja en esto a las de Scío y Torres Amat, trasladadas de *Vulgata* latina, aparte de que en este libro la de Torres Amat es diluída, parafrástica y alejada en demasía del sabor oriental del texto primigenio, e inferior en tal concepto a la misma de Scío, más concisa y de gusto más semítico, aun a través de una doble versión.

De las hechas directamente del hebreo, tenemos la de los antiguos judíos españoles o Ferrariense, árida y rígida, henchida de exóticos idiotismos y anárquicas locuciones, y a veces por completo enigmática.

Más suelta e inteligible, pero anticuada asimismo en fondo y forma, es la llamada *Biblia de la Casa de Alba*, puesta en romance por RABÍ MOSÉ ARRAGEL DE GUADALFAJARA (1422-1433) y editada recientemente con regia esplendidez por el DUQUE DE BERWICK Y DE ALBA.

Todavía más utilizable, por la fluidez y tesoro de lenguaje, sería la de Casiodoro de Reina, ligeramente retocada por Ci-

priano de Valera; pero ni sus autores pasaban de modestos hebraizantes, inhábiles para legarnos una traducción genuína de un libro como el de Job, ni el estado de los conocimientos de entonces consentiría que no hubiese hoy que modificarla en pasajes numerosos. La que propaga la Sociedad Bíblica con el nombre de Valera está en tal forma retocada, que ni desde el punto de vista científico, ni para el uso práctico puede recomendarse.

Réstanos otra versión por recordar, a la que va ligado el nombre inmortal de Fray Luis de León. Ciertamente que como hebraizante, como exégeta, como estilista, ¿quién como él pudo transmitirnos una traducción incomparable? Y con todo, la que del LIBRO DE JOB nos dejó, cede en gran manera a la que elaboró sobre el *Cantar de los Cantares*. Porque, a semejanza de ésta, posee aquélla cierto carácter híbrido, hecha como está sobre el hebreo en máxima parte, y en parte también sobre el latín, según que múltiples ejemplos y el testimonio del mismo autor lo patentizan. Tampoco pasan en vano los siglos, ni sobre los estudios hebraicos enriquecidos modernamente con las investigaciones de la filología comparada, ni sobre la lengua viviente del vulgo que hoy extraña vocablos y giros de una versión atendida estrictamente a la letra del hebreo.

Y éstas son las traslaciones que se han impreso del LIBRO DE JOB en lengua castellana. Un contemporáneo de Caminero, el conocido hebraísta D. Antonio García Blanco, emprendió también otra traducción directa del original, que hoy se guarda manuscrita en la misma Biblioteca de Menéndez y Pelayo: sólo alcanza hasta el capítulo 10. Pero eso que queda da muy suficientes indicios para apreciar lo que hubiera sido la obra terminada: un trabajo útil en puntos aislados para los eruditos, e inepto para ser saboreado y popularizarse entre el vulgo.

La versión del Dr. Caminero representa grande esfuerzo propio, atendidos los escasos subsidios que para llevarla a feliz término contaba su autor. De las modernas traducciones sólo dos tenía a la vista, francesas: la de Le Hir y la de su discípulo Renán, que gozaban a la sazón de celebridad; elegantes ambas, aunque atildadas a veces en demasía al gusto académico de los franceses, con detrimento del vigor y colorido oriental.

Utilizó también una traducción rabínica manuscrita de hacia el siglo XV, que le valió para afianzarse en puntos difíciles en su propia versión, en la cual procedía con entera independencia y con grand miramiento y estudio, sobrepujando, por eso, en fidelidad a Le Hir y mucho más a Renán.

No se encuentran en ella las trasposiciones y pequeñas pero innumerables mudanzas que afean la versión alemana de Hontheim, egregia por otros conceptos (1); ni las dislocaciones y mutilaciones que desfiguran la ceñida y enérgica del racionalista Duhm (2); ni adolece tampoco de esa manía de cambiar y corregir, por conjeturas, el texto en cuanto se interpone grave dificultad, de lo cual suministra no escasos ejemplos la reciente versión inglesa de DRIVER Y GRAY en *The International Critical Commentary* (3).

Caminero, conforme lo asevera él mismo, no propone traslación alguna que sea del todo nueva entre los doctos; antes, rarísima será, si alguna se halla, que no esté patrocinada por

(1) HONTHEIM, *Das Buch Job*. Friburgo, 1904.

(2) DUHM, *Das Buch Hiob*. Tubinga, 1907.

(3) DRIVER AND GRAY, *A Critical and Exegetical Commentary on the Book of Job*. Edimburgo, 1921.

uno o varios filólogos de nota. Cosa, por lo demás, fácil de confrontar con sólo revolver dos comentarios: el latino de Knabenbauer (1) y el alemán de Dillmann (2), que recogen y discuten las principales opiniones emitidas por los precedentes intérpretes y hebraizantes.

A la versión acompañan múltiples notas, casi siempre filológicas, en que aduce o corrige el intérprete otras traducciones, sobre todo la de Renán. De otras dotes que, como la soltura, concisión, claridad y sobria elegancia, saltan a la vista, no hay para qué detenerme a especificarlas. En vigor y vida, en fluidez y, más que todo, en la conexión y enlace del pensamiento, realizado por el hábil empleo de las partículas, del hipérbaton y de la selección de frase, todavía puede en varios puntos mejorarse. Pero ni esto lo alcanzará alguno sin perseverante labor, ni dejará nadie de admirar el caudal de trabajo propio y aspecto nuevo que presenta esta interpretación, la mejor, entretanto, que poseemos en nuestra lengua para saborear menos imperfectament los primores del sagrado poema de Job.

Ilustraremos con algunos ejemplos típicos lo expuesto, entresacados, para mayor unidad, de un mismo capítulo, el capítulo sexto de Job, omitiendo por innecesarios los deducidos de las traducciones de Scío y Amat.

La Ferrariense dice:

«Y Respondio Yioh, y dixo. Oxala pesando fuesse pesada mi saña; y mi quebranto en balanças alçassen auna... Si gime zebro sobre hermollo? si brama buey sobre su pesebre? si se come enxabido sin sal? si ay sabor en clara de huevo? No

(1) KNABENBAUER, *Commentarius in Librum Iob*. París, 1886.

(2) DILLMANN, *Iiob*. Leipzig, 1891.

quiso por tocar mi alma; ellos como dolores de mi carne. Quien diese viniese mi de manda! y mi esperanza diese el Dio! Y envoluntasse el Dio y majassemel! soltasse su mano y despedaçassemel! Y seria mas mi conhortel, y assóme con dolor, no apiadó; porque no negué dichos de sancto» (vv. 1, 2, 5-10) (1).

La Biblia de la Casa de Alba traslada así:

«Respondio Iob e dixo:

Sy pesada fuese la mi yra e saña e el mi quebranto a pesar en balanças todo iunto lo pusiesen, syn dubda que mas que arena del mar pesaria, por lo qual las mis palabras de dolor son llenas.

(*Jer. ° — Sy pesados fuesen los mis pecados por los cuales yo merezco yra.*)

Que las saetas del poderoso Dios conmigo son, e la su poçoña della; beue el mi spiritu, e las turbaciones del Señor me ordenan.

Nunca rugue el zebro yerua fallando, nin muylla el buey sobrel çebo que tiene en su pesebre.

¿Sy es de comer manjar syn sal, o sy ay sabor en clara de huego? (*o si podra alguno gastar lo que trae muerte.*)

Que non quiere tañer la mi anima, ellos son angustia e dolor del mi manjar.

¿Quien diese que viniese la mi petiçion, e la mi esperanza me cumpliese el Señor?

E ya quisiese el Señor que me acabase de matar, e soltase la su mano e taiaseme.

Lo qual yo por consolacion aueria que yo me affliguo con

(1) *Biblia en lengua española, traducida palabra por palabra de la verdad hebraica por muy excelentes letrados....* Amsterdam, 5421 (1661), pág. 1.072.

dolor, e non ha piadat, que non contradixe los sermones del santissimo Dios.» (1).

Casiodoro de Reina traduce (2):

«⁵ No gemirá el asno montés junto a la yerba? Y bramará el buey junto a su pasto?»

⁶ Por ventura comerseha lo dessabrido sin sal? o aurá gusto en la clara del huevo?

(3) ⁸ Quien me diesse^h que viniesse mi petition, y que Dios me diesse lo que esperó.

(4) ¹⁰ ^e Y (en esto) creceria mi consolacion, si me assase con dolor sin haber misericordia: no que haya contradicho las palabras^f del Santo.»

Valera (5) introduce las siguientes modificaciones en la precedente versión de Casiodoro:

(6) «⁵ Si gime el asno montés junto a la yerva? si brama el buey junto a su^b pasto?»

Como se ve, corrigió con acierto a Reina, que proponía opuesto y, por tanto, falso sentido.

(1) *Biblia (Antiguo Testamento) traducida del hebreo al castellano por RAB^f MOSÉ ARRACÉL DE GUADALFAJARA (1422-1433?) y publicada por el DUQUE DE BERWICK Y DE ALBA. Tomo II. [Madrid] Imprenta Artística-MCMXXII. pág. 692.*

(2) *La Biblia, que es los sacros libros del vieio y nuevo Testamento. Tradladada en español. M. D. LXIX. Ad loc.*

(3)^h Heb. *mi esperança*. N. B. Estas notas de Casiodoro de Reina y de Valera están impresas al margen, no al pie de la página.

(4)^e Heb. *Y sera aun mi*, etc.

^f O, Sanctas, q. d. peccado contra la ley de Dios.

(5) *La Biblia. Que es, los sacros libros del vieio y nvevo Testamento. Segunda edición. Revista y conferida con los textos hebreos y griegos y con diversas traslaciones, por CYPRIANO DE VALERA. En Amsterdam. M. DCII. Ad. loc.*

(6)^b *A estas preguntas la respuesta es, No.*

En el v. 6 omite la frase: *por venturá*; en el v. 8, suprimiendo el acento, que sin duda era errata de impresión, escribe: *espero*, y en el v. 10 sustituye el paréntesis por la letra cursiva al principio del v.: *Y en esto*, y además a la voz *dolor* añade esta nota marginal: *S. Dios*.

La edición de la Sociedad Bíblica de 1908, aparte de retoques en los demás versos, cambia por completo el v. 10 en esta forma: «Y sería aún mi consuelo, si me asaltase con dolor sin dar más tregua, que yo no he escondido las palabras del Santo.» Esta traducción, sobre ser filológicamente infundada, desvía el sentido de uno de los versículos más importantes para formar recto criterio sobre el ánimo de Job (1).

Fray Luis de León vierte así el v. 15, conforme al latín la primera mitad, y la segunda según el hebreo: *Mis hermanos me pasaron como arroyo, como avenida de arroyo me pasaron*. Asimismo en el v. 16: *Que temen la helada, y en ellos cae y se esconde la nieve*; en la primera mitad sigue a la *Vulgata* y en la segunda funde en una dos versiones, pues el latín dice *cae*, y el hebreo *se esconde*; y Fray Luis, juntando las dos, pone *cae y se esconde*. Y no es que en estos casos desconociera la fuerza del original, toda vez que en el comentario escribe (2): «lo que decimos *me pasaron*, podemos también según su propiedad decir, *mé faltaron y mintieron*», que es la traducción del hebreo. «Y dice *temer* por *ennegrecer* y *enturbiarse*, según la propiedad de su lengua.» Efectivamente, la dicción hebra significa *ennegrecer* o *enturbiarse*.

A continuación doy fielmente transcritos los doce primeros versículos de la traducción de García Blanco, según el autó-

(1) Cfr. KNABENBAUER, etc. Ad loc.

(2) *Biblioteca de Autores Españoles*, tomo XXXVII (*Obras del MAESTRO FRAY LUIS DE LEÓN*. Madrid, 1872, pág. 326).

grafo del autor, economizando comentarios, que mejor se los harán los lectores:

«*Enajenóse* luego Hiyob y dijo: ojaláh se pesara bien pesado mi *chasco*, y fuese en balanzas que a una levantaran! Que ya más que arena de los mares pesaría; y por eso mis palabras languidecen: que saetas del Omnipotente (superlativo) contra mí, cuya *quemazon sacia o azota* mi espíritu, abatimientos terribles me coronan. Si rozará el *fiero* onagro sobre el prado? Si mugirá el *toro* sobre el *ballico*? Si se comerá insulso por falta de sal? Si habrá gusto o manjar con caldo de *berdolaga*? Resístese a tocar mi alma estas cosas que son como achaques de mi comida. Quién diera conviniese mi petición (*sola*) y mi esperanza concediera Dios! y quisiera Dios, y me confundiera; *desatara* su mano y me abatiera! Pero habrá aún consuelo mío y saltaré de contento; no faltará que no reniego de sus santas palabras. Qué esfuerzo mío por esperar y qué extremo mío por entretener mi alma! Si *cuajo* de piedra será mi cuajo? Si mi carne será de bronce?»

Caminero, en cambio, con más discreción y fidelidad, traslada así estos mismos versículos:

Y Job respondió, diciendo:

¡Ojalá se pesase a lo justo mi queja,
y mi mal subiese en balanza juntamente!
En breve pesaría más que la arena del mar;
por eso mis lamentos fueron temerarios.
Que en mí se clavaron las saetas del Todopoderoso,
su veneno consume mi espíritu,
los terrores de Dios combaten contra mí.
¿Rebuzna el asno montés junto a la yerba?
¿muge el buey junto a su pienso?
¿Cómo se ha de comer sin sal lo insípido?
¿qué gusto hay en el caldo de verdolagas?

Mi alma rehusa tocarlo,
 ello es el asco de mi comida.
 ¡Quién me diera se cumpliera mi petición!
 que Dios otorgue la esperanza mía!
 ¡Que quisiera Dios aplastarme de una vez,
 extendiera su mano y me partiera!
 Y aun sería un consuelo para mí,
 gozara entre el dolor que no se aplaca,
 por no haber traspasado los mandamientos del Santo.
 ¿Cuál es mi fortaleza para esperar?
 ¿cuál mi fin para prolongar mi paciencia?
 ¿Es mi fortaleza la de las piedras?
 ¿es mi carne de bronce?

¿Quién no saborea las bellezas de la poesía bíblica en los siguientes fragmentos de la traducción de Caminero?

1.—*Lamentos de Job.*

¿Por qué desde el vientre no expiré?
 ¿no perecí al salir de las entrañas?
 ¿Por qué me mecieron rodillas?
 ¿y pechos por qué mamé?
 Pues ahora muerto descansara,
 y en mi sueño reposaría;
 Con los reyes y grandes de la tierra
 que se construyen mausoleos;
 O con los próceres que rebosan de oro,
 que llenan sus casas de plata;
 O como aborto clandestino no subsistiera,
 como los niños que no vieron la luz.
 Allí (1) los perversos dejan sus fechorías,
 allí descansan los de cansadas fuerzas.

(1) En la región de los muertos.

Allí los cautivos viven todos tranquilos,
 y no oyen la voz del capataz.
 Allí están el pequeño y el grande,
 y el esclavo, libre de su señor.
 ¿Para qué dar al miserable luz,
 y vida a corazones llenos de amargura?
 ¿Que esperan la muerte y no llega,
 que la buscan más que a los tesoros;
 Que se gozan hasta el júbilo,
 se regocijan al encontrar el sepulcro? (III, 11-22.)

2.—Elogio de la sabiduría.

Mas la sabiduría, ¿dónde encontrarla?
 ¿cuál es el lugar de la prudencia?
 No conoce el hombre su valor,
 ni se halla en la tierra de los vivos.
 El océano dijo: «No está en mí»,
 y dijo el mar: «Ella no está conmigo.»
 No se dará oro fino a cambio de ella,
 ni plata se pesará por precio suyo.
 No se pondrá en balanza con oro de Ofir,
 con ónique precioso ni zafiro...
 Ocultóse a los ojos de todo viviente,
 y a las aves del cielo fué velada.
 La perdición y la muerte dijeron:
 «A nuestros oídos ha llegado su fama.»
 Dios es el que conoce sus caminos,
 y El sabe su morada...
 Y dijo al hombre: «El temor de Dios, esa es la sabiduría,
 apartarse del mal, esa es la inteligencia.» (Del cap. XXVIII.)

3.—Job en la prosperidad.

¡Quién me diera volver a los tiempos pasados,
 a los días en que Dios me protegía!...
 Cuando el Omnipotente era conmigo,

y mi familia alrededor de mí;
 Cuando mis pies lavaba con manteca,
 y la piedra fluía en mi casa piélagos de aceite;
 Cuando salía a las puertas de la ciudad,
 y en el foro erigían mi silla.
 Los jóvenes al verme se ocultaban,
 los viejos se levantaban, y quedaban de pie.
 Los nobles contenían la palabra,
 y ponían la mano en la boca.
 La voz de los caudillos se callaba,
 y su lengua se pegaba al paladar.
 El oído que me escuchaba me apellidaba feliz,
 y el ojo que me veía era en favor mío...
 Decía yo: «En mi nido moriré,
 prolongaré mis días cual la arena.
 Mi raíz, extendida hasta las aguas,
 y en mis ramas pernoctará el rocío.
 Mi gloria se renovará conmigo,
 y se fortalecerá mi arco en mis manos.»
 (Del cap. XXIX.)

4.—*Teofanía.*

Entonces Jehováh respondió a Job de en medio de la nube
 tempestuosa, diciendo:

¿Quién es este que empaña mi consejo
 con discursos sin prudencia?
 Ciñe tu cintura como varón,
 yo te preguntaré, y enséñame.
 ¿Dónde estabas al fundar yo la tierra?
 Indícalo, si tienes inteligencia.
 ¿Quién determinó sus dimensiones?, ¡tú lo sabes!
 ¿quién extendió sobre ella cordel?
 ¿Sobre qué descansan sus cimientos,
 o quién asentó su piedra angular:
 Entre las aclamaciones de los astros matutinos,
 y el regocijo de todos los hijos de Dios?

¿Quién cerró con diques el mar,
 cuando impetuoso salía de madre?
 Al ponerle yo las nubes por vestido,
 y al nublado por pañales suyos;
 Cuando le imponía yo mi ley,
 y le ponía puertas y cerrojos;
 Y dijele: «Hasta aquí vendrás, no pasarás,
 y ahí se romperá la soberbia de tus alas...»
 ¿Bajaste tú hasta las fuentes del mar,
 o visitaste las profundidades del abismo?
 ¿Se abrieron ante ti las puertas de la muerte,
 o las puertas del negro abismo viste?
 ¿Has contemplado la amplitud de la tierra?;
 muestra todo esto, si lo sabes.
 ¿Dónde está el camino de las moradas de la luz?
 y las tinieblas, ¿cuál es su lugar?
 ¡Tú, sin duda, las conduces a su término,
 y distingues las sendas de su casa!
 ¡Lo conoces, pues ya habías nacido,
 y es muy grande el número de tus días!
 ¿Entraste en los tesoros de la nieve?,
 ¿viste los almacenes de granizo:
 Que reservé para el tiempo de la angustia,
 para el día de guerra y de batalla?...
 ¿Quién repartió conductos a las aguas,
 y abrió camino al rayo de los truenos?
 Para hacer llover sobre tierra desierta,
 sobre desiertos en que no hay hombre alguno;
 Para empapar las áridas llanuras,
 y hacer brotar la verde yerba.
 ¿Tiene padre la lluvia?;
 ¿quién engendró las gotas de rocío?
 ¿De qué seno ha salido el hielo?,
 y la escarcha del cielo, ¿quién la engendró?
 Desparecen las aguas, hechas como piedras,
 y se congela la superficie del mar.

¿Atas tú acaso los lazos de las pléyades (1),
 o desatas las ligaduras del orión?...
 ¿Alzarás tu voz hasta las nubes,
 y aguas abundantes te cubrirán?
 ¿Enviarás los relámpagos, e irán,
 y te dirán: «Aquí nos tienes?» (Del cap. XXXVIII.)

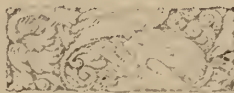
Basten estos trozos para apreciar el relevante mérito de la versión.

Aparte de los apéndices y de los epígrafes y argumentos de los párrafos y capítulos, sólo me he reservado añadir al original algunas notas más indispensables que, para distinguirlas de las del autor, van designadas con una E., inicial de editor. Únicamente un versículo, como lo indico en su nota respectiva, he modificado: en todo el resto de la obra no he suprimido, ni añadido, ni alterado dicción ninguna.

Por fin, al erudito y diligente bibliotecario de la Biblioteca de Menéndez y Pelayo, D. Miguel Artigas, testifico mi gratitud por las facilidades y atenciones de que para el presente trabajo le soy deudor.

SANDALIO DIEGO, S. J.

Universidad Pontificia de Comillas, 26 de julio de 1923.

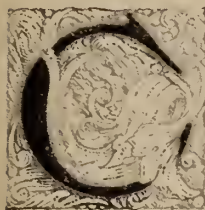


(1) ¿Mantienes tú juntas las estrellas pléyades y separadas las del orión?





ADVERTENCIA PRELIMINAR



COMO obsequio a la buena memoria del ilustre Obispo de León, Dr. D. Francisco Javier Caminero y Muñoz, imprímense en el presente volumen dos trabajos suyos de filología hebrea y de crítica bíblica que, seguramente, no han de ser de los que menos contribuyan a perpetuar su nombre.

El género de estudios en que aquel sabio varón ejerció la mayor parte de su vida no era de los que más fácilmente suelen llegar al conocimiento y estimación del vulgo, pero los doctos supieron darle todo su precio y reconocer que nadie en España ha comprendido tan exactamente como el doctor Caminero el verdadero carácter que conviene a la apologética contemporánea.

Huyendo de la gárrula declamación, del vano sentimentalismo y de la torpe agitación de las rencillas políticas, en que tantos otros escritores católicos malgastan miserablemente sus fuerzas, dignas, quizá, de mejores empeños, procuró salvar por su propio esfuerzo y trabajo intelectual la distancia, por desdicha no pequeña, que hoy separa nuestra cultura teológica de la que alcanzan países más felices o más adelantados, y de la que gloriosamente alcanzó en otros tiempos nuestra ciencia. Dióse, pues, con especial ahinco a la adquisición de

todos aquellos instrumentos de trabajo que hoy requiere el estado de las controversias religiosas, y concentró principalmente sus tareas en los dos campos de la filosofía y de la exégesis bíblica. En uno y otro concepto produjo obras verdaderamente memorables, pero todavía osaremos afirmar que era más escriturario y exégeta que filósofo. Es cierto que sus admirables cualidades de polemista no han sido sobrepujadas por ningún otro de nuestros escritores, y a ellas deben su mayor precio los excelentes libros que nos ha dejado sobre el Krausismo, el Materialismo y la Moral utilitaria, que pudieran formar, juntos, un cuerpo de crítica filosófica, con el cual nada hallaríamos comparable en nuestra filosofía moderna después de los trabajos de Balmes. Pero aunque en la parte crítica sea el espíritu de Caminero superior a todo encomio, adolece en la parte dogmática de algunos resabios tradicionalistas que le hacen mirar con excesiva desconfianza los procedimientos y resultados de la especulación racional, y le llevan a veces (a lo menos en apariencia) hasta a incluir el mismo espiritualismo cristiano en las censuras que lanza contra todo racionalismo.

Esta posición de su espíritu, que le presta notable originalidad respecto del movimiento de restauración escolástica, al cual sirvió como aliado, pero en el cual no se confundió nunca, impide, no obstante, calificarle de filósofo puro, puesto que empieza por dudar del valor y eficacia de la ciencia humana y propende a apoyar en el criterio de la revelación y de la tradición los fundamentos del orden metafísico, sin llegar, no obstante, en ninguna ocasión a las intemperancias de lenguaje, y a las tesis manifiestamente escépticas que la Iglesia ha condenado en otros tradicionalistas. Su mismo sistema debía empujarle, naturalmente, al campo de los estudios bí-

blicos, aunque todas las aptitudes de su espíritu no le llevaran a él, y aunque no fuera éste el punto donde hoy se han concentrado todas las negaciones racionalistas, pasando de los nebulosos libros de los exégetas de la escuela de Tubinga a las brillantes y afiligranadas páginas de Ernesto Renán. Cuando de tales cosas apenas comenzaba a tenerse noticia en España; cuando en nuestros Seminarios corrían como texto, para las clases de escritura, libros atrasados en más de treinta años, y que, si podían dar satisfactoria respuesta a las superficiales objeciones de la filosofía francesa del siglo pasado, eran de todo punto impotentes para resistir la nueva y más formidable invasión, emprendía el Dr. Caminero, y felizmente lo llevaba a término en 1867, la composición de un *Manuale Isagogicum*, que condensaba con singular precisión y método las más adelantadas enseñanzas de la exégesis bíblica en las escuelas católicas de Alemania, de Francia y de Italia. La lengua en que el *Manuale* estaba escrito y su carácter de libro de texto para la enseñanza eclesiástica, impidieron que por de pronto se vulgarizase entre la masa del público, así como la novedad de su contenido hizo que le mirasen con despego los espíritus aferrados a la vieja rutina escolástica y al cómodo procedimiento de resolver *a priori* o con el testimonio de autoridad las cuestiones históricas y positivas, en vez de quemarse las cejas estudiando hebreo, griego, alemán, geografía de la Palestina, arqueología y otra porción de disciplinas en que forzosamente había de iniciarse el que se decidiera a seguir el camino abierto por el *Manuale Isagogicum*.

Pero Caminero no desistió de su generoso intento y quiso hacer llegar a todos la parte más importante de su labor, valiéndose ya de la lengua vulgar y del poderoso medio de las revistas y publicaciones periódicas, sin esquivar aquellas que,

como la *Revista de España*, presentaban campo franco y neutral para todo género de opiniones. En esta forma publicó su magnífico *Estudio sobre el Evangelio de San Juan*, otro sobre la composición de los Evangelios sinópticos y, finalmente, dos libros magistrales que, a no estar escritos en lengua tan poco leída, al presente, como la nuestra, correrían en manos de todos los católicos de Europa con no menor estimación que los de Moehler, Ghiringhella y Monseñor Freppel. Estos libros son las *Conferencias sobre el Nuevo Testamento* y *La Divinidad de Jesucristo en presencia de las escuelas racionalistas*, obra esta última destinada a rebatir las conclusiones del moderno arrianismo, unitarismo o *protestantismo liberal*, formuladas en un libro ruidoso de Alberto Réville.

A empresas todavía más arduas dedicó el Dr. Caminero los últimos años de su vida, en medio de las tenaces dolencias que del exceso de trabajo suelen nacer, y que, prematuramente, cortaron aquella existencia, de tan estimable valor para los grandes intereses de la ciencia católica, hoy más comprometida en España que por la audacia de sus enemigos, por la torpeza, desmaño e increíble ceguedad de sus defensores. Mientras otros disputaban prolija y fastidiosamente sobre temas tan interesantes y de tanta profundidad filosófica como el de *el liberalismo es pecado* o el de *el libre cambio en sus relaciones con el catolicismo* (1), Caminero encontraba ocupación

(1) Téngase en cuenta que se trata de un escrito póstumo, redactado por el autor muchos años antes de morir, y que si no vió a su tiempo la luz pública su razón debió haber para ello. Quizá obedeciendo a ulterior reflexión, propia o ajena, dejó el escritor para adelante revisar sus cuartillas, sorprendiéndole la muerte antes de ejecutarlo. El editor sólo responde de haber reproducido íntegra y fielmente el original, patente a todos en una biblioteca pública.— E.

mucho más digna de un sacerdote católico (1) en traducir directamente de la verdad hebraica el texto del Antiguo Testamento, ilustrándole con notas, comentarios y disertaciones

(1) Sin entrar en comparaciones, no siempre adecuadas y con frecuencia odiosas, digna ocupación fué la de Caminero al traducir el sagrado texto, y digna la del ínclito apologista católico y ejemplar sacerdote Dr. D. Félix Sardá y Salvany al editar su opúsculo *El liberalismo es pecado*, el cual mereció la aprobación del alto Tribunal de la Sagrada Romana Congregación del Indice. «La Sagrada Congregación», según consta en carta de su Secretario, dada a 10 de enero de 1887, «después de haberlo examinado todo con maduro examen», falla que en dicho opúsculo «nada encuentra contra la sana doctrina, antes su autor, D. Félix Sardá, merece alabanza, porque en la materia que toca propone y defiende con sólidos argumentos, expuestos con orden y claridad, la sana doctrina sin ofensa de persona ninguna».

Meses después, el Cardenal Prefecto de la Sagrada Congregación escribió al señor Obispo de Barcelona la siguiente carta, que hemos creído deber trasladar íntegra:

«Roma de la Secretaría de la Sagrada Congregación del Indice, día 29 de agosto de 1887.

Ilmo. y Rvdmo. Señor y Hermano:

Han sido elevadas a la Sede Apostólica humildes preces de algunos fieles de esa Diócesis, quienes desean saber cuál sea el genuino significado de la carta acerca del opúsculo del presbítero D. Félix Sardá y Salvany, que tiene por título *El liberalismo es pecado*, dirigida a Tu Grandeza por el R. P. Secretario de la Sagrada Congregación del Indice el 10 de enero del corriente año.

Las razones que han dado lugar a las dudas y ansiedades han nacido de que algunos han querido extender los conceptos de esta carta a las cuestiones políticas que hierven entre los católicos de España, de lo que hanse seguido acres disputas entre los escritores de periódicos, aptas para perturbar conciencias y para fomentar disensiones.

Examinadas detenidamente, por orden del Sumo Pontífice, las susodichas preces, se ha visto claramente que las alabanzas que la carta del Secretario tributa al opúsculo mencionado, de las cuales se deducía principalmente el motivo de dudar, se refieren únicamente a la tesis en abstracto y a los principios generales de la doctrina que el Sr. Sardá ha expuesto clara y ordena-

de gran sabiduría, a tenor de los adelantos científicos modernos. Dejó traducida de esta suerte, aunque no dispuesta todavía para pasar a la imprenta, la mayor parte del *Pentateuco*,

damente, según las enseñanzas de la Iglesia, pero no a algunas proposiciones incidentales o alusiones allí tal vez contenidas, que miran al orden concreto de los hechos o al estado de las cosas políticas de España, pues no hubo intención alguna ni propósito de tocar a estas cosas. Por lo cual, de ninguna manera estuvo ni pudo estar en la mente de la Sagrada Congregación una más lata interpretación de estas alabanzas o el proferirlas en favor de los secuaces de un partido político y de su modo de proceder con detrimento de otro partido, como algunos han pretendido. Carecen, por tanto, de fundamento los temores de errar de aquellos católicos que, dejando aparte la autoridad de los escritores privados, en la defensa de los derechos de la Religión y trato de los asuntos, siguen como norma de su conducta los solemnes documentos y enseñanzas del Romano Pontífice, principalmente aquellos que han sido expuestos en las cartas Encíclicas *Cum multa e Immortale Dei*. Ciertamente, los que siguen fiel y sinceramente esta segurísima norma propuesta por la Santa Sede a todos los fieles, y singularmente a los españoles, pueden estar seguros de que no sólo cumplirán la obligación que a todos los católicos se ha impuesto, sino que aún serán dignos de alabanza, habiéndose asustado, por tanto, sin motivo por las interpretaciones menos rectas que a la carta suscrita por el Secretario del Indice han sugerido las pasiones políticas.

Teniendo en cuenta esta Sagrada Congregación todas estas cosas, ha juzgado necesario excribir a Tu Grandeza esta carta para que, hecha del dominio público, se restituya en esas regiones la legítima y verdadera interpretación a las alabanzas que ha merecido el Sr. Sardá por su opúsculo, y se remueva toda ocasión de ulterior perturbación de las conciencias o de acres disputas que, siendo estériles para el bien, produjeron siempre perniciosos efectos en detrimento de la Iglesia, cuyo fin es la salvación de las almas y el reinado de la verdad y de la justicia.

Entretanto, pido para Ti al Señor toda suerte de prosperidades y felicidades y me suscribo con toda la expresión de mi afecto

De Tu Grandeza Adictísimo Servidor, Fr. Tomás M.^a Card. Martinelli, Ob. de Sabina, Prefecto, etc.»

Estos documentos oficiales dirigirán al lector para formar con equidad juicio sobre las frases a que ésta y la precedente nota se refieren.—E.

y dejó también, puestas en limpio, y del modo que ahora se publican, el *Estudio sobre el libro de Job* y el *Estudio sobre el de Daniel*. Al primero acompaña la traducción; al segundo, no. Caminero la tenía hecha y alguna vez nos la mostró, pero, sin duda, ha padecido extravío, como otros papeles suyos (1).

La traducción del *Job* es la segunda que directamente se ha hecho del hebreo al castellano por autor católico. Caminero, que era modestísimo, no quería, de ninguna manera, entrar en competencia con el primer traductor, que es nada menos que Fray Luis de León, pero al fin se determinó a hacer nueva versión, considerando que todavía podía ceñirse más estrechamente a la letra, por haber adelantado no poco la crítica y corrección del texto desde los días de aquel incomparable varón, sin contar con que, a veces, el mismo Fray Luis, advertido por la dura lección del escarmiento, prefirió irse con el sentido de *la Vulgata*, en puntos en que manifiestamente difiere de la letra hebrea, de donde resulta una traducción de carácter híbrido, mucho menos literal y de sabor menos semítico que la que antes había hecho del *Cantar de los Cantares*.

Había, además, otra razón para traducir de nuevo el *Job* con el mayor esmero y fidelidad que se pudiese, y era el de poner correctivo a los graves errores en que, no ciertamente por ignorancia, sino, en parte, por la tiranía del sistema racionalista hostil a la recta interpretación de todos los pasajes de índole profética, y, en parte, también por gala retórica y deseo de hacer su lectura agradable al paladar excesivamente académico

(3) En esperanza de encontrar esta traducción, y para mayor unidad, se omite reeditar ahora el *Estudio sobre el Libro de Daniel*, que vió ya la luz pública en la *Defensa de la Sociedad*, año IV (1875), números 116 y 117, páginas 459-474 y 513-542.—E.

de los franceses, abunda la traducción de Ernesto Renán, harto difundida entre nosotros, como todas las obras de su autor.

La introducción que Caminero puso a su obra tiene por objeto, principalmente, resolver las cuestiones exegéticas que Renán plantea en el prólogo de la suya y sacar triunfante la divina inspiración del libro, su antigüedad remotísima y el verdadero sentido de sus tesis filosóficas sobre el problema del mal y el destino de la humanidad en la vida.

Con el *Libro de Daniel* se enlazan altísimas cuestiones mesiánicas, y puede decirse que en torno de este libro se riñe hoy la más fiera batalla entre los adversarios y defensores del profetismo. Caminero mostró que sus fuerzas no eran inferiores a tan grave asunto. Si a alguno de sus trabajos bíblicos hubiéramos de dar la preferencia, probablemente sobre el de *Daniel* recaería nuestra elección.

La más absoluta sinceridad crítica, unida a la fe más ardiente, respira en cada página de estos trabajos, como respiraba en todas las palabras y acciones de su autor, que era un sacerdote ejemplar y un sabio de buena fe. Ni él necesitaba ahuecar la voz para que una y otra cosa fuesen bien manifiestas, ni a un mérito tan sólido y tan positivo y de una especie tan exquisita y tan rara convendrían aquellos vanos encomios que la vulgaridad y la impostura han profanado haciéndoles recaer sobre tantas frentes indignas. El elogio de Caminero está hecho en dos palabras; pero ¡felices de aquellos de quienes pueda decirse otro tanto! Fué un presbítero ejemplar, tan firme como ilustrado, y hubiera sido un grande Obispo, si la muerte no hubiese helado su mano cuando acababa de empuñar el báculo pastoral. Fué (sin ofensa de nadie) el hombre de más varia y moderna cultura de que en su tiempo pudo gloriarse el clero

español. Como controversista filosófico apenas tuvo rivales; como hebraizante fué uno de los tres o cuatro que en lo que va de siglo han dado alguna muestra de que España no ha perdido todo derecho a ser llamada la patria de Alfonso de Zamora y de Arias Montano. Como exégeta, es, quizá, el único español del siglo XIX de quien debe hacerse memoria.

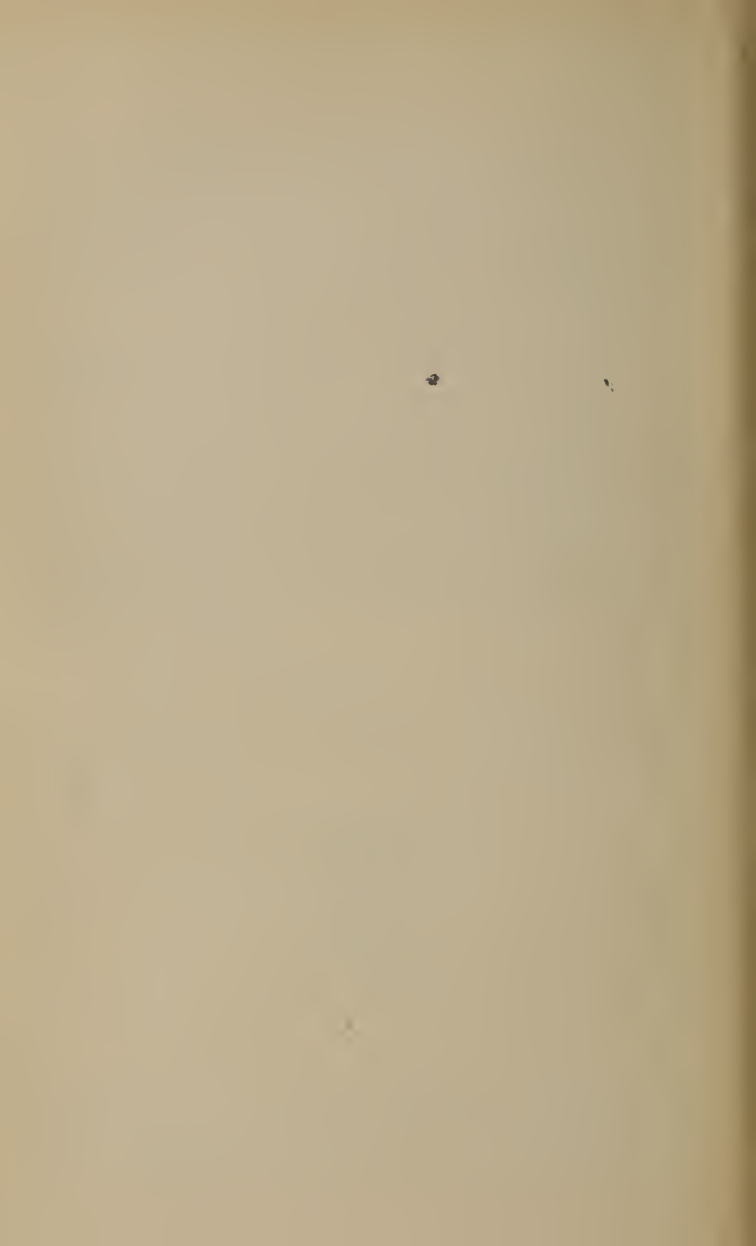
No tuvo maestros; se educó a sí propio, y tampoco sabemos que haya dejado discípulos. A su nombre va unida la importación de los nuevos métodos que, aplicados con energía y constancia, hubieran regenerado nuestra enseñanza teológica. Poco se ha adelantado en este sentido; pero la semilla está echada y algún día fructificará, (1) y entonces el nombre del Dr. Caminero surgirá del olvido y será venerado como un precursor, del mismo modo que veneramos a nuestros grandes reformadores teológicos del siglo XVI, Carvajal y Villavicencio, Vitoria y Cano.

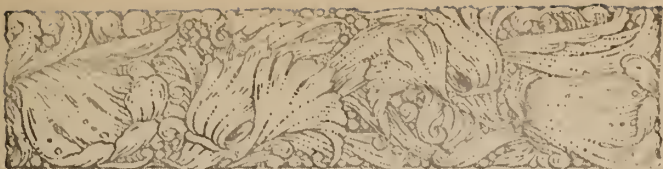
M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

Madrid, 20 de febrero de 1892.



(1) Por fortuna, patente es hoy el noble resurgir de los estudios escriturísticos en nuestra patria, como lo acredita el creciente número de sus cultivadores, ya con los escritos, ya con la enseñanza en las aulas.—E.





EL LIBRO DE JOB

INTRODUCCION

I. — *La nueva versión.*



A nueva versión del libro de Job que me atreví a emprender, más por ejercicio literario y por no olvidar mis escasos conocimientos de la lengua hebrea que por alcanzar ningún aplauso ni enmendar la plana a nadie, podrá todavía, si mucho no me engaño, dar una idea más exacta del original que las que corren comúnmente en España tomadas de la *Vulgata latina*. No es posible desconocer hoy en día que la versión de San Jerónimo es susceptible de no pocas mejoras considerado el asunto literariamente, como ahora le consideramos.

Por eso se han hecho modernamente tantas versiones directas del libro de Job por hebraizantes de todas creencias: católicos, protestantes, judíos y racionalistas. En España tenemos dos principales, prescindiendo de la que parece que corre del Sr. García Blanco (1), que no hemos visto, y presumimos que en ella, como en la de los Salmos y en otras, se ostentará, en medio de su conocimiento del idioma hebreo su afán de singularizarse, que impedirá siempre su reputación entre los

(1) Véase nuestro prólogo.—E.

doctos extranjeros y su vulgarización entre el pueblo español. Las otras dos son la de Fray Luis de León, de que hablaremos en particular más tarde, y la que corre con el nombre de Cipriano de Valera, y que podrá estar calcada sobre la que hizo este escritor en el siglo XVII (1), pero está ciertamente muy retocada en todo, y aunque no alcanza el mérito literario de la de Fray Luis, es preferible a todas las otras españolas por su conformidad con el original, salvo algunos pasajes no bien entendidos, en mi opinión. También he tenido a la vista una copia que me ha regalado el distinguido profesor de hebreo de Valladolid, Sr. Herrero, escrita en caracteres rabínicos, y que me parece del siglo XV. Es una de tantas como se conservan de aquellos tiempos y anteriores, como el excelente manuscrito del Escorial, que cita el P. Scío con las señas de Ms. 3.º con que se distingue de otras varias que allí hemos visto, y tienen por carácter común el ser excesivamente literales y el lenguaje anticuado que las hace ininteligibles para el pueblo. Con todo eso, el manuscrito del Sr. Herrero me ha servido no pocas veces para asegurarme de la traducción.

De las extranjeras modernas de más nota sólo poseo las francesas de Le Hir y Renán, careciendo de las que hubiera querido tener presentes, como las alemanas de Wette y Ewald, racionalistas, Delitzsch, protestante, y Dereser, católico. La de Le Hir, publicada en 1874 como escrito póstumo, me parece harto libre en ocasiones, aunque no tanto como la de su discípulo Renán, y más atenta a decir bien en francés, que a expresar la fisonomía del original; bien que esto siempre será difícil, y hacerlo cumplidamente imposible (2).

(1) Se publicó por vez primera en 1602.—E.

(2) De ella dice Renán en la Sociedad Asiática de París: «Entre los trabajos que tenía terminados el señor abate Le Hir, profesor de hebreo en el

De la de Renán hablaré largamente después. No tengo yo la ambición de que se cuente la mía entre éstas, sino únicamente la esperanza de que los aficionados la lean con gusto y los doctos con indulgencia, pues ni poseo el hebreo y sus lenguas afines como fuera de desear, ni el asunto es fácil aun para los maestros, siendo de ello una prueba la gran diversidad de interpretaciones propuestas para cada pasaje difícil. Yo he tomado el sentido que me pareció más exacto, sin discutir los motivos gramaticales, filológicos o exegéticos, pues esto hubiera exigido de suyo varios volúmenes; pero creo no proponer una sola interpretación nueva de todo punto entre los hebraizantes. He conservado la forma externa de la poesía hebrea, de que es este libro la obra capital, y que consiste en presentar los pen-

Seminario de San Sulpicio y gramático muy hábil, el más importante era una introducción al libro de Job, notable por el talento literario que el autor había empleado en ella y por algunos sentidos nuevos, los unos muy plausibles, los demás dignos todos, al menos, de entrar en la corriente de las discusiones a que no cesará de dar lugar este oscuro libro. Todos los discípulos de Mr. Le Hir que le habían oído explicar a Job (yo he tenido la fortuna de ser uno de ellos) habían conservado viva impresión de ello. Este trabajo acaba de salir a luz por los cuidados de uno de los colegas de Mr. Le Hir. El editor ha añadido diversos estudios del docto hebraizante sobre ciertos puntos de crítica relativos a la poesía de los hebreos. Las opiniones de Mr. Le Hir habían variado más de una vez acerca de estas cuestiones difíciles; en particular, las que, en el volumen recién publicado, conciernen al ritmo de la poesía hebrea, no representan, según creo, las ideas definitivas del docto profesor. Un volumen póstumo se presta siempre a dudas semejantes; mas el gran saber y espíritu elevado del señor abate Le Hir, y el cuidado que tenía de estar siempre al corriente de los trabajos alemanes, recomiendan, hecha abstracción de las opiniones teológicas, todo cuanto dejó escrito a la atención de los doctos. Como el Job de Renán ha salido antes a la luz pública que el de Le Hir, bueno es saber que él mismo confiesa que le era conocido, y, naturalmente, se ha aprovechado del trabajo de su maestro.

samientos en forma simétrica, en fragmentos pequeños de dos hemistiquios y a veces de tres y aun cuatro, a lo que llaman los doctos *paralelismo*. A veces no me atreví a traducir con la energía que notaba en el original; otras, las más de seguro, no habré sabido apreciarlas. Nuestra lengua se presta bastante bien a los giros de la hebrea, y mejor lo haría si se la violentase un poquito; no me atreví a tanto, porque no me riñan los académicos. Me atrevo, con todo eso, a esperar benévola acogida de los doctos, que siempre son tolerantes y benévolos, y que proporcionaré grato entretenimiento a los lectores aficionados a la *Biblia*.

Mas el libro de Job es tan admirable y tanto se ha escrito sobre él, que apenas es posible leerle con el cuidado que yo he tenido que poner, sin sentirse impulsado a terciar en los debates que sobre él traen los más distinguidos escriturarios, críticos y orientalistas.

II.—Historicidad del libro de Job en su parte narrativa.

Y ante todo, ¿quién fué Job? (1). Los datos tradicionales nada dicen de cierto, sino lo que en el libro mismo se refiere, y en mi opinión de él derivan directa o indirectamente. Por negarlo todo, se ha negado hasta la existencia de un hombre llamado Job, que adquiriera celebridad por su virtud, sus padecimientos y su constante probidad en medio de ellos; y esta opinión de algunos rabinos, de Junilio Africano, de los Anabaptistas y de Le Clerc, fué renovada por Michaelis y después

(1) Desde aquí hasta el final del párrafo X se extiende la parte publicada en la *Revista de España*. Véase la página 4.

por de Wette; pero hoy nadie se atreve a sostenerla, después de haberla impugnado hombres tan doctos como poco sospechosos: Rosenmüller, Umbreit y Ewald. La tradición unánime y constante de tres pueblos, el hebreo, el cristiano y el musulmán; el carácter y aun la existencia del *Libro de Job* no permiten dudar de que existió el héroe; y si no queremos creer un absurdo, es decir, una celebridad de un hombre que no hiciera cosa notable ni manifestara virtudes extraordinarias, será preciso admitir que existió, en efecto, un oriental rico y virtuoso, que vino a gran miseria, la soportó dignamente y volvió, por fin, a igual o mayor grado de prosperidad del que antes tuviera. Y con esto sólo tenemos el tejido histórico principal del libro; es a saber: la introducción o prólogo, y la conclusión o epílogo, quedando sólo en cuestión la realidad histórica de la parte poética (Caps. III-XLI) y el episodio de la intervención de Dios y Satán, principalísimo en el plan del libro, supuesto que ilustra al lector acerca del origen de las calamidades de Job, y en parte acerca de los planes de la Providencia en la distribución del bien y el mal, en su relación con los méritos o deméritos de los hombres, objeto esencial del poema.

Como los pocos elementos históricos que entran en la parte prosaica del libro (Caps. I, II y XLII), además de los dichos, no ofrecen dificultad especial, ni hay razón alguna para negar que Job se llamara Job, que fuera del país de Hus, que tuviera mujer, siete hijos y tres hijas, y grandes riquezas en labranzas y ganados, singularmente si le consideramos como un emir o jefe de tribu; que después de su pasajero infortunio llegara a doblar el capital próximamente—pues claro está que aquí se trata de números redondos, manifestando que no es preciso tomar las cosas con exactitud matemática—; en fin, que volviera a tener otros siete hijos y tres hijas, a las que puso nom-

bres bonitos, como ellas eran hermosas, y viviera muchos años y muriera en paz; como en todo esto, digo, no hay dificultad notable, vamos, sin otra cosa, a estudiar las imposibilidades históricas de la intervención de Dios y de Satán.

Claro es que no hablamos con los que no creen en Dios ni en el diablo, a los cuales dejaremos en paz entregados a su réprobo sentido y preocupaciones materialistas y anticientíficas. Mas, si se cree en un Dios vivo, criador y rector del Universo, que conduce a la humanidad a los fines para que la crió, por medios que El sabe y puede emplear, no puede divisarse razón alguna grave que impida creer que Satán, movido de su índole envidiosa y mala, pensara que la virtud de Job era interesada y mercenaria, basada en que con ella crecería su riqueza y bienestar, ni que intentara, si pudiera, ponerle en estado de renegar de ella y blasfemar de Dios, ni que emplease para ello una y otra vez los medios más oportunos, ya obrando por sí mismo sobre las fuerzas naturales, no impidiéndoselo Dios esta vez, ya instigando a los ladrones caldeos y sabeos y a la mujer y a los amigos de Job contra él. Todo esto no ofrece imposibilidad metafísica, ni física ni moral, dada la existencia y mala voluntad de Satán y la múltiple e inescrutable providencia de Dios en el gobierno y dirección de las cosas humanas.

Y no otra cosa se significa con aquella pintura simbólica de presentarse ante Dios los ángeles, y Satán entre ellos, y con las palabras cambiadas entre Dios y el diablo, que no deben tomarse sino como pensamientos de éste conocidos por Dios, y resolución de no impedir las maquinaciones de Satán contra Job, sino en cierto punto, para fines muy dignos: como para darle ocasión de mayores merecimientos y virtudes heroicas, que fueran ejemplo a las futuras generaciones, cuando las leyera en un libro superior, y para vindicar su propia honra y

gloria, consistente en ser amado por sí mismo y no por interés.

Si al leer y apreciar un libro no nos trasladamos a las condiciones históricas y literarias del autor, no podremos hacer cosa de provecho; y esto sucede en el caso presente a los que toman al pie de la letra las narraciones místicas y simbólicas tan frecuentes en toda la *Biblia*; y a la que ahora nos ocupa, como una solemnidad cortesana, en que Dios recibe la visita de los ángeles, entre los cuales se habría deslizado Satán por algún descuido del portero, y habría hecho una apuesta acerca de la sinceridad de Job. Ningún lector de cuantos veneran el libro lo entiende de una manera tan material y grosera, y menos pudo hacerlo así el autor, que todavía espera quien le supere en talento poético, y no estaba tan escaso de conocimientos naturales y filosóficos.

Ni nosotros, ni menos los antiguos, comprendían perfectamente las cosas espirituales y sobrenaturales, que sólo nos es dado alcanzar por analogía; y es conveniencia, por no decir necesidad, que si Dios quiere revelarlas, lo haga por medio de figuras e imágenes corpóreas, siendo esta la razón de las teofanías y angelofanías, tan frecuentes en la historia de la revelación, y últimamente de la encarnación del Verbo, para que *la plenitud de la divinidad habitara corporalmente en el hombre*, como dice San Pablo (Col. II, 9). Y el mismo Jesucristo nos habla del reino de los cielos; de que los gentiles se recostarán en el convite celestial con los Patriarcas, mientras los rebeldes serán echados a las tinieblas exteriores, donde será el llanto y crujir de dientes; del tribunal en que se sentarán los Apóstoles para juzgar al mundo; del premio centuplicado que recibirán los que hagan obras de misericordia, y otras cien imágenes y símbolos por el estilo, que no por eso son cosas ficticias. Así le fué revelado al autor del *Libro de Job*, lo que quiere dar a en-

tender con la presentación de Satán ante Dios, las palabras habidas y los efectos subsiguientes; y esto nadie puede probar que es imposible, ni aun inverosímil, una vez que se admita el orden sobrenatural, sin el cual creo yo que ningún filósofo, hasta la fecha, ha explicado razonablemente el natural.

Mas se dirá: ¡Qué casualidad que tantas calamidades vinieran sobre Job simultáneamente, y que de todas ellas sólo escapara el que daba la noticia! ¡Como que eran obra de Satán, respondo, y desde que esto se admita, ya no hay casualidad; puesto que obra un agente inteligente, arreglando sus medios del modo más oportuno para conseguir sus fines. Cuanto a la segunda dificultad, además de no ser imposible, por idéntica razón, bien puede explicarse por el azoramiento del mensajero, que le haría creer que él solo había escapado de la catástrofe, aunque tal vez otros se librasen huyendo por otra parte. ¿Y aquel estarse sentados ante Job sus amigos siete días y siete noches sin hablar palabra? Pues este silencio probablemente no sería absoluto, aunque más elocuente que todo consuelo verbal; ni es inverosímil que fuera tal la ceremonia de los días del luto por tamaño infortunio. Quizá el autor contrapone este silencio a la discusión posterior, y quiere decir que se habló poco y de otras cosas sin entablar polémica; y aun sospecho que en aquellos días se concertara entretener a Job y distraerle, haciéndole entrar en aquella liza poético-filosófica, en la que después el amor propio y el calor de la disputa hicieron ir más adelante de lo que se propusieran. No pasa esto de ser una conjetura mía, que fundo únicamente en la forma del poema, tan parecida a la de otros de los antiguos árabes y a usos de que hablaré después; por más que estos usos anteislámicos sean muy posteriores en lo que nos es conocido al poema de Job, al menos en nuestra opinión.

III.—*Historicidad relativa de la parte poética.*

NO existiendo, pues, razón alguna grave para que tengamos por ficticia la parte histórica, es preciso que no lo sea del todo la poética, es decir, los discursos de Job, de sus amigos, de Elihú y de Dios. La primera supone y alude a la segunda, y ésta a la primera. A las exageradas y amargas expresiones de Job en sus discursos, puede conjeturarse que alude el prólogo en aquella reflexión (Cap. I, 22 y II, 10): «*en todo esto no pecó Job, no se extravió con sus labios*», como si añadir quisiera: *como lo hizo después*. Y el capítulo XLII, 2-9 supone ciertamente que Job había lanzado quejas impotentes y proferido frases más audaces de lo justo, y que sus amigos se habían manifestado injustos con él y avanzado ideas falsas, puesto que Dios les manda acudir a la intercesión de Job para perdonarles su culpa. Pero mejor será remitir al lector al pasaje citado, pues aunque la parte poética llega al v. 6, los siguientes suponen, por necesidad, que entre Job y sus amigos había intervenido alguna disputa sobre cosas graves relativas a Dios y que Job había llevado la mejor parte. Hubo, pues, una discusión, en que los amigos de Job se habían excedido y extraviado, lo cual vemos en los discursos que el libro les atribuye; y, por consiguiente, siendo histórica y real la conclusión, algo hay igualmente histórico en la parte poética.

Y siendo histórica ésta, nadie puede determinar hasta qué punto lo es y dónde principia la invención del poeta; fuera de la forma misma poética, que, con muchos, creemos obra en gran parte del autor del libro; pues no pensamos que se conservaran en la memoria del autor o primer redactor de estos discursos

sos, tales como se pronunciaron, ni es fácil que, tales como están, fueran meras improvisaciones, por más que sea cierto que los poetas hebreos y árabes frecuentemente improvisaban cantos bellísimos. Mas los del *Libro de Job* son harto extensos y magníficos para que creamos que no hay en ellos mucho de composición y lima por parte del autor. Con todo, pensamos que el fondo de los pensamientos es histórico, y aun creemos que así se explica más fácilmente la existencia y naturaleza del poema.

Desde luego, no se puede citar ejemplo alguno cierto en la antigua literatura hebrea, de un libro puramente novelesco, ni tampoco mixto de historia y novela, o sea una novela histórica, ni esto parece propio de las literaturas nacientes. Además, y esto es importante, si los discursos no son históricos y reales, tampoco son verosímiles; y un autor superior y admirable por confesión de todos, habrá observado en la composición un plan disparatado. Porque, al menos aparentemente, no concuerdan con la parte prosaica ni tienden al mismo fin; lo cual es admisible y muy posible en uno que narra, pero falta gravísima en el que todo lo inventa. En efecto, en la parte prosaica se presenta a Job como acabado modelo de resignación y paciencia, y se asegura que habló rectamente de Dios, mientras que en el verso se deja llevar a tales excesos de aparente desesperación e impiedad, que se diría, no ahondando bien en el libro, que Satán se había salido con su empeño, y aun Dios mismo llega a argüirle de ignorancia y temeridad, como se ve al cap. XXXVIII, 2. Ni es concebible que un poeta hubiera hecho defender a un héroe que los malos viven dichosos y los buenos desgraciados hasta el fin de su vida, cuando el desenlace mismo de la historia o novela iba a demostrar lo contrario. Ni hubiera hecho a los interlocutores mezclar lo verdadero y

lo falso, sin explicar en qué erró cada cual, como parece que hubiera debido hacerlo en propio nombre, o mejor en boca de Dios. Ni este supremo interlocutor y juez de la disputa se hubiera limitado a condenar que pretendiesen investigar los consejos divinos, siendo así que en esta ocasión estaban ya manifiestos en el prólogo y en su coloquio con Satán. Un poeta tan grande, en una obra de pura invención, hubiera dado más verosimilitud al conjunto, hubiera hecho que todo concurriera clara, ordenada y manifiestamente a un fin expreso y determinado; mas un narrador podía abandonar este cuidado sin temor a la inverosimilitud, ya que lo real nunca se opone a lo verdadero, y así pudo fácilmente referir lo que hubiera sido inepto inventar. Aquí vienen bien dos reglas de los maestros en el arte: *ficta voluptatis causa sint proxima veris*, dice Horacio, y esto hubiera debido hacer un poeta tan grande como el autor del *Libro de Job*, si inventaba; *le vrai peut quelquefois n'être pas vraisemblable*, dice Boileau, y esto es lo que vemos en el poema de Job.

Hay más: no sólo los discursos en general no se avienen con una mera ficción poética, sino que hasta su forma y contextura tiene un colorido histórico bastante manifiesto. Cada interlocutor tiene su carácter y estilo propios, cosa ordinaria y natural tratándose de personajes históricos; pero difícilísima e imposible para un autor que hubiera caído en las faltas graves que hemos notado, en el caso de no tener que sujetarse más que a su propia fantasía; y el hecho se descubre aun a través de una traducción, y le concede y admira un crítico tan competente como Ewald. Elifaz es el más grave y moderado de los tres: desde el principio, aunque manifiesta cierta ostentación, habla con solemnidad y le parece que expone cosas por nadie dichas; después, engolfado en la disputa, guarda menos

miramientos con su desgraciado amigo. Bildad es más acre y cruel, habla con mayor desprecio, y de tal modo agota su caudal desde el primer discurso, que en los restantes no hace más que agraviar e insultar. Tsofar sigue al anterior sin decir cosa propia, fuera de un desprecio y exageración mayor de conceptos, quedando el primero fuera de combate. Elihú manifiesta cierto ardor juvenil y cierta audacia; pero juzga con más equidad y acierto, ya por su índole bondadosa, ya por su imparcialidad o por haber escarmentado con los errores de los otros, a quienes había esperado con respetuoso silencio. Mas a todos vence Job en perspicacia de ingenio, en destreza de juicio, en el ímpetu y vehemencia de los afectos, en la belleza y sublimidad de las imágenes, y sólo a Dios cede en la grandeza y majestad del estilo. Las quejas, los gemidos, el dolor y la ira de Job; sus frases de esperanza, súbitamente alternadas con otras de desesperación, ofrecen una imagen demasiado viva y palpitante para creer que fueran mera invención del poeta.

Tampoco un escritor hebreo hubiera pintado a Elihú como más prudente, sabio y moderado que los ancianos, ni mucho menos hubiera nadie soñado en presentarle como superior en prudencia al mismo protagonista; antes hubiera hecho que Job le respondiera y redujera al silencio como a los otros, quedando únicamente inferior a Dios. También es muy natural, si fué histórico, el aumento gradual que se nota en los sentimientos y afectos de los interlocutores; es natural la escasa variedad de razones y pruebas que van exponiendo en los discursos sucesivos, cosa que tanto desdice en un poeta o novelista que los inventa a su gusto, mientras que vemos aquí a un mismo interlocutor, y otro y otro, repetir y volver a tocar y retocar las mismas ideas. A veces uno entiende mal, o de intento confunde

lo dicho por otro, cosa común en las disputas improvisadas, y fácil de evitar para el escritor que reposadamente medita su argumento. Finalmente, las sentencias que dictan como derivadas de los antepasados, se distinguen en el estilo del propio de cada interlocutor y manifiestan su origen vetusto; con lo cual acreditan que verdaderamente corrian, como sentencias tradicionales, en boca de los doctos, conservadas en la memoria y repetidas de generación en generación, de lo cual hay ejemplos numerosos entre los árabes, judíos, indios, persas, y probablemente fué común a todos los pueblos antiguos, sobre todo cuando no se conocía o era poco común el arte de escribir.

Creemos, pues, que el *Libro de Job* es histórico en todas sus partes, fuera del trabajo propio del autor en limar los versos o en poner en forma de versos más o menos elegantes, lo que estaba dicho sin el ritmo y número de tal; pero no sin la grandiosidad y calor propio de la poesía; pues el espectáculo presente a los interlocutores, y origen de la discusión, el asunto de ésta, la posición de los contrincantes y costumbres análogas que nos constan de los árabes posteriores, ni hacen verosímil, ni permiten creer que hablaran con la calma y sangre fría, con la tibieza y frialdad de una conversación de cuatro amigos. Conocida es la facilidad improvisadora de los árabes, menor aún que la de los hebreos, cuyos versos no piden los cuidados y elaboración del verso clásico, ni del árabe o idiomas modernos. Y no habiendo dificultad por este lado, y existiendo en el libro de Job tantos indicios de una discusión real y verdadera, como tal la tomamos por las razones apuntadas, no por prevenciones dogmáticas, que no caben aquí, dado que no es dogma de fe que el *Libro de Job* sea histórico, y así, católico, y muy docto y estimado de la Iglesia es Wette, que

sostiene lo contrario (1) sin oposición desautorizada por parte de aquélla, que no es tan estrecha y mezquina como algunos se figuran o fingen creer.

IV.—*Unidad e integridad del libro.*

LA unidad e integridad del libro es otro de los puntos que no pueden menos de tratarse, cuando la osada crítica racionalista ha querido hacer trizas este poema admirable. Negaron unos la autenticidad de la parte prosaica, teniéndola por una adición posterior; otros, los discursos de Elihú; otros, creyendo ver no sé qué desorden en el texto actual, lo arreglaron a su capricho, introduciendo una verdadera perturbación donde no la hay. Mas la introducción está en íntima conexión con el diálogo; le explica, indica sus motivos y pone al lector en disposición de apreciar la verdad o inexactitud de las diversas opiniones que en él se emiten, y el epílogo desata completamente el nudo, que al cabo de la discusión todavía quedaba pendiente, puesto que Dios se limita a reprender a Job y a demostrar la temeridad de los que se atreven a sondear los decretos divinos. Supóngase apócrifa toda la parte prosaica: ¿qué es, en tal caso, lo que intenta el poeta? Allí disputan hombres que no se sabe quiénes son, ni de dónde han venido, ni por qué riñen, ni qué se proponen, ni quién lleva la razón o si la lleva alguno. Suprimida esta parte, veríamos a

(1) Tal sentir, no obstante, es rarísimo entre los católicos. Como que contra él militan no sólo las razones arriba expuestas por Caminero, sino otras, no menos graves, de autoridad: las referencias bíblicas. (Tob, II, 12-15; Eccli. XLIX, 9 [hebr. y sir.]; Ezech., XIV, 14-20; Jac., V, 11) y el consentimiento de los Santos Padres.—E.

Job y sus amigos dándose palos de ciego sin saber por qué, como no sea por hacer ostentoso alarde de su saber y elocuencia sin motivo racional; veríamos intervenir a Dios en la disputa, sin salir más instruidos acerca de la sabiduría de sus consejos ni poder conjeturar qué solución da el autor al problema que ventila. «Prosa y verso queden, pues, en igual caso: historia o fábula, séanlo ambas partes.» Así se expresa sobre este asunto el docto Michaelis. La antigüedad patriarcal que se respira en el poema corresponde igualmente al prólogo y epílogo; la propiedad y carácter lingüístico es el mismo; la conexión de todas las partes del libro, manifiesta. Frases hay propias suyas que no se encuentran en el resto de la literatura hebrea, y aparecen también en el prólogo, como la partícula frecuentísima *veulam, ulam*, que ocurre en él dos veces y apenas se halla fuera del *Libro de Job*.

Pasemos por alto otras objeciones de menor cuantía, y vamos a la contradicción aparente en que el prólogo y el poema parecen presentarnos a Job. Ya hemos dicho que esto, si rebaja el mérito del libro considerado como una mera ficción poética, es una prueba de fidelidad histórica; pero, en último análisis, la contradicción es sólo aparente en éste, como en otros fragmentos, no siempre bien comprendidos por los críticos. Satán pretendía apartar a Job de todo punto del camino de la virtud, hacerle renegar y blasfemar de Dios, y no es esto lo que hace Job. Se queja acerbamente; exagera las cosas como buen oriental—y bien podemos comprender esto los españoles, que tenemos aún sangre árabe en Andalucía—, oye y ve que hasta sus amigos le calumnian, suponiéndole reo de crímenes enormes, y todo esto le exalta; pero no reniega de la virtud, y en medio de sus tormentos espera en Dios. A las acusaciones de sus amigos, capaces de sublevar al más flemá-

tico, no que a Job, que no era insensible, ni profesaba el dogma estúpido e imposible de los estoicos, no se limita a contestar friamente: «no he cometido esos crímenes que me imponéis», sino que se defiende con energía y dice: «soy inocente; no hay en mí mancha alguna; lo juro a la faz de Dios; ni El mismo la encontraría, venga, hable, diga su agravio, y yo quedaré triunfante.» Hay exageración, hay audacia, hay irreverencia en la forma, como el mismo Job reconoce y condena; pero esto es efecto del calor de la disputa, de la indignación que excitara en su pecho generoso la conducta de sus amigos; no es el modo de hablar de un criminal, de un blasfemo, de un renegado; no es lo que Satán esperaba que fuese. Afirman sus contrarios que todo pecado lleva necesariamente en esta vida el castigo correspondiente; y él replica que son felices hasta el fin los grandes pecadores. No necesitaba tanto, pues una vez que esto sucediese era bastante para desmentir el aserto de sus adversarios; pero no estaba raciocinando fríamente; hay que dar lo suyo al fuego de la controversia, de la situación, al carácter propio de la poesía, y de una poesía scmítica. Y por cuanto él mismo no entendía sus palabras en todo su rigor absoluto, confiesa otras veces lo que era vulgar, como él echa en cara a sus amigos, esto es, que por lo común, los malos tienen que sentir en esta vida. Mas sostiene firmemente que no siempre sucede así, de lo cual no le permite dudar un punto su propia conciencia, y cree fervorosamente que hay otra vida, donde la virtud y el vicio encuentran su justa recompensa; y por eso defiende que no son las calamidades de la vida el criterio de la moralidad del que las sufre, como erradamente pretendían sus amigos, y no falta aún quien el mismo partido sostiene.

De lo que ordinariamente sucede sacaban los amigos una

regla inflexible y absoluta, que Job rechaza con razón, y por eso se la da Dios en el epílogo contra ellos, si bien le reprende lo que por su parte había pecado de audaz y presuntuoso. «Dios te castiga por tus crímenes pasados», le dicen, y él replica: «No, no soy reo de ellos; no me puede castigar por lo que no he cometido; me castiga sin merecerlo, sin razón; se complace en maltratar al inocente.» Aquí está la verdad y la exageración.

Le oprimía Dios con trabajos gravísimos sin merecerlos, pero no sin razón ni motivo, sino por otra razón y otros motivos distintos de los que sus amigos pensaban; por un motivo que no estaba en relación con los pecados, como para ponerle en condiciones de llegar a mayor virtud y mérito, para ejemplo y modelo de los demás, para vindicar la verdadera y acrisolada piedad, tantas veces acusada entonces y ahora de mercenaria, de basada únicamente en el egoísmo.

Todo esto no lo dice Job, pero tal es la enseñanza moral y religiosa del libro entero, particularmente del prólogo y epílogo deducida, tal el objeto principal del libro en que se discute *qué relación hay entre los trabajos de la vida y la conducta de los hombres, bajo la Providencia de Dios.*

Una parte de eso que Job no dice, es puntualmente lo que desenvuelve Elihú, acercándose algo más a la solución del prólogo y epílogo, aunque también pone los padecimientos de Job en relación con sus faltas, singularmente en las cometidas durante la contienda, es a saber para que por ellos se humillara y así pudiera Dios volver a protegerle. Es un punto de vista distinto, y si la cuestión había de tratarse bajo todos sus aspectos, era preciso tocar éste, muy próximo ya al plan divino (y así Dios también le obliga a humillarse), y al objeto

final del libro (1). El discurso final de Elihú llena este vacío y prepara el terreno a la solución cabal de la cuestión; es, pues, muy pertinente, y no se puede tener por apócrifo y añadido de segunda mano. Nada importa que no se haga mención de Elihú en el prólogo, porque pudo sobrevenir luego de comenzada la disputa, o era, como algunos creen, del séquito de alguno de los tres, aunque muy fuerte estuvo con ellos, y aquel silencio está suplido con el prólogo especial que precede a su discurso. Por otra parte, si una mano posterior no tuvo reparo en añadir al libro este trozo, no sabemos por qué no añadió en el prólogo el nombre de Elihú al de los otros tres, como también pudo hacerlo en el epílogo; por eso creo que Elihú sobrevino después de comenzada la discusión, o al menos de los otros tres, y sin haberse concertado con ellos para esta venida.

Tampoco le responde Job, ya porque inmediatamente habla Dios, ya porque nada tenía que oponer, pues nada falso o vituperable había dicho, y por eso mismo no es reprendido por Dios como los otros. Todo esto pide alguna explicación. Los amigos de Job defienden una sola tesis: que siendo todos los padecimientos humanos castigo de los pecados, los terribles que Job sufría probaban que era o había sido un gran criminal. Defiéndese Job de esta calumnia, pero con términos tan excesivos, y al parecer irreverentes para con Dios (no tomando en cuenta las circunstancias atenuantes en que se hallaba), que sus frases parecen llevarle a veces al terreno de la impiedad y a defender lo que es falso, ya ponderando la felicidad de los malos, ya quejándose de que Dios le aturde con sus terrores

(1) Todo cuanto aquí dice Caminero acerca de la intervención de Elihú está egregiamente tratado y no ha perdido un punto de actualidad.—E.

y no le deja en libertad para defender su inocencia, ya increpándole de que le castiga sin motivo, por capricho, que abusa de su poder contra una hoja seca, etc. No es esto una impiedad en Job, atendidas todas las circunstancias que hemos apuntado, pero no queda exento de culpa, de presunción, de falta de aquella resignación perfecta que después nos enseñó el Evangelio, porque modelo Job de paciencia en la ley antigua, no lo es en absoluto, mucho menos en comparación con los que nos ofrece la ley nueva. Todo esto, y un nuevo aspecto de la cuestión, no tratado por los interlocutores precedentes, dan motivo a Elihú para descargarse de los pensamientos que iban naciendo y hervían en su interior; y, si bien comienza con cierta petulancia ardorosa, propia de joven, no deja de guardar moderación, de mostrar penetración de espíritu y decir cosas nuevas, con perdón de los que sólo ven en él un charlatán insufrible, a fuerza de verboso, y que no hace sino repetir lo que otros ya dijeran. Tiene comunes muchas con Job y sus amigos, como éstos entre sí, puesto que debe estar imbuido próximamente de las mismas ideas, opiniones, educación y costumbres, y tiene que recordar a veces lo que los otros han dicho, puesto que los iba a juzgar. Pero de todos difiere no poco: no tiene prevenciones, es imparcial, reprende a Job como irreverente con Dios en las quejas que le dirige, pero no es injusto con él como los otros três, corrigiendo en parte lo que cada uno había dicho mal. Así manifiesta que no sólo a los ancianos, sino también a los jóvenes, concede Dios sabiduría; que los hombres son amonestados en sueños a dejar el mal y precaverse de él, y, cuando esto no basta, suelen ser oprimidos con castigos, para que se humillen y enmienden; pero no atribuye éstos en el caso presente a los crímenes antiguos de Job, como los tres amigos, sino en parte a su

temeridad actual e impotente audacia (cap. XXXIV, 7-36); que a los perversos les están reservados males supremos, pero que se debe suspender el juicio, si tal vez acaece que aquéllos se dilatan (XXXV, 14-16); que también los justos son afligidos temporalmente, para que se purifiquen más, y son protegidos si se mejoran, o perecen si continúan en el mal comenzado (XXXVI, 7-18); que los fenómenos celestes producen alternativamente daño o provecho, conforme a los méritos de los hombres (XXXVI, 31-32; XXXVII, 6-13), de donde concluye que la divina justicia y la divina clemencia se manifiestan bastante en la marcha del mundo y que, por tanto, discurrían mal los que negaban toda felicidad transitoria de los malos y toda infelicidad de los buenos, así como los que se atrevían a acusar a Dios de injusticia o negligencia como, al ménos en apariencia, hiciera Job, aunque no fuera este su ánimo.

Mas no es cierto que Elihú falsifique o pervierta las palabras de Job para combatirle y vencerle fácilmente, aunque no siempre las cita a la letra. Véanse, si no, los siguientes pasajes: capítulos IX, 22; X, 15; XXI, 8; XXX, 26, comparados con lo que dice Elihú: XXXIV, 19 y siguientes y XXXV, 3. No entienden bien los textos XXXII, 2 y XXXV, 2 los que traducen que Job se hacía *más justo que Dios*, debiendo traducirse como nosotros lo hacemos: que se tenía por justo *en la presencia de Dios*, esto es, completamente justo y sin la más pequeña falta, aunque el mismo Dios fuera quien le juzgase. Este valor tiene la partícula *min* en los pasajes paralelos: IV, 17 comparado con IX, 2; XXV, 4 y Núm. XXXII, 22. Por eso Job no contesta, con lo cual asiente o concede, según lo había prometido, al cap. VI, 24, y Dios no tenía por qué dirigirse a Elihú, ni reprobando sus discursos, porque no lo merecían, ni apro-

bándolos, porque no lo necesitaban. Y aun entiendo que tácitamente los aprueba, puesto que, como Elihú reprende a Job sus frases insensatas, que menoscababan la sabiduría de Dios (capítulo XXXVIII, 2), y mucho más que Elihú se extiende en pintar la grandeza e incomprensibilidad de Dios, condenando de este modo, no toda investigación prudente y moderada de los planes divinos, sino la temeraria e injuriosa a Dios o a los hombres, como aparecía ser la de Job y sus amigos. Por lo demás, terminados los discursos de Job, y hecha en el libro esta expresa indicación, sin que Dios interviniera todavía ni apareciese indicio de que iba a intervenir, quedaba lugar oportuno para que hablase Elihú vindicando la justicia y sabiduría de Dios, como nadie en aquellos tiempos lo hubiera hecho mejor. Mas, al fin, todo ello no superaba los alcances de la humana razón, y por eso está perfectamente puesto en boca de un hombre; ni era tampoco decoroso para Dios defenderse a sí mismo. Y cuando están agotados los recursos humanos y bien probada la sabiduría y equidad de Dios en el gobierno del mundo, por Elihú, hasta reconocerlo Job con su mismo silencio, aunque poco antes lo tenía por cosa no investigable, sólo restaba que Dios, que perfecciona la razón con la revelación y la naturaleza con la gracia, interviniera oportunamente y, tomando el papel de defensor y juez, arguyese primero la arrogancia del que audazmente le interpelara y estaba ya convencido; le hiciese confesar expresamente su temeridad y luego recompensase espléndidamente sus merecimientos, que tanto crecieran en aquella terrible prueba, por más que, repito, no fuera Job un modelo absoluto de santidad, sino sólo relativamente, habida consideración a tiempos, medios y circunstancias.

Así se desarrolla y termina el poema natural y dignamente;

no hay episodios inoportunos; se hacen en el prólogo indicaciones suficientes para ilustrar al lector, darle medios de apreciar la controversia y comprender toda la elevación del asunto; cada interlocutor conserva su carácter y habla en lugar oportuno; y, al fin, Dios mismo viene a cerrarle magníficamente con su elevadísimo discurso, no declamatorio, sino cual convenía para dar a Job un profundo sentimiento de la infinita majestad que él tan ligeramente interpelara, y otra lección después en el epílogo, con la benevolencia propia de su grandeza y con la equidad que pedía la justicia ofendida por los amigos de Job, a quienes perdona, después de obligarlos a rogar al mismo que les sirviese de intercesor. Si todo parece arreglado y natural, no es por efecto del plan del poeta, que, desde este punto de vista, tendría algunos defectos, como hemos indicado, sino porque los sucesos reales no son ilógicos ni absurdos, y cuando se pinta a la naturaleza se pintan el orden y la armonía. Los que no admiten la unidad de composición se fundan en vanas conjeturas, desconocen a veces el verdadero sentido, introducen en el poema un caos inextricable y discrepan entre sí tanto como suelen las sendas particulares, que parten, y cada vez se apartan más, del camino real.

V.—*Plan literario e intento del poema.*

PARECE, pues, que, como no hay motivo grave para considerar al *Libro de Job* como una mera creación poética, sobre todo si no se ha incurrido en una incredulidad y naturalismo absolutos, tampoco le hay para estimarle por un fárrago de adiciones y retoques de distintas manos y tiempos diferentes, sino que en este caso, como casi siempre, la buena y juiciosa crí-

tica confirma las creencias del buen sentido, que admite la autenticidad, veracidad y unidad de todo escrito célebre, mientras no se pruebe lo contrario de un modo irrefragable. En esta idea han discutido largamente los críticos el plan literario del libro y el objeto que se propusiera el autor.

Poco tenemos que decir sobre el primer punto, pues no se suelen apreciar ya las producciones literarias con estricta sujeción a las reglas y clasificaciones de los retóricos clásicos, y, por tanto, no hay empeño especial en tomar nuestro poema por una epopeya ni por un drama. A la vista de todo el mundo está que no tiene las condiciones de lo uno ni de lo otro, ni el genio semítico parece apto para estos géneros, pues no hay un solo ejemplo indiscutible en toda su literatura, sino sólo para el lírico en sus varias formas. El semita expresa instintiva e impetuosamente, con energía y viveza, sus verdaderos e íntimos sentimientos; pero inventar sentimientos y sucesos varios en persona extraña, verdadera y real o por la imaginación creada, desenvolverlos ordenadamente en largos discursos, exornarlos maravillosamente a la manera de los poetas heroicos, él, que carece de mitología, olvidarse de su propia persona y sentimientos para revestirse de los ajenos, al uso de los dramáticos, para esto, ni los hebreos ni los árabes parecen dispuestos por la naturaleza, ni está en sus costumbres, y por eso nunca lo cultivaron, aun después de haberse familiarizado tanto los árabes con la literatura griega.

Si el *Libro de Job* se parece en su forma literaria a otra conocida, es a los *Macamat* arábigos, como los de Hariri y Hamadán, poemas en que se finge una especie de congreso para discutir sobre asuntos filosóficos, morales, etc., etc., congresos que se puede asegurar, casi con certidumbre, que estaban en uso entre los antiguos árabes y aún subsisten en nuestro

siglo. A principios de él los presencié Jackson en las regencias de las costas mediterráneas, admirando no poco la facilidad improvisadora de los poetas de las tribus Moraffra y Waled Abusebah. A costumbres análogas se atribuyen comúnment^o los *Moallacas*, que eran las mejores piezas poéticas que se recitaban en la feria de Ocaz, cerca de la Meca, desde mucho antes de Mahoma, aunque algunos modernos lo han querido poner en duda. Copiaremos aquí lo que dice SCHACK en su obra titulada *Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia*, elegantemente traducida al español por el SR. VALERA. «Los poetas, que casi siempre eran guerreros también, entraban allí en pacíficos certámenes y recitaban sus versos, en los que celebraban las propias hazañas, la gloria de sus antepasados o las preeminencias de su tribu... Lo que principalmente los distingue (a los *Moallacas*) de los primeros ensayos, es que no constan de algunos pocos versos, sino que son más extensas composiciones, en ritmo más artificioso y propendiendo a formar en su conjunto un todo completo... No sólo en la feria de Ocaz, sino en otros puntos, hubo *mtifacaras* o certámenes de gloria, en las cuales cada tribu hacía valer su derecho a la preeminencia sobre las demás, por medio de un poeta, y siempre alcanzaba la victoria aquélla cuyo encomiador acertaba a expresar más elegantemente sus alabanzas» (1). Luego cuenta que un pobre hombre de la Meca, que tenía tres hijas, hospedó a un poeta, que a Ocaz se dirigía, y éste recompensó la hospitalidad cantando las nobles cualidades del huésped y sus hijas en el certamen poético de la feria, con lo cual, apenas divulgado su canto, los más ilustres caudillos de las diversas

(1) SCHACK, *Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia*. Madrid, 1872 Tomo I, páginas 15-16.—E.

tribus pretendieron casarse con aquellas pobres jóvenes. Estos usos dan razón de los *Macamat* o congresos ficticios de Hariri, y a ellos es muy parecido el *Libro de Job*, sin más diferencia que la de haber sido éste real e histórico, y la poesía menos artificiosa, y, por tanto, más fácil que la arábica, con lo cual aumenta su verosimilitud, no obstante su mucha antigüedad.

Teniendo nosotros por histórico en todas sus partes al *Libro de Job*, no necesitamos indagar qué objeto se propuso el autor al escribirle, fuera del de perpetuar una historia tan interesante, y las nobles y gravísimas doctrinas emitidas por los diversos interlocutores. Mas los que le tienen por mera creación poética, aunque basada en la realidad histórica del héroe y de alguno de sus actos y virtudes, discrepan, como suelen, en señalar cuál fuera el objeto del poema. Creen unos que se propuso enseñar que es completamente inescrutable el plan de la divina Providencia en el régimen y gobierno de los hombres. Otros, que no hay proporción alguna entre la virtud o el vicio, y la buena o mala suerte de los mortales. Ewald cree que con el ejemplo de Job, llevado por la conciencia de lo honesto y por la entonces común persuasión de que todos los padecimientos humanos son otras tantas penas de pecados, hasta el punto de acusar a Dios de injusticia, pero retraído luego por su amor sincero de la virtud, se propuso el autor combatir aquella falsa opinión y mostrar a la vez cómo el justo y honesto es llevado por la más pequeña superstición que abrigue a la incredulidad, para luego, desprendiéndose de ambas, volver a más pura fe y más plena conciencia de su virtud. Con él coincide en parte Renán, del que nos ocuparemos a la larga más adelante.

Ya dijimos que no se condena en nuestro libro toda inves-

tigación acerca de los planes divinos, sino la inmoderada y audaz, y la falta de caridad y justicia, pues de otro modo, principalmente en el caso de ser todo invención del poeta, no hubiera puesto en boca de su héroe tan audaces e inmoderadas quejas ni hubiera hecho decir a Elihú cosas tan graves y racionales sobre los premios y castigos de los hombres de bien y de los perversos, como ordinariamente acaece, (aunque a veces se reserve para la otra vida), lo cual es incompatible con las dos primeras opiniones. Cuanto a la tercera, en la que puede verse ya un *espécimen* de la jerga filosófica alemana, está contradicha por el libro entero, singularmente por la restitución de Job a su primera bienandanza, y tan lejos estuvo de llegar a la incredulidad, que siempre esperó en Dios, siempre creyó que El mismo le había de justificar de los crímenes de que, inocente, era acusado; nunca dijo que Dios le afligía injustamente, sino sólo sin merecerlo, que no es lo mismo. Quiso, pues, el autor darnos todos los documentos y enseñanzas que se desprenden de la historia entera de Job; v. gr.: que no se debe juzgar ligeramente, como los amigos de Job; que no se debe condenar a nadie por meras apariencias, sin que conste el mal ciertamente; que no se deben inquirir los juicios de Dios con nimia curiosidad, ni mucho menos acusarlos, cuando no se acierta a explicarlos; que no se debe desesperar, aun en las mayores adversidades; que los trabajos de la vida no siempre son castigos de culpas, sino que también los permite Dios para prueba y aguijón de la virtud, que tanto por ellos se acrisola y purifica de todo afecto egoísta, por más que, tarde o temprano, nunca se quede sin remuneración; que Dios tiene también quien le ame por sí mismo, siendo, por tanto, falsa la calumnia de Satán, por tantos y tantas veces repetida; finalmente, nosotros creemos, con los Santos Padres, que qui-

so delinear en Job la persona de Aquél que *fué despreciado y el último de los hombres, como un leproso herido por Dios y humillado, y, aunque inocente, fué contado entre los perversos y oró por los prevaricadores, y por cuanto su alma trabajó, alcanzó remota descendencia y se vió satisfecho*, que son palabras de Isaías, capítulo LIII.

V.—*Epoca de Job y de su libro.*

NO hay duda de que la historia de Job se refiere a tiempos antiquísimos y que la pintura que nos presenta es la de los tiempos anteriores a la conquista de Canaán por los hebreos. Trátase de un héroe, no hebreo, sino edomita, cosa incomprendible ya; es decir, que un autor hebreo de tiempos posteriores hubiera inventado un tipo de santidad o virtud que no fuera hebreo, ni aun le hubiera ido a buscar tratándose, como creemos, de un hombre y de un hecho histórico, entre los vecinos edomitas, entregados a la superstición idolátrica, y siempre rivales de los hebreos desde que les impidieron el paso para penetrar en Palestina hasta que les hicieron cruda guerra, aliados con otros pueblos, y se alegraban de sus males, todo lo cual ahondaba más y más la enemiga de ambos pueblos, de que son brillantísimo testimonio las profecías de Joel, III, 19; Amós, I, 11; Abdías, 1; Isaías, XXI, 11 y sigs. Job, y aun los demás interlocutores, aparecen con puras nociones acerca de Dios y de sus atributos, exponen santísimas máximas de vida y costumbres, y en Job se nos representa una virtud constante e inmutable, todo lo cual no conviene a los edomitas ni demás tribus que poblaban la Arabia superior y sus cercanías después de Moisés, ni aun en los tiempos

de este caudillo. Es preciso, pues, referir la acción del poema a tiempos anteriores, propiamente patriarcales, no mucho después de la época de Abraham, cuando todavía los israelitas y edomitas no se habían apartado de la fe y costumbres paternas ni habían olvidado o pervertido los primitivos documentos tradicionales, ilustrados y aumentados con las frecuentes y domésticas revelaciones hechas a los Patriarcas, cosa que ya sucediera por los tiempos de Moisés, como se colige del *Libro de los Números*, XXV, 1-2, respecto a los moabitas y madianitas, y es de toda probabilidad con relación a los idumeos (comp. 2 Crón. XXV, 20), como vecinos que eran.

No se menciona en nuestro libro otra superstición que la adoración de los astros (XXXI, 26-28), que es antiquísima, ni en tanta afinidad de religión y costumbres con los hebreos, sus parientes, descendientes todos de Abraham, se hace alusión cierta a los ritos e instituciones mosaicas ni a los prodigios que entre los hebreos se verificaron, cuya fama se extendió muy pronto por todo el Oriente (Exodo, XV, 14-15; Josué, III, 10) y cuya memoria tan oportuna hubiera sido en nuestro poema, donde por todos conceptos se ensalza y admira el poder y sabiduría de Dios. Tiene sabor de antigüedad patriarcal la pintura que se hace de Dios, a semejanza de un príncipe que convoca a sus familiares y próceres a consejo; el culto, sencillo y sin pompa, con sacrificios hechos a la manera de los patriarcas, sin distinción entre el sacerdote y el jefe de la familia o tribu; el comercio familiar con Dios, patriarcal de todo punto; la edad larguísima de Job; el respeto tributado a los ancianos y la idea que se tenía de su sabiduría; los apotegmas antiguos, conservados aún en la memoria de los ancianos, signos todos de los tiempos patriarcales. También la moneda no acuñada y, por consiguiente, usada al peso (XLII, 11

comp. Gén. XXXIII, 19; véase también el cap. XXVIII, 15-19), y más aún el presentar como empresa imposible la de domar a los búfalos y coger los cocodrilos (XXXIX, 9-12; XL, 20 comp. Ezequiel, XXIX, 4), el orden y género de las riquezas, consistente principalmente en ganado y servidumbre, aunque también era sedentaria y agricultora la tribu de Job; los juicios tenidos a las puertas de las poblaciones; la forma y ocasión de los donativos (comp. XLII, 11 con Gén. XXIV, 22), y otros muchos indicios, que si algunos subsistieron después, todos juntos, y el no darse señal cierta de edad posterior, prueban completamente que la historia se refiere a los tiempos patriarcales.

Ni niegan este colorido, propio de la más remota edad, los que hacen del *Libro de Job* un poema relativamente reciente, esto es, del tiempo de Salomón o de Isaías, o de la cautividad babilónica; antes por ello admiran más al poeta que tan felizmente supo trasladarse a los tiempos patriarcales, sin escapársele cabo alguno por donde pueda descubrirse y acreditarse una época posterior, o a lo menos muy pocos, según los que esto piensan, con harto escasos fundamentos.

No seremos nosotros, por cierto, los que tratemos de rebajar en lo más mínimo el mérito eminente del libro y del autor; pero, sea todo lo grande que quiera, nos parece imposible que no cayese en algún error anacrónico de colorido y pintura que le vendiera. Más obligados están los poetas dramáticos a ocultarse ellos para dejar que hablen sus personajes, y los más eminentes han incurrido en algún tropiezo anacrónico del género de los que en vano se buscan, pues nunca se hallan claramente en el *Libro de Job*. No hablemos de nuestro Calderón, que hasta a Jasón y Medea les hace hablar como pudieran caballeros y damas de la corte de Felipe IV; pero ni el

mismo Shakespeare está exento de parecidos anacronismos, antes los comete frecuentísimamente, como al suponer existente la Universidad de Heidelberg en tiempos de Hamlet y hacer exclamar a uno de sus contemporáneos *¡Por San Patricio!*, y suponer monjas en tiempo de Teseo, y hacer decir al romano Casio «que antes hubiera preferido Bruto ver en el trono *al supremo demonio de los infiernos* que a César», y dar a entender que en tiempo de Coriolano eran poderosos los censores, y se podía citar a Galieno, etc. Me parece que, prescindiendo de otras circunstancias, y atendiendo únicamente al genio poético, no rebajamos mucho al autor de *El Libro de Job* comparándole con Calderón y Shakespeare. Pues, a pesar de todo, no se hallan en Job cosas parecidas, inevitables para un autor que trabaja con muchísimo menos arte, aunque no fuera inferior en estro poético, si efectivamente fué muchos siglos posterior a la época que describe. Además de que ni la originalidad del poema ni su extraordinario mérito permiten descubrir en él el cuidado del imitador, en nada desmentido, ni esto era propio de la sencillez de los antiguos semitas, ni se aviene con el genio especial y verdaderamente singular del autor, atento a narrar y enseñar, no a deleitar ni fingir, ni hay, finalmente, un solo autor antiguo que haya logrado disfrazar tan felizmente la época en que vivía y escribía.

Del carácter lingüístico de Job poco podemos sacar firme y valedero para determinar su edad. Su poesía es más brusca, más atrevida, más impetuosa, más elíptica y menos clara y limada en la forma que la de David y Salomón; por este lado, tiene todos los caracteres de más antigua. La dicción abunda en arcaísmos y formas nuevas o inusitadas, que acusan el valor primitivo de la lengua y una abundancia aún no bien definida e indican una época creadora y no de imitación. Existen,

sin duda, numerosos arameísmos, que se han objetado por Bernstein y Gesenius, para sostener que pertenece el libro a los tiempos de la cautividad babilónica; pero Haevernich y Herbst han demostrado que la mayor parte de las formas gramaticales objetadas ocurre en los libros más antiguos, cuya autenticidad no hay razones bastantes para negar, como los de Moisés, Josué, Jueces, Samuel, Salmos e Isaías. Muchas de ellas son verdaderos arcaísmos, a juicio del mismo Ewald; otras son propias de Job, y no porque existan en el árabe y siríaco es esto una razón para negar que pertenecieran desde el principio a la lengua hebrea.

Resta cierto número de arameísmos, que no tenemos dificultad en reconocer, pero que pertenecen a la lengua poética, no encontrándose menos, proporcionalmente, en el canto de Débora, en la profecía de Balaam y en el salmo II, que ciertamente es de David. Hay arameísmos que acusan una época moderna, coetánea o posterior a la cautividad; pero hay otros que, por el contrario, indican una edad antiquísima, cuando aún no se habían separado de todo punto las lenguas hermanas, caldea, siríaca, hebrea y árabe, pues debieron en su principio diferenciarse muy poco, ya que en la época de los Patriarcas hallamos, sí, rastros de alguna diferencia (Gén. XXXI, 47); pero que no debía ser notable, puesto que vemos que se entendían perfectamente con los pueblos de Canaán, y que la lengua primitiva de los semitas tomaría poco a poco distinta fisonomía en las diversas regiones que la hablaban, hasta llegar a constituir varias lenguas hermanas, pero resueltamente diferentes.

Mas, ¿cuándo se verificó esto? Antes de Abraham, en parte (Gén., I. c.), pero hasta qué punto nadie lo sabe; y así tienen sabor arameo las profecías de Balaam, reconocidas por antiquí-

simas y de una perfección admirable, y el cántico de Débora, no tan antiguo, pero no menos bello y muy anterior a David. Sobre este punto dice Le Hir:

«Hay que distinguir en los escritores hebreos dos medios de emplear expresiones, formas y giros extranjeros. Uno acusa pobreza, sintiéndose que es la necesidad quien le impone. En ello se reconoce un autor que, prefiriendo la claridad a la elegancia, sustituye una palabra usada, aunque de origen extranjero, a otra ya anticuada; o bien, si aspira a la elegancia, lo hace por una pálida imitación de los antiguos, realzando así su propio estilo de sabor moderno, con algunas palabras raras de los tiempos pasados. Este empleo de los caldaísmos es claro indicio de época reciente. Mas hay otro más libre e independiente, al que han recurrido los poetas más antiguos para embellecer su estilo. Sucede frecuentemente que las expresiones comunes se hacen triviales, y por eso en todos los países han afectado los poetas cierta elección de frases y giros más raros, con los que se han formado una lengua que les era propia, y adoptado formas gramaticales especiales, que han ido a buscar en diferentes dialectos, vecinos al suyo. Así, la poesía épica de los griegos afecta el dialecto jónico por haberlo sido Homero, y la pastoral el dórico, por imitación de Teócrito. Otro tanto puede decirse que se observa entre los hebreos. Su poesía afecta arcaísmos y arameísmos para distinguirse de la prosa... Combinando todos estos hechos, nos inclinamos a creer que *El Libro de Job*, con sus caldaísmos, ha ejercido en la poesía hebrea una influencia análoga a la de los escritos mosaicos sobre la prosa; que la belleza, la elegancia y la riqueza de su estilo y de sus paralelismos, que no puedo comparar mejor que a los paralelismos de Balaam, nos ofrecen un monumento de los tiempos más antiguos y del país en que vivió Job, no lejos de

Madián; que este libro, probablemente escrito por el mismo Job, ha sido conocido por Moisés durante los cuarenta años que pasó con su suegro Jetró, que le retocó en su parte histórica, añadiendo al principio algunas palabras para dar a conocer la patria y santidad de Job, y algunas otras al fin para dar a conocer su muerte; pero conservando intacta la parte poética, como creemos que conservó las profecías de Balaam, y así le presentó a su pueblo para consolarle hacia el fin de la esclavitud de Egipto.»

No damos una fuerza demostrativa a esta clase de documentos lingüísticos; pero cuando están corroborados por tantos otros; cuando todos reconocen ya como absurda la idea de que un libro como el de Job sea de una época tan triste y de tanta decadencia literaria como la de la cautividad; cuando le vemos imitado manifiestamente en obras anteriores, como las de Isaías, Miqueas, Proverbios, Eclesiastés, Salmos y Samuel, cuyas citas no apuntamos por lo numerosas; cuando las vicisitudes de Job y sus coloquios con los amigos, cuya verdad y antigüedad creemos haber probado, no es posible admitir que se conservaran fielmente en la memoria por mucho tiempo; es de buen sentido reconocer que el autor fué contemporáneo o copió con fiel sencillez documentos contemporáneos; en otro caso, un autor posterior no hubiera podido presentar tales caracteres de los tiempos patriarcales sin un solo indicio claro de su más reciente composición. No vemos, pues, dificultad seria en la opinión expuesta de Le Hir y adoptada ya antes por nosotros en nuestro *Manuale Isagogicum in sacra Biblia* (1), de que el mismo Job le escribiera, y Moisés u otro hebreo posterior retocara algún tanto la parte histórica. Esta conjetura sube

(1) Núm. 336, pág. 342.—E.

de punto, considerando el colorido local del poema, que cuadra perfectamente a la Idumea y no a otra región; y como no hay dificultad alguna en que Job y sus amigos hablaran el hebreo, tampoco la hay en que escribiera el libro que lleva su nombre ni siquiera la denominación de Dios con el nombre de Jehováh en la parte prosaica y una vez sola o dos en la poética, cosa que nada tenía de particular en un descendiente de Abraham. Claro es que no damos esta opinión sino como una conjetura probable, a que nada serio se puede oponer, como veremos examinando las razones de los que retrasan la composición del libro a época muy posterior; mas de cierto nada sabemos (1).

VII.—*Solución de dificultades.*

UNA de las razones que se suelen alegar para llevar la composición de *El Libro de Job* a los tiempos de la cautividad de Babilonia, es la mención de los ángeles que rodean al trono de Dios y le ministran, y que, sin estar libres de toda culpa, tienen a su cargo la tutela de los hombres y les sirven de intercesores para con Dios, entre los cuales Satán, por el contrario, autor del mal, los acusa y calumnia, dogma que aprendieron los hebreos en la cautividad de Babilonia, deduciéndolo de la teología medo-pérsica; y así la palabra *Satán*, que era antes nombre común con la significación de *enemigo*, *adversario*, admite entonces el artículo, para designar al diablo antonomásticamente.

He aquí una objeción que muchos publicistas y doctores en Filosofía y Letras españolas declararán apodíctica, y que no

(1) Muy bien dice que *de cierto* nada sabemos acerca del autor y fecha de la composición de *El Libro de Job*. Sólo se aducen, así por los antiguos como por los modernos, conjeturas más o menos razonables.—E

permite dudar del caso, porque estos señores han leído un poco fárrago francés, guardándose muy bien de profundizar el asunto y estudiar los libros serios en lugar de los rapsodistas y vulgarizadores, que son los que hacen ruido. Mas la noción de los ángeles y sus oficios es en el pueblo hebreo mucho más antigua que la cautividad babilónica, más que Isaías y David y Abraham; es coetánea con el hombre. El pueblo hebreo atribuyó constantemente el pecado de Eva al engaño del diablo (Gén., III, 1 sigs.), pues nadie fué tan estúpido que creyera que la serpiente era una verdadera serpiente que, envidiosa de la dicha de los primeros hombres, había engañado a Eva y la había hecho prevaricar. Allí también se habla de un querubín, puesto por Dios, para impedir la entrada de Adán en el paraíso y de los querubines habla latamente Ezequiel, capítulos I y X. En el capítulo V, 13-14 de Josué, aparece un ángel, *príncipe del ejército de Jehová*, que puede compararse con el príncipe del reino de los persas, y Miguel, uno de los principales príncipes de que habla Daniel, capítulos X, 13 y XII, 1. En el Deuteronomio, XXXIII, 2, se habla de los diez mil ángeles que acompañaban a Jehová, texto que puede compararse con los salmos LXVIII, 17; XXXIV, 7; XCI, 11-12; CIII, 20, todos en hebreo; Isaías, VI, 20 y otros cien lugares. Y vulgar es el pasaje del Génesis (XXVIII, 12), en que Jacob ve en sueños una escala mística, por la que subían y bajaban ángeles, para indicarle la protección que Dios, por medio de ellos, le dispensaba. En muchos de los lugares citados se presentan los ángeles como protectores y mediadores entre Dios y los hombres; ¿cómo no podrían los hebreos creer en esta mediación de los ángeles, llamados los *santos* por antonomasia, *qedoschim*, cuando les constaba que el mismo Abraham había ejercido este ministerio? Véase Génesis, XVIII, 23 y sigs.; XX, 7-17. Lo

propio debe decirse de los ángeles malos o demonios, como entendieron los LXX y la *Vulgata* los pasajes siguientes: Levítico, XVII, 7; II Crónicas, XI, 15; Deuteronomio, XXXII, 17; salmo CVI, 37, hebreo (aunque el original se preste a no pocas controversias), y singularmente el pasaje ya citado, Génesis, III, 1, y según muchos intérpretes, y entre ellos Rosenmüller y Gesenius, Levítico, XVI, 1. Así es que, cuando posteriormente aparece clara entre los hebreos la noción de los demonios, aparece, como vulgar y corriente; cosa difícil si fué un dogma extranjero, tomado de pueblos idólatras, precisamente cuando con más pasión se aferraron a sus creencias e instituciones, aleccionados por una dolorosa experiencia y prevenidos contra las supersticiones extranjeras. Y si conocían la existencia de los ángeles malos, como no se puede dudar, por ser este dogma primitivo, común a todos los pueblos antiguos y singularmente personificado en el Typhon egipcio, claro era y fácil colegir que no habían sido criados malos por Dios, sino que se lo habían hecho por voluntad propia, y así como unos pecaron gravemente y se convirtieron en demonios, era de pensar que otros pecarían sólo levemente, y por eso se dice en Job de Dios *que en sus mismos ángeles no confía* (IV, 18) (1). Dada la creencia en la existencia de los ángeles, naturalmente se los había de suponer unos buenos y otros malos, aunque no lo declarase expresamente la revelación. Ciertamente que de su naturaleza y oficios, como de otras muchas cosas, se habla poco

(1) Esta interpretación no deja de ofrecer dificultad por las dos cosas que parece suponer: a saber, que hubo ángeles que sólo pecaron levemente, y que a esos pecados leves se alude en Job, IV, 18. Sobre la primera puede verse a SANTO TOMÁS, *Summa theol.*, I-II, q. 89, art. 4 y SUÁREZ, *De Angelis*, lib. VIII, capítulo I, n. 13; y, acerca de la segunda, KNABENBAUER, *Comm. in Librum Job*, París, 1886, pág. 80.—E.

o vagamente en los libros mosaicos y autores más antiguos; pero esto fué prudencia, atendida la propensión de los antiguos hebreos a la idolatría y demás supersticiones, por lo que tuvo que imponer Moisés la pena de muerte contra la mujer que tuviese espíritu *de adivinación*, lo cual demuestra una vez más que era vulgar la creencia en genios maléficos, de la cual no estaban exentos los personajes más elevados, como se ve en el caso de Saúl consultando a la pitonisa de Endor.

Por esto no es de extrañar que no se encuentre la palabra Satán en los libros antiguos de los hebreos, siendo tan rara y vaga la mención de los demonios; mas siendo nombrado con voces apelativas o comunes, como *serpiente*, y según los más (aunque Drach con otros rechaza fuertemente esta significación admitida por Gesenius), *Azazel*, el *relegado* o *desterrado* (Lev., XVI, 8, 10; 26 hebreo), ¿por qué no se llamaría ya por entonces *Satán*, *el enemigo* por antonomasia? Así es de conjeturar también por el hecho de haber perdido el artículo en tiempos posteriores este vocablo apelativo, aun para el diablo, cuando primitivamente sólo con el artículo tomaba este significado propio (I Crón., XXI, 1); y siempre será audaz y temerario tratar de determinar en qué tiempo comenzó o dejó de usarse una palabra hebrea, siendo tan escasos los monumentos que de esta lengua nos quedan.

Y aún repugnaría menos suponer que tomaran los hebreos la idea del diablo de los egipcios, cuyo Typhon guarda más analogía con Satán que el persa Ahriman, o Angro Mainyus, como otros escriben, pues por una parte, en la cautividad babilónica, lejos de asimilarse dogmas extraños, comenzaron a mirarlos todos con horror y más que nunca se hicieron intolerantes, como lo demuestra toda su historia posterior, y además se diferencia demasiado Satán del mal principio de los

persas. Este tiene un poder propio y nativo, opuesto al de Ahura Mazda y capaz de equilibrarle, aunque al fin de los siglos se cambiará en bueno o vencerá el buen principio; mas Satán tiene un poder limitado y sometido a la voluntad de Dios, sin la cual no puede perjudicar a Job en su fortuna o persona, idea que siempre perseveró en el pueblo hebreo y cristiano. Y aun no ha faltado quien creyese que el Satán de Job es de tan buena índole que debe tenersele por uno de los ángeles buenos, con los que recorre la tierra haciendo oficio de inquisidor y fiscal, no por mala voluntad, sino por deber, o al menos que se le ha de considerar, según otros, como muy distinto del diablo, según la idea de éste que prevaleció después, y fué tenido por principio de todos los males, que antes se creía venir de Dios o de los ángeles. Herder, Eichhorn, Bertholdt, Pareau pensaron lo primero, y lo segundo Michaelis, Jahn, Ewald y Stickel, aunque unos y otros sin razón. Satán es distinguido expresamente de los *Hijos de Dios* (Job, I, 6) y su mala voluntad hacia Job consta por lo que con él hizo y lo más que hiciera, si no se lo hubiera impedido el mismo Dios. El mal, tanto físico como moral, se atribuye también a Dios, a veces, por los autores modernos como por los antiguos, porque el primero procede de El inmediatamente o por medio de las fuerzas naturales, y el segundo en cuanto que le deja cometer, permitiendo obrar a la malicia humana o diabólica, y modera o dirige los resultados. Y para mejor dar a entender esta sujeción de Satán a Dios, nos le pintan como *El Libro de Job*, presentándose ante Dios y los ángeles, como puede verse en el III de los Reyes, XXII, 19-23, y en Zacarías, III, 1-2. Por eso, así como la noción de los genios del mal no fué inventada por Zoroastro, sino que es un dogma tradición al adoptado por la religión persa, así, aun los críticos más

recalcitrantes confiesan ya que no se puede señalar la época en que nació la angelología hebrea o tomó mayores incrementos; ténganlo entendido nuestros sabios españoles y procuren en adelante *afirmar probando*, no con esa autoridad dogmática más propia de un dómine que de un verdadero sabio, todos los cuales son y parecen modestos.

Nada se necesita decir contra los que piensan que *El Libro de Job* se refiere todo a la situación y circunstancias del pueblo hebreo cautivo en Babilonia, pues su pintura de la guerra, de la tiranía, de la violencia de los poderosos, etc., es demasiado general y cuadra a todos los siglos; ni se puede establecer comparación seria entre Job y los hombres piadosos que volvieron de la cautividad, entre los amigos de Job y Sanaballat, Tobías y Gossem, entre Esdras y Elihú; ni se puede pensar que fuera el objeto del libro preparar a los hebreos a entregarse a las leyes generales de la Providencia, por haber terminado la especial protección de Dios durante la teocracia, a lo cual se opone directamente la restitución de Job a su primer estado. Tampoco tenemos que añadir nada a lo dicho sobre los arameísmos del libro, que prueban más bien su remotísima antigüedad, ni de sus arabismos que no son extraños en un autor edomita, vecino de los árabes y próximamente igual a ellos en costumbres, civilización y género de vida, tanto menos, cuanto la lengua hebrea dista más de la arábica cuanto más moderna es. La afinidad del hebreo con sus lenguas hermanas es tal, que si se toma por poco castizo todo lo que por medio de ellas se puede ilustrar, no queda libro ni época en que pueda hallarse el hebreo puro y genuino. Por lo demás, la mayor parte de las voces que se suelen objetar en nuestro libro como árabes o arameas se derivan muy bien de otras hebreas castizas, y en lo que concierne a las demás, ya hemos dicho

que no pueden tomarse como signo de época reciente, y menos de la cautividad babilónica; tanto valdría, dice Lowth, atribuir con Hardouin las poesías de Virgilio y Horacio a los monjes de los siglos medios.

VIII.—*Prosigue la solución de dificultades.*

MAS atención merecen los que le hacen contemporáneo de Salomón, ya por su afinidad con los escritos del Rey sabio, ya por otra porción de datos que indican dicha época. Tales son la descripción del caballo de guerra, que hasta entonces no fué empleado por los hebreos, el gran conocimiento de los países extranjeros, que se explica por las relaciones de Salomón con Egipto, con la reina de Sabá, con los sabios de los países limítrofes, con su comercio hecho en Ofir y Tarsis, y principalmente los grandes conocimientos del autor del libro sobre historia natural, cultivada por Salomón. Además, hay en el libro tales caracteres de una civilización avanzada, que no pueden convenir a la época de Moisés, y menos a la patriarcal. Por ejemplo, ya se usaba el cultivo de la viña y del olivo, como el de los huertos, además de la agricultura y riqueza pecuarias (capítulos XV, 33; XXXI, 8), se navegaba (IX, 26); las caravanas sabeas y temanitas iban a comerciar a los países más remotos (VI, 19): se hacía el comercio cambiando cosas preciosas y comprando por oro y plata (XXVIII, 15-18); estos metales eran ya abundantes, como también las piedras preciosas (III, 15; XXVIII, 15-19); se hace frecuente mención de reyes y príncipes, y se los presenta cubiertos a unos con mantos y con corona los otros (XIX, 9; XXIX, 14; XXXI, 36), y construyendo ostentosos mausoleos y palacios suntuosos

(III, 14-15); se pinta como poderoso el orden sacerdotal (XII, 19), se describe la administración de justicia como muy avanzada, con tribunales, testigos, árbitros, demanda, contestación y sentencia escrita (IX, 33; XIII, 19-22; XXIX, 7; XIII, 26; XXXI, 35-37); el ladrón era compelido a restituir (XX, 18) y el criminal era azotado, encadenado, encarcelado bajo la inspección de un alcaide (XXXIV, 26; XIII, 27), y aun parece que se le grababa en los pies, sin duda a fuego, el nombre del juez (ib.), o en fin, era ajusticiado (XXX, 5-6). Se habla del clamor del exactor en ciudades populosas (III, 18), devastadas a veces por bandidos y despobladas (XV, 28; XXIV, 12), y eran frecuentes las guerras que se hacían con infantería y caballería (VII, 1; X, 17); se formaban en batalla al sonido del clarín (XXXIX, 24-28), usando de honda, aljaba, flechas envenenadas, arco, coraza, dardos, espadas y escudos (XXXIV, 6; XXXIX, 26; XLI, 19; VI, 4; XX, 24; XXIX, 20; XLI; 15), se asediaban en toda regla las ciudades, se abrían brechas y se las asaltaba formando la tortuga (XIX, 12; XXX, 12-14; XV, 26); estaban muy adelantadas la música y la poesía, la filosofía y las ciencias naturales, así es que se cantaba al son de la cítara, tambor e instrumentos de cuerda (XXI, 12; XXX, 31); conocían los nombres de las constelaciones y su posición en las distintas partes del año (IX, 7-9; XXXVII, 9); XXXVIII, 31-52), la pesantez del aire, la ley del equilibrio de los líquidos (XXVIII, 25), y la elevación o alzamiento de las montañas (IX, 5; XIV, 18); describe el autor las minas con gran pericia (XXVIII, 1-11), y menciona especies raras de árboles y las costumbres de los animales (VIII, 11; XV, 33; IX, 26; XXIX, 18; XXX, 4; IV, 10-11; XX, 14; XXX, 29; XXXVIII, XXXIX y XL casi íntegros y el XLI entero); discute sobre los meteoros (XXXVI, 27, 37); resuelve felizmente el proble-

ma que se propone, y, en fin, crea un poema inmortal cuando apenas se conocería el arte de escribir. Hemos tomado todas estas alegaciones de Ghiringhella, más por hacer notar la riqueza que se manifiesta en el libro que porque creamos que tienen gran valor para retrasar la época de su composición a los tiempos salomónicos. En las observaciones que hacemos sobre ellas nos referimos a los pasajes citados, por no citar de nuevo sino cuando convenga.

Que los arameísmos de nuestro libro, lejos de probar su época reciente prueban más bien su remota antigüedad, lo hemos dicho ya, y es opinión de Movers, con otros muchos doctos hebraístas y críticos; por lo cual, aunque se encuentran igualmente en los libros de Salomón, no se puede atribuir una obra tan sublime a un autor desconocido de aquella época, cuando se conocen los autores de unos pocos salmos y hasta de libros o memorias perdidas; y mucho menos al mismo Salomón, por razón idéntica y por diferencia total de estilo. Porque éste es muy diferente, por más que concuerden en algunas dicciones y formas gramaticales, lo cual se explica por tocar a veces idénticas materias, y por la imitación, que de ningún modo puede atribuirse a un poema tan sublime y original como el de Job. Todos los demás fundamentos alegados prueban que pudo escribirse en la época salomónica un libro parecido al de Job, pero no que de hecho se escribiera, ni destruyen los indicios alegados y manifiestos de su remota antigüedad, ni prueban que no pudo ser obra de un edomita vecino de la Arabia y del Egipto, que conocía estos países mejor que cualquier hebreo desde Moisés a Salomón, y que los de esta última época. Así, la agricultura, la industria pecuaria, el cultivo de la viña y del olivo, florecen aun en los tiempos patriarcales, como también varias artes, el comercio, el uso de la moneda, de menajes pre-

ciosos; se fundaban ciudades y reinos, alianzas políticas, derechos civiles, y existía la esclavitud. De todo esto se hace mención en los libros mosaicos (Gén., IV, 2-4; IX, 20; IV, 21-22; XXXIV, 10-21; XXXVII, 25-28; XLII, 25; XIII, 2; XXIV, 22, 35, 53; X, 11; XIV; XXIII, 3; XXXIV), además de ser público y notorio en lo que se refiere al Egipto, tan floreciente desde tiempos remotísimos y tan conocido del autor. El cultivo de la viña y del olivo entre los edomitas y moabitas da lugar a multitud de alusiones en la *Biblia*, y hasta es probable que de los árboles que poblaban los montes de Seir se deriva su nombre (*velloso* o *peludo*). Que conocieran los Patriarcas la navegación podría deducirse de la historia del arca en que se salvó Noé; y Moisés fué expuesto en uno de aquellos botes de papiro que cruzaban el Nilo con rapidez y probablemente se aventuraban a cruzar el mar por la costa (Exodo, II, 6, comp. Isaías, XVIII, 2). Es también conocido el lujo a que daba lugar entre los árabes, sabeos y temanitas, idumeos y egipcios, el comercio antiquísimo que ejercían los primeros, como puede verse en Heeren y en cualquiera historia del Oriente. La magnificencia de las construcciones no hay para qué recordarla después de tantos descubrimientos hechos en el Egipto, en los que se ven moles excelsas, pirámides, obeliscos, hipogeos, sepulcros adornados con estatuas, cincelados, pinturas, inscripciones, de donde se colige la multitud de artífices que las trabajaron y adornaron; y en Egipto habían aprendido los que construyeron el tabernáculo y todos sus adornos y utensilios del culto en el desierto (Exodo, XXXV-XL). En Egipto existían innumerables esclavos; era poderosa la clase sacerdotal—aunque no es claro que de ella hable nuestro libro—, a la que seguía la militar, presidiendo la primera a los asuntos fiscales, a los *nomos* o provincias, a la administración de justicia, en que todo se hacía por escrito, al

decir de Diodoro; la otra hacía la guardia real, y su general era el encargado de la cárcel (Gén., XXXIX, 1), constando también el ejército de caballería y carros bélicos (ib., XLVII, 17; XLIX, 17; Exodo, XV, 4), y usando toda clase de armas ofensivas y defensivas; también se sabía fortificar las ciudades y construir trincheras contra ellas (Deut., XX, 20), atacándolas y defendiéndolas por todos los medios a que alude nuestro libro, y otros más. Para todo lo dicho es claro que habían de emplear los metales y, por consiguiente, saber laborear las minas, cosa antiquísima, pues se atribuye ya en el Génesis a Tubal-Caín, como el uso de instrumentos músicos a Jubal (IV 21-22), aunque no nos parece claro que en este pasaje, en Job y en otros de la *Biblia*, se trate de verdadero hierro, sino quizá de bronce, y lo que se entiende como tal, sería el cobre. A lo menos, las radicales de la palabra *barcel* son las de la española *bronce* (1), lo cual sea dicho en obsequio de los arqueólogos prehistóricos, por más que no nos muevan gran cosa sus edades de piedra, de bronce, etc.

Ni hay que pensar que las bellas artes y las ciencias aparecen en Job grandemente adelantadas: lo que allí se ve son rudimentos y un cierto sentimiento de la naturaleza, muy propio de la civilización patriarcal, y que elogia justamente en nuestro libro el célebre Humboldt en su *Cosmos*. Los instrumentos de música que se citan lo son también en el lugar alegado del Gé-

(1) La dicción hebrea *barzel* significa *hierro*. Para la etimología del vocablo español *bronce*, el *Diccionario de la Academia* (14.^a edición) propone la voz persa *burinch* y el *Diccionario de Espasa* la del bajo latín *bruntus*, lívido. El *Diccionario de Meyer-Lübke*, el más técnico y acreditado para las etimologías de las lenguas romances, da también como más fundada el persa *biring'*, que significa *cobre*. Cf. W. MEYER-LÜBKE, *Romanisches Etymologisches Wörterbuch*. Heidelberg, 1911, pág. 79.—E.

nesis; las nociones astronómicas, las que eran comunes a los nómadas y a los pastores caldeos desde los tiempos más remotos, pues sólo se nombran algunas constelaciones más visibles, como la Osa, las Pléyades y el Orión, que conocen nuestros labradores y pastores. Mucho más adelantada que esto debía estar la astronomía en el Egipto y la Caldea, como también tuvieron que atender a la meteorología, particularmente los egipcios, para las necesidades agrícolas. Mas utilizan demasiado los que ven en Job la teoría de los alzamientos de Beaumont, el peso del aire y las leyes de la hidrostática, como puede verse sin más que consultar nuestra versión en los pasajes citados, en los que se admira el ordenado curso de los vientos y la definida cantidad de lluvia, que es de observación común, y el autor expresa poéticamente como si Dios lo pesara en balanza. Cuanto a los datos de historia natural, sólo se recuerdan plantas propias de Arabia y Egipto y sus cercanías, como el papiro, la ova, *gramen palustre*, la vid, la palma, la orzaga, la retama, la casia, el loto; y de los animales, la oveja, cabra, buey, asno, camello, el león, onagro, caballo, rebeco, ciervo, avestruz, cigüeña, águila, buitres, áspid, búfalo, hipopótamo y cocodrilo, es decir, o comunes en el país, o de que se podía tener fácil noticia. Y no sólo no hace mención de las causas naturales de los fenómenos meteorológicos, sino que supone que no las conocía ninguno de los interlocutores ni podía conocerlas, sirviéndose Dios de esta ignorancia para humillar a Job y darle a entender cuánta fuera su audacia al querer investigar los arcanos de Dios, él que ignoraba las causas inmediatas de los fenómenos naturales, que no por sernos ahora conocidas dejan de admirarnos ni quitan su fuerza y oportunidad al discurso de Dios a su interpelante.

La cuestión que sirve de fundamento a los discursos de Job y sus amigos no era en aquel caso una cuestión abstrusa de filo-

sofía, ni supone que ésta fuera ya cultivada por entonces, sino que brotaba espontánea del estado de Job, y era muy natural en la época patriarcal, por lo mismo que el dogma de Dios y de su providencia era común, y se atribuían todas las cosas del mundo más fácilmente a Dios que a las causas naturales. Ni se da en la controversia una solución determinada, la cual resulta más bien del suceso mismo que de la doctrina de los interlocutores, y el autor se limitó a exponer sencillamente el caso. Además de que la cuestión había ya ocurrido a Abraham (Gén., XVIII, 22 y sigs.). Y ocurrirá naturalmente y sin esfuerzo en todos los tiempos y países en que se crea en la Providencia divina. Pero no hay que pagarse de palabras ni confundir conceptos. Las más altas cuestiones de filosofía han sido tratadas y resueltas por el hombre desde el principio, siendo una vulgaridad de escuela la idea de que hasta Sócrates no se había filosofado. En los más antiguos libros hebreos, y en los indios, chinos, egipcios y persas, se agitan grandes cuestiones sobre Dios y el mundo y el hombre, y se les da una solución, y esto es filosofía. ¿Qué importa que no se ventilaran en forma griega, que no se atribuyera ni su planteamiento ni su solución al ingenio humano, sino a una enseñanza superior? Si hemos de ser formales y no dejarnos arrastrar fácilmente por la garrulería racionalista, por la ignorante presunción materialista, por la pedantería escolar, es preciso convenir en que los antiguos Profetas de los distintos pueblos no andaban tan descaaminados, y que al hombre primitivo le amaestró en los grandes problemas de la vida el mismo que le crió, pues no hay otra solución racional al problema de los orígenes humanos, ni de otro modo se puede explicar la admirable sabiduría de los antiguos en este orden de ideas, en medio de su ruda simplicidad e ignorancia de las cosas propiamente científicas que se

refieren a este mundo material. Dígase lo que se quiera, la hipótesis de que el mono se tornara en hombre y se civilizara gradualmente, no pasará nunca de una hipótesis contraria al buen sentido y a todos los hechos conocidos, así en el mundo de los cuadrumanos, que en más de cuatro mil años de historia conocida, aún no se han convertido en hombres salvajes, como entre éstos, que en igual tiempo no se han hecho civilizados por su propio y exclusivo esfuerzo. La degradación del primitivo humano linaje, conservando empero algunas fecundas semillas de progreso ulterior, mediante el trabajo y la dirección providencial, es y será siempre para todo hombre formal más histórica y más científica, y más filosófica, y más experimental que toda esa jerga poética que tantos mentecatos admiran en Pelletan, y tantos aspirantes a metafísicos creen a pies juntos en los doctores panteístas y deístas, y tantos petulantés ven *demostrada* en los libros positivistas. Sí, Dios vivo y verdadero ha criado al hombre, y le ha criado para más altos destinos que la malva o el cardo, y se los enseñó desde luego o le crió adornado de estos conocimientos, sin los cuales ni se hubiera podido conservar, ni menos hubiera conocido el *fin social* tan profundo y complejo, ni, por consiguiente, hubiera podido formar la sociedad humana, que, ignorante de su fin y privada hasta de la lengua, hubiera mil veces perecido entre los embates de los agentes naturales y los cataclismos de la naturaleza. Así se explica perfectamente el profundo saber metafísico de los antiguos y la admirable unidad de este saber, y no es de extrañar que en algunos pueblos llegara a un grado asombroso, y que en tiempo de Job y muchos siglos antes se pudiera ventilar la cuestión que agota nuestro libro, cuando ya eran antiguas las letras, las artes y las ciencias en Egipto, país que tan bien conoce el autor.

Cuanto al artificio del poema, repetimos que el autor no tuvo que hacer sino repetir las cosas como pasaron, si bien no repugnamos que en parte se le debe la división ternaria que en él domina, y la elegancia de dicción poética que tanto nos admira. Y que ésta no sea impropia de la lengua hebrea en tan remotos tiempos lo prueban, además de lo dicho, las exquisitas poesías de Moisés, de Balaam y el canto de Débora, antiquísimo, según todos los críticos, aunque no tanto como los precedentes, y abundante en arameísmos, como las profecías de Balaam y *El Libro de Job*. Por lo demás, los ejemplos de Homero y Dante prueban por experiencia que un gran genio puede, por su facultad creadora y por el vigorismo de una lengua reciente o restaurada, elevarse a una altura a que en vano intentan llegar los poetas posteriores.

Como se ve, las razones principales por las que es hoy común entre los sabios la idea de retrotraer la composición del libro a los tiempos de Salomón no tiene un valor decisivo, y pesan mucho menos, en nuestro concepto, que las otras con que hemos procurado probar que es de época patriarcal; y, por tanto, que nada se opone a que se le considere como obra del mismo Job, al cual parece natural que más que a otro alguno convenía que se le revelase el origen de su desgracia temporal, y que, agradecido a la bondad y favor de Dios, quisiera perpetuar el recuerdo de aquel extraño suceso. Con todo, pensamos que alguno, quizá Moisés o el que le dió a conocer a los hebreos, retocó en parte el prólogo y epílogo. No pasa de ser esto una conjetura; pero insistimos en que nada grave se le puede oponer, y que, en todo caso, el libro es muchísimo más antiguo que Salomón.

IX.—Corrobórase la remota antigüedad de *El Libro de Job*.

PODRA corroborarse más esta opinión comparando lo que dicen los viajeros, que nos han dado descripciones de los usos y costumbres arábigas, y de las condiciones del suelo y clima de los países limítrofes por el SE. de la Palestina, con infinidad de locuciones e imágenes que ocurren en *El Libro de Job* y prueban que ha sido escrito por un edomita, por la dificultad o imposibilidad de que un extranjero diera copia tan fiel de aquella región sin intentarlo siquiera. Del país son y del Egipto (que fácilmente podía ser conocido por un edomita en tiempos de tan activo comercio entre la Arabia, la India y el Egipto, cuyo centro era Petra) (1), todas las plantas y animales mencionados en el poema. A la Arabia, y a la Idumea en particular corresponden las varias alternativas de sequía y de inundaciones que recuerda; los vientos violentísimos; la comparación de la edad viril con el otoño, la mejor estación de aquel país; las virtudes de la hospitalidad y templanza; la condición de los ricos dichosos; las imágenes sacadas de los odres, tiendas, del candil que luce en su interior; las irrupciones de las bandas de ladrones; las piedras amontonadas en los sepulcros; la abundancia de vestidos; las cabañas para guardar los frutos; el poner sobre la cabeza o ceñir la frente con sentencias escritas de hombres principales. Véanse, respectivamente, Job, 1, 19; VI, 15; XXII, 11; XXVII, 20; XXIX, 4; XXXI, 17, 31-32; XXII, 6 y sigs.; XXIV, 2 y sigs.; XI, 18-19; XXI, 8-12; XXXII, 19; XVIII, 6; XXIX, 3; I, 15-17; XXIV, 14-17; XXI, 32-33; XXVII, 16;

(1) No consta que ya por ese tiempo estuviese en Petra el centro del comercio ni que Job fuese ciertamente idumeo; pero basta que fuese o idumeo o de alguna región limítrofe para el intento que aquí persigue el Dr. Caminero.—E.

XVIII, 31-36. A la Idumea pertenece más especialmente la descripción de los trogloditas (XXX, 2 y sigs.); la escritura en piedras (XIX, 24); las cavernas como refugio de los pobres (XXIV, 8); las rocas pobladas de buitres, rebecos y asnos monteses (XXXIX, 15-26); las montañas cubiertas de nieve y hielo (XXVIII, 29-30) que al derretirse producen el desbordamiento de los arroyos y torrentes, que luego con el calor se secan (XXIV, 19); los collados socavados por aluviones o descuajados por terremotos (XIX, 6; XIV, 18); la cultura de los campos y de la vid; la mención del Jordán y alusión a la ruina de Sodoma (XL, 18; XVIII, 15; XX, 23-26), y las repetidas a reyes y príncipes, que ya de tiempos remotos subsistieron allí (Gén., XIV, 1 y sigs.; XXXVI, 15 y sigs.). Finalmente, la lengua hebrea, intercalada de arabismos, y arameísmos, conviene también a un idumeo, como vecino de aquellos países, y la rudeza y aspereza de sus sonidos refleja la región montañesa de Seir; se citan proverbios comunes entre los árabes (VII, 19; XVIII, 6; XXXIX, 17, etc.); y la forma del poema es también propia de ellos, como dijimos; de modo que no han faltado quienes le hayan tenido por una traducción del árabe, si bien no habrá quien crea tal cosa, como atiende bien a todos los caracteres de originalidad que en él brillan y no dejan duda sobre este punto.

Verdad es que muchos creen descubrir la mano de un hebreo posterior en alusiones a las cosas y recuerdos de la nación hebrea; pero sus argumentos están lejos de poder convencerlos ni destruir lo que hemos alegado. Danko, que es de esta opinión, y apenas concede verosimilitud a la nuestra, alega los siguientes: *a*, la excelencia del poema, que parece demandar muchas tentativas poéticas anteriores; *b*, el modo de hablar de la parte prosaica, exactamente parecido al del 1.º de Samuel;

c, la correspondencia de sentencias, palabras y frases con los libros salomónicos, exceptuando sólo los idiotismos de cada interlocutor. Agréguese muchas sentencias de nuestro libro esparcidas por distintos lugares de la *Biblia*, particularmente en Isaías, Amós y, sobre todo, Jeremías; *d*, que el autor fué un hebreo lo piensan hoy la mayoría de los críticos, y lo prueba el haber tomado su doctrina de Moisés, y aun haber procurado despojarla de algunas dificultades. Parece, además, que el autor vivió en los términos boreales de la Palestina y viajó por Arabia y Egipto, lo cual explica el conocimiento que manifiesta de estos países.

A la primera razón creemos haber contestado suficientemente. La segunda nada tiene de particular, aunque se suponga la remotísima antigüedad que nosotros admitimos para *El Libro de Job*; ésta misma hace posible la imitación por parte de los autores posteriores, y su excelencia y sublimidad la hace verosímil: tanto más, cuanto el mismo Danko conviene, como no puede menos, en que *El Libro de Job* es el imitado y no el que imita. Y si tiene idiotismos propios de los interlocutores, claro es que se conservaba fresca la memoria de sus discursos cuando el libro se escribió, cosa imposible si esto tuvo lugar muchos siglos después del suceso, ya que el mismo Danko reconoce que se trata de una historia real y relativa a los tiempos patriarcales. También incurre en otra contradicción de afirmar que Job y el autor del libro se propusieron combatir el error común entre los hebreos, que llevando demasiado adelante su ley del talión, creían que Dios la aplicaba también irremisiblemente, de modo que todos los trabajos de la vida eran castigo de los pecados y exacto criterio de la moralidad de los que los sufrían. Porque el sabio escritor conviene en que el suceso fué real y anterior al pueblo hebreo, y no es posible que lo que es antes

esté basado en lo que es después. Si el autor fué efectivamente un hebreo posterior, pudo tener por móvil para escribir su libro el objeto que Danko supone; pero como se trata de un suceso histórico y real, por confesión de nuestro docto crítico, ni podemos saber, ni importa para el caso, qué intenciones le movieron para escribirle. Confesamos que la mayoría de los críticos opinan que fué un hebreo el autor del libro; pero bueno es saber que esta mayoría está particularmente entre los que le tienen por una obra de mera creación poética. Mas tomarle por histórico en lo sustancial, y sostener que es de época muy posterior, no es tan fácil. Ya hemos dicho que es muy natural que se conservasen en tiempo de los Patriarcas vivos recuerdos de las tradiciones primitivas, singularmente entre los allegados a próximos descendientes de Abraham; y así no es extraño que aparezcan en nuestro libro doctrinas y recuerdos conformes a los bíblicos, como la idea de Dios creador, conservador y padre de los hombres, que los formó de barro, al que habían de volver por sus culpas, e inspiró su hálito en ellos (X, 9; XXVII, 3; comp. con Gén., 11, 7); el pecado original (XIV, 4); el ministerio de los ángeles; el diluvio (si a él alude en el cap. XII, 15 y 22; XV, 16); la ruina de Sodoma; la mención de Dios bajo el nombre de *Jehováh*, pues falsamente se cree que no fué conocido con tal nombre por los antiguos Patriarcas, idea que se deriva de la falsa interpretación del pasaje del Exodo VI, 3. En la ley mosaica se prohíbe dañar los campos ajenos, remover las linderas, oprimir con usuras al pobre, llevarle en prendas la ropa de su cama o persona sin devolvérsela antes de que llegue la noche, y todo esto se reprueba en *El Libro de Job*. Así es; pero si por ello hemos de creer que el autor del libro lo tomó de la ley mosaica, iríamos demasiado lejos. Trátase de cosas tan generales y comunes a todo pueblo algún tanto

civilizado, y sobre todo a los antiguos y modernos árabes, que es imposible concluir nada en nuestro asunto. Debe siempre pensarse lo que es la verdad, que multitud de leyes y reglamentos mosaicos estaban ya en las costumbres hebreas, tan análogas a las de los árabes vecinos, y nada deben extrañar, por tanto, semejantes analogías. Los lugares alegados por Danko en comprobación de que Job alude a la ley mosaica, nada convencen, como puede verse compulsándolos (son: VI, 10; XII, 19; XXIII, 11; XXIV, 2), pues el hablar de ley o precepto (XXIII, 11-12) no supone que se trate de la ley mosaica, sino, generalmente, de lo recto, honesto, justo, pues ello es ley o precepto de Dios. La confesión del pecado (XXXIII, 27, comp. Exodo, IX, 27), es una de las prácticas primitivas, no inventada por Moisés: ella está en la naturaleza del hombre y es una de sus más íntimas necesidades, siempre que quiera reconciliarse con el amigo a quien ofendiera. Los sacrificios eucarísticos o expiatorios son tan antiguos como el hombre y tan extendidos como la tierra; nada prueba, pues, el que se mencionen en Job. Ni allí se dice que Dios castiga por los padres culpables a los hijos inocentes, como fué un error común entre los hebreos, refutado por Ezequiel, sino que no siempre acompaña a los malos un fin desastroso; mas a veces se sufren por generaciones las consecuencias de la mala conducta de los antepasados, cosa de experiencia común. La idea que parece tenían los hebreos del *scheol* (1), conforme en un todo con lo que aparece en Job, tampoco es indicio que prueba la tesis que combatimos, por-

(1) Lo que aquí dice el autor parece referirse únicamente a algunos elementos poéticos en la descripción del *scheol* o región de los muertos. Cfr. CAMINERO, *Manuale Isagogicum*, Lugo, 1868, pág. 90, y, para un estudio más detallado, RICHARD, artículo *Enfer* en el *Dictionnaire de Théologie Catholique* de Vacant, tomo V, París, 1913.—E.

que ella fue aún más general; como que estaba tomada de la antiquísima costumbre de enterrar los hombres en sepulcros subterráneos, de donde fácilmente se forjó la imaginación y expresó la poesía la imagen del tártaro o negro abismo, que no hay que confundir con lo esencial que en esta imagen se encierra, esto es, la inmortalidad del alma. Lo propio digo de la idea relativa a las columnas del cielo, que tiemblan ante la majestad de Dios: expresión puramente poética, que bien podía estar fundada en la idea vulgar de una bóveda cèleste que en alguna parte se había de sostener. Repetimos, pues, que si no podemos afirmar categóricamente que Job mismo escribiera el libro que su nombre lleva, es esto verosímil, y no hay razón de peso en contrario; de cierto, el libro es antiquísimo y próximo a los tiempos mosaicos.

X.—*Forma literaria del poema.*

NADA diremos del carácter religioso de *El Libro de Job*, pues no nos hemos propuesto hacer un trabajo de controversia dogmática, sino meramente literario, y, por otra parte, sólo tendríamos que ampliar lo escrito en otro lugar (1).

Claro es que siendo su principal contenido una controversia, alguno de los contendientes había de defender el error, y ya sobre esto hemos dicho lo bastante. El mismo Dios habla, acomodándose, como siempre, a la capacidad y cultura de las personas a quienes se dirigía; por eso emplea argumentos y frases que no pueden entenderse bien ni interpretarse con lealtad, sino trasladándose con el espíritu a la época del suceso, y

(1) *Manuale Isagogicum in Sacra Biblia*. Lugo, 1868, páginas 342-343.

teniendo en cuenta las opiniones, creencias y costumbres de los árabes patriarcales; pues aunque Job y sus amigos no fuesen todos rigurosamente árabes, sino probablemente idumeos, hay que identificarlos para el caso a los árabes, cuyos vecinos eran, y con quienes convenían en todo lo que constituía su estado social.

Por eso, sin duda, hay tanta analogía entre *El Libro de Job* y la poesía arábica, tanto en la disposición del poema, como hemos dicho, como en gran parte en su forma literaria. Para conocerlo mejor, convendría compararle con gran número de poesías árabes antiguas, como las *kasidas*, los *moallacas* y, en gran parte, el mismo Korán. El ímpetu y vehemencia de los afectos íntimos y personales del poeta se manifiesta singularmente en los discursos de Job, y es una de las principales cualidades de las poesías arábicas. Otra, en que también conviene, es en la escasa modestia que a veces manifiestan los interlocutores (véase XI, 1-2; XII, 2-3; XIII, 2, 12-13; XV, 2-10; XVI, 2-3, y otros muchos lugares, singularmente el exordio de Elihú), y que en los poetas árabes llega a la más petulante vanidad (1). El cultivo exquisito de la poesía por los antiguos árabes y beduínos, casi incomprendible para nosotros, en medio de su rudeza de vida y escasa civilización, y que se manifiesta particularmente en el diestro manejo de la lengua y cuidado de la forma (2), explica, como ya indicamos, las excelencias poéticas de *El Libro de Job*, aun en tiempos remotísimos, sin que obste la diferencia de lenguas, pues claro es que los que hablaban la hebrea sobre ella habían de trabajar, a ejemplo de los vecinos árabes, que poetizaban en la suya, a veces

(1) Véase la introducción de la obra citada de Schack.

(2) Cerca de la cuarta parte de las obras árabes del Escorial son gramáticas y retóricas o artes poéticas.

con tal esmero y sutileza, que encantaban a los suyos, mientras que dejan fríos a los que las leemos traducidas a otras lenguas. Pero mayor semejanza hay aún en las descripciones, ya por el placer con que en ellas se detienen, ya por los asuntos que describen, y hasta por la forma de hacerlas. Sabido es que las descripciones forman gran parte de las *kasidas*, pareciendo a veces que buscan pretexto para hacer una descripción, y esto mismo vemos en Job, donde una idea accidental que ocurre al interlocutor en medio de su discurso, le da ocasión de detenerse a describir. Así, la mención del estado de los muertos da ocasión a Job para extenderse en una pintura (III, 11-19); para contar Elifaz lo que oyó en sueños, describe largamente el caso (IV, 12-16); por haber dicho Job que sus amigos, de quienes esperaba consuelos, le habían faltado como arroyo seco en que se esperaba hallar agua, describe a la larga estos arroyos y torrentes del desierto (VI, 15-21). No es preciso mencionar la descripción de los trogloditas (XXX), de las minas (XXVIII), del trueno y tempestad (XXXVII), de los sufrimientos de Job (*passim*), del caballo, del hipopótamo y cocodrilo, y otras muchas de menor extensión.

El aspecto del suelo, los animales del país y los fenómenos meteorológicos son el asunto más común de *El Libro de Job* como de las *kasidas* arábigas, faltando sólo en él las descripciones eróticas y las de combates personales, porque no eran propias del caso ni de la cuestión que se ventilaba. La descripción suelé hacerse entrando en minuciosos pormenores, como hacen los árabes, y se ve principalmente en la del hipopótamo y cocodrilo, única de animales que no son del país, sino de Egipto, donde pudo verlos el autor y quedar fuertemente impresionado de su vista; sin duda Dios quiso confundir la arrogancia de Job y de sus amigos extendiéndose largamente en

la magnífica pintura de Behemoth y Leviathán, que eran por ellos menos conocidos.

Hablar ahora de las bellezas literarias del poema sería ofender a los lectores, aun los menos instruídos: no hay dónde escoger; no hay sino leer y gozar. Los literatos más competentes han realizado como se debe tan gran poema. Lowth, Schultens, Rau, Herder, Chateaubriand, Lamartine y otros ciento son unánimes en la admiración de sus bellezas (1). Mucho sentimos que nuestra versión no pueda, ni con mucho, servir para apreciar debidamente el mérito del original; mas creemos que lo mejor que pudiera hacerse para este fin es traducir lo más literal que sea posible. No hubiera sido difícil, o no lo sería para persona más competente, traducirle en endecasílabos sueltos, que, a mi juicio, conservarían el paralelismo y se sostendrían muy bien sin el apoyo de la rima, por la grandeza y elevación de los pensamientos, viveza de las pinturas y energía de los afectos; pero este trabajo podrá emprender el que no se sienta tan pequeño al lado de este libro inmortal como el que estas líneas escribe, y teme haber profanado con una pálida versión el primer poema de toda la literatura semítica.

XI.—*El Job de E. Renán.*

SEA cualquiera el mérito de la traducción de Renán de *El Libro de Job*, mérito reconocido generalmente, y que los españoles tenemos menos motivo de apreciar, puesto que versa principalmente, dicen, en haber conciliado una fidelidad rigurosa

(1) Muy notable es el reciente estudio del P. JOSÉ NEYRAND, S. J., *Le livre de Job et les poèmes d'Homère*, publicado en la revista *Etudes*, tomo 173 (1922), páginas. 129-151.—E.

con el más diestro empleo de la lengua francesa, a la que ha sabido hacer plegarse el aire del original, llegando, dice Godet, hasta la perfección del género, nosotros no tenemos interés alguno en rebajar ese mérito, que, por otra parte, debe atribuirse no poco a su maestro Le Hir, cuya versión estaba hecha unos diez años antes y era conocida de Renán; y aun él mismo confiesa que ha tenido que hablar en francés, que le ha sido preciso acomodarse a las exigencias de la lengua, cosa que, parece, rebaja algún tanto la semejanza entre el original y la versión, o esto no significa nada.

Claro es que un español difícilmente puede pronunciarse en favor del maestro o del discípulo; pero hecha esta salvedad, y teniendo en cuenta lo poco que dijimos de la versión de Le Hir, todavía nos parece a nosotros que en muchas ocasiones esas exigencias de la lengua apartan más a Renán que a Le Hir del aire y tono del original, y aun del verdadero literal sentido. Algo, sin embargo, nos hemos aprovechado de él, y más veces le abandonamos en los casos controvertidos; pero no es la traducción lo que más nos interesa, sino el estudio preliminar que la precede, en el que hay multitud de apreciaciones, falsas unas, malévolas otras, hipotéticas las más, abandonadas algunas ya por el mismo autor, y todas impregnadas de ese espíritu de incredulidad suave y melíflua que es su especialidad, y que le da reputación y dinero. Mucho sentimos no poder hacer justicia por completo de todas ellas, pues se necesitaría un libro; pero tampoco hay gran necesidad; puesto caso que las mismas cosas repite en todos sus escritos, y ya por ellas ha recibido los palmetazos de muchos sabios y críticos de toda Europa.

Ya hemos dicho que a nuestra fe de cristianos no interesa que *El Libro de Job* sea antiguo o moderno, historia o poesía,

siempre que no se vean errores en él, enseñados por su cuenta, ni doctrinas inmorales, presentadas con el mismo carácter. Mas la tradición entera aceptaba sin reserva el carácter histórico y la alta antigüedad del libro, y no era ocasión de desperdiciar el poder hacer formar juicios desfavorables a esa tradición, y efectivamente no la desperdicia. Para él no es cosa que merezca discutirse si *El Libro de Job* nos da la historia de un suceso real; a lo menos en lo sustancial, su composición data del siglo VII antes de J. C., y en fin, son inauténticos los discursos de Elihú. Estas son sus principales afirmaciones en orden a la época y carácter del poema, mezclados con otras sobre la de otros libros de la *Biblia*, que no podemos discutir aquí, aunque esperamos hacerlo latamente respecto al libro de Daniel (1), que más particularmente interesa a los cristianos, y del cual nos hemos ocupado brevemente en otra parte, dando una refutación sumaria de los racionios con que intenta Renán, también en otro libro, establecer su inautenticidad.

Y entretanto confiesa que la narración de Job se refiere a los tiempos patriarcales, y que le parece fuera de toda verosimilitud que el autor hebreo posterior alcanzara un refinamiento literario suficiente para no prestar a sus personajes sino pensamientos e ideas compatibles con la época y país en que coloca los sucesos de su poema. El que los hebreos conservaran largo tiempo el *sentimiento* de los tiempos patriarcales, y el que se pueda ver cierta tendencia a dar al poema color local llamando a Dios *Jehováh* en la parte prosaica, o en nombre del autor, y *El, Schaddai, Eloah* en la parte poética, no le parece suficiente, pues bastaba para ello escasa aten-

(1) Lo hizo, efectivamente, en un estudio publicado en la *Defensa de la Sociedad*, año IV (1875), números 116 y 117 (16 de julio y 1.º de agosto), páginas 459-474; 513-542.—E.

ción, y no supone, ni con mucho, el grado de refinamiento literario que exigiría un poema entero compuesto en un orden de ideas diverso del del autor. Excusamos repetir que estamos de acuerdo en este punto; que esa es nuestra argumentación para llevar la composición del libro a la época y país a que él se refiere. Mas esto para Renán ofrece *mayores* inconvenientes. La lengua debería ser muy arcaica, mientras que, por el contrario, es sumamente artificial y trabajada. La lengua, respondemos, es ambas cosas, que no son incompatibles; sus numerosos arcaísmos los reconocen generalmente los críticos, y nunca un argumento como éste, tratándose de una lengua como la hebrea, cuyos monumentos escritos se encierran en un regular volumen, podrá ofrecer mayor dificultad que el fenómeno literario de ese refinamiento que a Renán parece inverosímil y a nosotros y a cualquiera imparcial absolutamente imposible. Tampoco le convenía el hecho de que no se dé alusión en el poema de Job a las *prescripciones mosaicas y posteriores*; y la razón la encuentra en que también faltan estas alusiones en el libro de los Proverbios, en la historia de los Jueces, de los primeros Reyes, y, en general, en los escritores anteriores a la última época del reino de Judá. Pase esto respecto a los Proverbios, aunque podríamos citar, no sólo alusiones, sino imitaciones manifiestas del libro mismo de Job; pero cualquiera ve la diferencia entre libro y libro y la facilidad de que se escribieran proverbios y se compilaran en un libro, sin necesidad de hacer alusiones a épocas y países determinados. ¿Pero era esto posible en un libro como el de Job, que pretende escribir una historia; que hace hablar y disputar reciamente a sus interlocutores; que ventila un problema para el que apenas se concibe que no hubieran aprovechado sus conocimientos en la legislación e historia hebrea,

haciendo como hace cada interlocutor ostentoso alarde de su saber?

Mas para escribir Renán que tampoco hay alusiones a las *prescripciones mosaicas*—y nosotros volvemos a añadir *historias mosaicas* y *posteriores*, puesto que esto era necesario si el libro fué del siglo VII—, ha necesitado tener confianza sin límites en la fe de sus lectores; ha necesitado estar seguro de que no abrirían la *Biblia* para comprobar su aserción; ha necesitado pensar que nunca la han abierto. Porque las alusiones que se encuentran en los escritos hebreos anteriores al siglo VII a las prescripciones e historias precedentes son tantas, que con citarlas ocuparíamos tanto espacio como el del *Estudio* que vamos criticando.

Sin haber leído el Pentateuco, por ejemplo, es imposible entender el libro de Josué en todas sus partes, ni los Jueces, ni Samuel, ni otros escritos ciertamente anteriores al siglo VII. Y aquí no sirve acudir al subterfugio de adiciones y correcciones y manipulaciones, porque de cualquier modo es imposible que un autor hebreo del siglo VII pudiera librarse de dejar escapar algún indicio de época posterior a la patriarcal, o de civilización y costumbres especialmente hebreas, lo cual, como hemos visto, nos viene a conceder Renán. Que la literatura de filosofía moral hebrea contenida en los libros que en general *se agrupan en derredor de Salomón* esté fuera de las ideas esencialmente hebreas y comprenda más bien las ideas semíticas, es una gratuita aserción del autor, y tendríamos curiosidad de que nos enseñara algún monumento de la filosofía moral de los pueblos que rodeaban a la Palestina antes del siglo VII; y en todo caso, repito, que cualquiera ve la diferencia que hay, para la cuestión actual, entre los *Proverbios*, el *Cantar* y muchos Salmos, por una parte, y *El Libro de Job*, por

otra. ¿Puede un autor *hebreo* tan moderno darnos ese *espécimen de la sabiduría temanita*, que dice Renán, con tanta felicidad artística, con tal *refinamiento literario*, que no dejara algún cabo suelto por donde averiguar su patria y edad? ¿Pudo además quedar ignorado el nombre de tan grande autor, cuya obra hubiera adquirido inmediatamente fama universal entre los hebreos, puesto que Renán nos concede que ya Isaías le imitó, cuando sabemos los nombres de los pequeños Profetas y hasta los autores de algún que otro salmo?

La mención de Job hecha por Ezequiel fuerza a nuestro crítico a sospechar que ya entonces era célebre el nombre y la santidad del viejo Patriarca, lo cual le induce a creer que circularían algunas *leyendas* acerca de la paciente resignación de Job, pero que no debían ser el libro actual, que no se aviene con la opinión de santidad que resulta de la mención de Ezequiel, en lo cual se engaña por dos conceptos: Primeramente, porque esos arranques de Job, en medio de sus dolores materiales y morales, aparecen con circunstancias altamente atenuantes, que no permiten rebajar su mérito, y el mismo Dios viene a confirmarlo en el epílogo. En segundo lugar, porque Renán sostiene que Jeremías le imitó, y es manifiesto; y aun opina que también le imitó Isaías, muy anterior a Jeremías y Ezequiel. Si, pues, le imitaban ya los más célebres escritores del siglo VI y aun del VII, ¿cómo no había de existir? Y si existía el libro, ¿por qué no le conocería Ezequiel, y sí sólo algunas *leyendas*, de que jamás se ha tenido noticia hasta que Renán ha procurado explotar esta palabra para sus fines? ¡Ah! Si los lectores de este autor no se dejaran llevar de la suave melosidad de su frase, de su satisfecha suficiencia, de su aparente moderación, que parece hacer concesiones al mismo tiempo que mete la daga en el corazón, ¡cuántas contradiccio-

nes notarían en él, a veces en el libro mismo y en la página misma! Así, es edificante verle refutar a Gesenius y demás autores que retrasan la composición del libro hasta los tiempos de la cautividad, afirmando que no hay en él un idiotismo que pruebe decadencia en la lengua y no se encuentre en el cántico de Débora, cuya antigüedad confiesan todos. Mas no dice cuál es esta antigüedad, porque subiendo, como sube, lo menos al siglo XII o XIII, era fácil cogerle en renuncio, puesto que el carácter lingüístico es quizá la principal razón por él alegada para traer la composición del poema al siglo VII. También tenemos que agradecerle su aserción de que la angelología y demonología del libro de Job no está tomada de las creencias persas ni traspasa el círculo de las que hallamos entre los hebreos antes de su contacto con Asiria y Persia. Se engaña, sin embargo, al decir que el Satán de Job no es sino uno de los *Beni-Elohim*—pedantismo se llama esta figura—o ángeles más malignos que los otros, socarrón y maldiciente; porque, ya lo hemos dicho, el texto expresamente le distingue de los *hijos de Dios*, y su conducta le declara sin réplica *diablo, espíritu del mal, serpiente antigua, tentador*, o como se quiera.

Y bien: estas concesiones, ¿servirán para llevar la composición del libro a los tiempos patriarcales? Ni por pensamiento. Hay, dice, grandes dificultades para suponerlo del tiempo de Salomón, y para no mencionar más que una—¡buenas serán las que se calla!—, en el prólogo, *que no puede separarse del resto del poema*, se hace mención de los caldeos como de una población que vivía de rapiñas; y los *hasdim*—la misma figura—no aparecen entre los hebreos con este carácter hasta la época de Oseas. Mas ¿qué razón hay para creer que los hebreos del tiempo de Salomón no conocían a los caldeos como merodeadores dos siglos antes del momento de que datan los

hechos de este género que han llegado a nuestra noticia? ¿Por qué no habría muchos siglos antes del VIII turbas de ladrones en las tierras vecinas a la Palestina, y Caldeos y Sabeos, y *Beni-Kedem*, cuando sabemos que aún duran en nuestra época? Dedúzcase del único argumento que expone para colocar en el siglo VII la composición del libro de Job cuál será el valor de los que calla, y pasemos a otra cosa.

Cuanto a la integridad del libro, Renán la admite, menos el discurso de Elihú, no sin apuntar especies que dejen en el ánimo del lector el germen de la duda sobre lo mismo que él admite con su afectada moderación. Mas contra el discurso de Elihú hay, dice, dificultades capitales y decisivas. No sólo trastorna la economía del poema, puesto que no es más que una repetición de lo que precede y debilita el efecto del discurso de Dios, sino que envuelve una contradicción, no hablándose de Elihú en el prólogo ni en el epílogo, y viéndose el autor de la adición precisado a dar una explicación retrospectiva (XXXII, 4). Jehováh dirige la palabra a Job como si Elihú no hubiese hablado, y al fin reprende sólo a los tres, mereciéndolo igualmente Elihú. La lengua es muy distinta; tiene un diccionario particular; no discute como los otros, sino que apostrofa a Job por su nombre, mientras que éste, sus amigos y Jehováh tienen el mismo estilo. El de Elihú es frío, pesado, ambicioso..., imita los discursos precedentes, y aun el de Jehováh, y hasta presume responder a las cuestiones de Dios sobre la formación de la lluvia, el rayo, etc., siendo su física algo más avanzada que la del autor del libro... ¿Quién sabe si el autor del libro volvió a su obra después de un largo intervalo, en una época en que había perdido su inspiración y sus maneras, y creyó perfeccionarla con un adorno que en realidad la afea? Pues si esto último le parece a Renán posible,

está demás todo lo que dice antes de la lengua, del diccionario, de la estética, del estilo, etc. Las otras dificultades las hemos presentado y resuelto ya, y no es necesario repetir lo dicho (1). Ellas proceden de no haber comprendido el pensamiento de Elihú, indignado contra Job, por no haber sabido defender la justicia de Dios. Los trabajos de Job podían no ser castigos, sino pruebas, advertencias, medios de purificación del orgullo que se ostentaba, al menos aparentemente, en las vivas réplicas y arranques de Job, en todo lo cual no habían pensado los tres amigos, y Job debía dirigirse con más respeto a la divinidad, cuyos juicios se esconden a veces a las débiles luces de la humana razón, impotente para sostenerse ante la infinita grandeza y poder de Dios.

Con respecto al objeto del poema, vuelve Renán a su idea favorita de la constitución intelectual de los semitas en contraposición con la de los indoeuropeos, favorecido este contraste por el carácter de las lenguas respectivas, ineptas las semíticas para filosofar, para estudiar metódicamente la naturaleza, como que no son capaces de un razonamiento seguido ni de expresar concepciones abstractas. Y de aquí, ¿qué, preguntará el lector, qué sacamos de esto sobre el plan del autor de *El Libro de Job*? Pues es para decir que se proponía un problema insoluble, el del destino humano, acerca del cual no hay sino envolverse en un respetuoso silencio. Pero después atribuye esta supuesta impotencia de filosofar al monoteísmo, para el cual es imposible comprender la naturaleza y el hombre. Que para el semita no existen las leyes naturales, porque son una especie de divinidades menores incompatibles con el monoteísmo riguroso, en que todo es obra inmediata de Dios;

(1) Véase el párrafo IV.—E.

que la ignorancia de las fuerzas que producen los fenómenos naturales es un culto a la divinidad; que la filosofía y la ciencia nunca se han desarrollado en los pueblos monoteístas, sino por imitación extranjera, y son esencialmente contrarias al monoteísmo. Para asegurar todo esto hay muchas razones, que Renán tiene el buen acuerdo de callarse, y nosotros las dejaremos también, no sin llamar la atención del lector benévolo sobre cuál será la metafísica de Renán para que sea compatible con la filosofía y la ciencia, que no lo son a su vez con el monoteísmo. ¿Será politeísta? No; él cree en Dios y habla muchas veces de lo divino; pero su Dios no es otra cosa que el *¡ideal!*

Cierto que sobre el monoteísmo, propio y esencial de la raza semítica, y el politeísmo, propio y necesario para la ariana, ha cantado la palinodia lo más dulcemente que pudo cuando su viaje a Egipto, en donde Mr. Mariette le convenció del monoteísmo del antiguo Egipto, y es pública y notoria la tendencia vigorosa de los hebreos y demás pueblos semitas al politeísmo e idolatría; pero el *Estudio sobre Job* es anterior al viaje citado, y para las demostraciones que se le han hecho tiene la ventaja del desdén trascendental en que por acá le imitan.

Por desgracia, estamos seguros de que esta parte del estudio de Renán sobre Job es lo que más gusta a sus devotos, a pesar de los absurdos y paradojas de que hormiguea, que no por estar bonitamente dichos dejan de ser absurdos y paradojas. Nosotros no tenemos ahora tiempo ni ocasión de darles su merecido, haciendo notar el escepticismo desastroso de Renán en las cosas más elevadas e importantes de la vida. Y dado ese escepticismo, ¿qué fundamento tiene la *conciencia*?; ¿qué valor el *deber*, de que habla con tanto énfasis,

asegurando que es una idea desconocida de los pueblos antiguos? (1).

Que el bien y el mal no era para ellos sino *un camino* trazado por Dios al hombre, y que desconocían, por tanto, su diferencia esencial, puesto que ese camino, bien así como los fenómenos naturales, no eran para el semita, ni pueden ser para el monoteísta, sino efectos de *la voluntad caprichosa de Dios*. Dejemos todos estos arcanos de la sabiduría para sus apasionados, pues a nosotros nos basta sacarlos sin disfraz a la pública vergüenza.

Pero sin defender nosotros ahora la *meteorología semítica*, de que da un *curso* Elihú al fin de su discurso, bueno será advertir que, por *El Libro de Job*, sólo podemos colegir que no sabían Física ni Meteorología, lo cual no es un gran descubrimiento; pero con todo eso no vemos razón ninguna para que un docto crítico del siglo de la Física se ría de un *poema* en que *poéticamente* se describen los grandes fenómenos naturales, como nadie seguramente se ríe de Fray Luis de León porque describió el trueno diciendo «entre las nubes mueve—su carro Dios ligero y reluciente».

Demasiado lo sabe Renán, pero era preciso hacer creer a los lectores que la *ciencia* de la *Biblia* es una ciencia infantil, que da compasión, y que Tales y Heráclito se hubieran sonreído con las pueriles cuestiones con que Jehováh cree reducir al silencio las pretensiones del hombre—no del hombre, sino de aquellos hombres, que no es lo mismo—a inquirir las leyes del mundo. El hombre va descubriendo cada vez más estas leyes y las causas naturales; va haciendo retroceder los límites de su ignorancia; pero todavía hay explicaciones físicas y me-

(1) Y en la página 86 dice que los Profetas tenían idea clara de sus deberes.

teorológicas que apenas exceden en claridad científica a las de la *ciencia semítica*, y, por supuesto, se quedan cien leguas atrás en belleza poética. ¡Y lo que se busca en un poema es la belleza!

Mas lo importante en el momento presente es determinar el objeto que se propuso el autor. Es el caso que en la civilización patriarcal reinaba, sin contradicción, la idea de la retribución temporal de las acciones buenas o malas del hombre, porque en aquellos tiempos de noble sencillez, la nobleza, la riqueza y el poder eran inseparables. Mas cuando hacia el año 1.000 antes de J. C. (1) se vieron hombres perversos dichosos, tiranos recompensados, ladrones llevados en paz al sepulcro, y justos despojados y reducidos a mendigar su pan, entonces aquella teoría no pudo satisfacer, y las conciencias sufrían lucha terrible. Expresión de esa lucha es *El Libro de Job*, cuyo autor ve la flaqueza de la antigua teoría, se esfuerza por salir de aquel círculo estrecho, pero no logra sino incurrir en perpetuas contradicciones, y al cabo vuelve en el epílogo a recibir lo que tanto ofendía ya a su conciencia. Por momentos parece que Job va a levantar el velo de las futuras creencias; espera que Dios le otorgará en el infierno un lugar reservado hasta volver a la vida; sabe que será vengado y que su esqueleto verá a Dios. Mas estos rayos de luz van siempre seguidos de las tinieblas más profundas; la antigua concepción le abruma; el espectáculo de las miserias del hombre, la lenta destrucción de la naturaleza, la horrible indiferencia de la muerte, que hiere sin compasión al justo y al culpable, le llevan a la desesperación. Al fin vence la antigua teoría: Job ^{es}

(1) Y ¿hasta entonces no? ¿Pues cómo se propuso ya Abraham el mismo problema?

vengado; su fortuna se dobla y muere anciano y colmado de días. Tal es la idea del poema, según Renán.

Expongamos la verdadera con la mayor claridad que nos sea posible, y después repase el lector el poema y juzgue. Para ello es preciso, por concesión de nuestro adversario, tomar en cuenta el prólogo y el epílogo, sin los cuales el libro es ininteligible. ¿Qué dice Satán a Dios para alcanzar el permiso de oprimir a Job? *¿Por ventura os sirve de balde?* Es decir: ¿podéis lisonjearos de tener gran mérito, pensando que Job es justo por puro amor hacia vos? No, no es por vos, sino por los favores que le hacéis, por lo que guarda el camino de la virtud; no penséis que todo es puro amor; no tenéis gracia para tanto. Es, pues, una estocada contra Dios (cuyo honor y gloria consisten en hacerse amar por sí mismo, por ser quien es) lo que Satán le tira en esta insinuación pérfida, al mismo tiempo que esperaba llevar a Job hasta la blasfemia y la apostasía, creyendo en realidad que su virtud era una virtud mercenaria. Para hacer patente lo contrario es para lo que Dios permite a Satán atacar a Job. Lo sufre éste todo con resignación; pero a la venida de sus amigos conoció, o por su actitud durante los siete días de silencio, o por algunas palabras que entre ellos se cruzaran, el pensamiento desventajoso que ocupaba su ánimo, y prorrumpió en aquella espléndida lamentación que los escandalizó y empeñó en el combate. Su tema era absoluto: Dios retribuye en la vida al bueno y al malo, según sus obras, sin excepción. Job hace ver fácilmente que no sucede así, pues se ve cada día lo contrario. Los amigos se obstinan; le acusan francamente de los mayores crímenes, y añaden que, si tal vez el perverso lo pasa bien, sus hijos lo pagan al cabo. También Job refuta sin gran trabajo este efugio; confiesa que muchas veces son castigados los malos, y añade

que esto es cosa vulgar que todo el mundo sabe (12, 3); pero sostiene que muchas veces no es así, sino que su castigo se reserva para el día de la muerte (27, 7 y sigs.). Cree, por su parte, en la vida futura, donde espera que se le haga justicia, pues su conciencia no le arguye de grandes pecados, y que Dios lo sabe muy bien; por lo cual se lamenta de no tener otro medio de convencer a sus contrincantes, puesto que la conciencia es cosa interior, y Dios no le ofrecía medios de justificarse, por más que él esperara que lo haría al fin (si así debe entenderse el cap. XIX; y si de la resurrección y juicio final, mejor para nuestro objeto).

Hace, pues, callar a sus adversarios, o ellos se callan por juzgarle pertinaz, aferrados como estaban a su dogma absoluto. Entonces Elihú expone lo que ya hemos apuntado, y Dios reprende a Job, no lo que sostenía, sino la forma en que lo hiciera; los arranques irreverentes con que había interpelado al Todopoderoso, cuyas obras eran incomprensibles para Job, quien debía aceptar con sumisión las calamidades que le enviara sin empeñarse en comprender el por qué, y se obstinaba, sin embargo, en profundizar sus designios y ver claro el plan providencial. Pero respecto al fondo le da la razón; es a saber: en rechazar el dogma absoluto de sus amigos, de que siempre el malo y el bueno son retribuidos en esta vida. Con lo cual, y lo dicho por Elihú, resulta que las calamidades son enviadas o permitidas por Dios para distintos fines, muy compatibles con su justicia y sabiduría, y en el caso presente también para probar a Satán que Job era virtuoso de veras; que su piedad no era mercenaria; que amaba a Dios por Dios; que no carecía, por tanto, Dios de la gloria de hacerse amar por sí mismo. Si después se devuelven a Job salud, riquezas, hijos y bienandanza doblada, no es porque el autor cayera de nuevo en la vieja

teoría, pues en tal caso es incomprensible que gastara tantos esfuerzos en hacer su poema, como si le hubiera emprendido tontamente, sin plan y a salga lo que saliere, sino porque Dios ama a los que le aman y quiso dar espléndidas muestras de su amor a Job, que tan bellas las había dado del suyo para con Dios, sin interés y en medio de las más terribles angustias. Como Job y sus amigos ignoraban la escena del prólogo, hubo lugar para la disputa; pero para nosotros, que le leemos, no puede ser dudoso el fin principal del libro, además de lo que hemos indicado más atrás (1).

XII.—*Nota sobre la versión de Fray Luis de León.*

EN 18 de abril de 1572, decía Fray Luis de León en una defensa suya (2), presentada a los inquisidores, lo que sigue: «Y si en esto hay culpa—en haber puesto en romance una declaración de los salmos *Quemadmodum desiderat cervus y Usquequo, Domine, oblivisceris me in finem*—, yo confieso que tenía el texto del libro de Job en romance, y que he tenido intento de hacer sobre él, en romance, una declaración; verdad es que, si la hiciera, tenía propósito de presentalla a los comisarios deste Santo Oficio, para que, vista, dieran licencia, conforme a lo que se manda en las reglas del catálogo romano (2).»

Dedúcese de aquí que la versión de Job la tenía hecha Fray Luis antes de ser encausado por la Inquisición de Valladolid,

(1) En los párrafos IV y V.—E.

(2) Figura esta defensa en la *Biblioteca de Autores Españoles*, tomo de las *Obras de FRAY LUIS DE LEÓN*, Madrid, Rivadeneyra, 1855, páginas XXV-XXX y las palabras transcritas arriba en la pág. XXVI.—E.

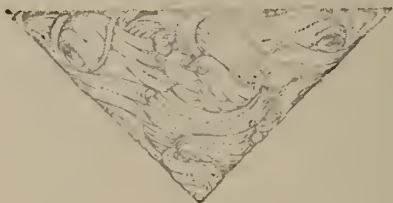
y que más adelante llevó a cabo el pensamiento de comentarle en castellano, cuya versión y comentario se publicaron después de su muerte y disfruta la posteridad. Con todo esto, no me parece aventurado conjeturar que retocó no poco la versión después de su causa, por miedo quizá á los disgustos que le ocasionaran su afición al texto original hebreo y sus desdenes relativos por el latino vulgar. Esta conjetura la fundo en que, diciendo él en la introducción que «conserva cuanto es posible el *sentido latino* y el aire hebreo», es, con todo, manifiesto generalmente, y fuera de los casos de discrepancias demasiado visibles, que la versión está hecha del hebreo y no del latino. Sin duda no quería volver a chocar con las mal fundadas prevenciones de los que eran movidos, no sé si de la envidia, como Fray Luis dice en su oda a la Virgen, o de un celo exagerado y sin ciencia, y por eso procura precaverse desde el principio, y luego en el decurso de la traducción sigue el texto latino en muchas ocasiones, en que notablemente discrepa del original, y procura en el comentario componer como puede ambos textos. No es esto, sin embargo, tan fácil a veces, que no se vea obligado a decir: *el original va por otro camino*. Creo, pues, que en estos casos tradujo el texto latino y le substituyó al que ya tenía hecho del hebreo; y así me explico que, por lo general, sea conforme al hebreo su versión, como hecha antes de que le hubiesen costado tan caros sus desdenes por la versión *Vulgata*, y que en muchos pasajes abandone el original para seguir el texto latino. Entre otras mil pruebas, que podríamos aducir, de este cuidado de Fray Luis para no excitar escrúpulos, véase lo que dice en el capítulo VI, 2, que traduce así: «ojalá pesando fuese pesada mi *seña* y mi *quebranto* y en balanzas se levantasen a una!». Evidentemente esto dice el original hebreo; y en el comentario

escribe Fray Luis: «Mi *saña* entendió San Jerónimo la que Dios tiene conmigo por mis pecados, y *trasladó bien*: «ojalá fuesen pesados mis pecados»; conviene a saber, aquellos porque merecía esta *saña*». Mas el pensamiento original no es el que entendió San Jerónimo, pues del contexto y de la voz hebrea se saca claramente que «podemos entender, añade Fray Luis, que su *saña*, la que dice, es la que él mostraba lamentándose de su desventura, y quejándose y mostrándose airado». «Mis hermanos se pasaron como arroyo, como avenida de arroyo se pasaron»; así traduce el v. 15, conforme al latín la primera mitad, y la segunda según el hebreo; mas en el comentario quiere conciliarlo todo diciendo: «lo que decimos *me pasaron*, podemos también, según su propiedad, decir *me faltaron y mintieron*—esto dice el hebreo—; esto es, mintieron mis esperanzas y falsearon su fe como arroyos que prometen a la primera venida mucho y se pasan y acaban luego». *Que temen la helada*, traduce según el latín el v. 16; y luego afirma que *temer* vale aquí tanto como *ennegrecer* y *enturbiarse*—idea del original—según la propiedad de su lengua, en la cual se ponen muchas veces unas palabras en la significación de otras, que les son vecinas, como huir por apresurarse, etc. Más difícil es aún identificar en cuanto al sentido estos dos conceptos: *debajo de sí rayos del sol*, y *debajo de sí puntas de teja*, versiones del v. 21, cap. XLI, según los textos latino y hebreo, y que Fray Luis da por iguales.

Resulta, pues, comprobada en parte mi sospecha, y que León tradujo del hebreo y del latín, no pudiéndose decir con propiedad que su versión es de todo punto tomada del original, habiendo en ella numerosos pasajes en que es preferida la *Vulgata*. Si se sustituyeran éstos con los que da, en la mayor parte de los casos, en su comentario, tomados del hebreo,

tendríamos una versión casi siempre acertada, y que daría con el fondo el colorido del texto original mejor que ninguna de cuantas yo he visto.

Claro es que hay no pocos errores, pues algo han adelantado las letras hebreas; mas hoy es fácil enmendarlos por la mayor parte, y no obstan para que la versión de Job por Fray Luis de León sea aún hoy la mejor que tenemos en castellano.





XIII.—APÉNDICES



OMO complemento a la Introducción que precede, creemos será del agrado del lector que incluyamos aquí, por vía de apéndices, algunos trozos escogidos que ilustran diferentes aspectos de *El Libro de Job*.

Para la parte ascética presentamos la homilía sobre el Santo Job pronunciada por el príncipe de los oradores sagrados, San Juan Crisóstomo; para la parte arqueológica, algunas observaciones del docto misionero de Siria y Egipto, R. P. Miguel Jullien, de la Compañía de Jesús; y, finalmente, para la parte literaria, un capítulo de los que tradujo en tercetos nuestro inmortal lírico y exégeta Fray Luis de León. Todos tres son de singular autoridad para los puntos que se aducen.

I.—Homilía sobre el Santo Job (1).

Después de un breve exordio de circunstancias prosigue así:
2. Tantos hombres como había en la tierra en tiempo de

(1) Tomada de la obra *Homilias selectas de San Juan Crisóstomo, traducidas directamente del griego* por el P. FLORENTINO OGARA, de la Compañía de Jesús. Tomo I, Madrid, *Razón y Fe*, 1912, páginas 71-82.

Job, y, sin embargo, contra él sólo se armó el demonio y movió todas sus baterías; mas no por eso pudo hacerle naufragar, antes le proporcionó mayor carga y riqueza de merecimientos. Porque condición es de la virtud que acometida se robustezca, y acechada se afiance y asegure. Así sucedió con el Santo Job, que atacado por todas partes, se afianzó más y más; y expuesto a los golpes de mil dardos, no se rendía; antes dejó vacía la aljaba del demonio y no sucumbió ni cedió a su astucia, sino que, como excelente piloto, ni al enfurecerse el mar y revolverse las ondas se sumergía, ni se rindió a la desidia con la calma y serenidad; antes, en entrambas alternativas de fortuna, conservaba la misma maestría: así fué, que ni el viento de la riqueza le hinchó, ni le abatió la pobreza; ni cuando iban sus negocios con próspera corriente era soberbio y flojo, ni cuando casi toda su casa se revolvió de arriba abajo y le sobrevino la completa ruina se turbó en lo más mínimo, sino que dió gallardas muestras de su ánimo varonil. Óiganlo bien los ricos, óiganlo los pobres, que para entrambas clases es útil la doctrina, o, mejor dicho, para todos los hombres es provechosa esta historia, para los que se ven en prosperidad, y para los que viven en la adversidad.

3. Porque manejando ambas clases de armas este atleta de la virtud, este vencedor laureado, con ambas triunfó y erigió el trofeo; y acometiéndole el demonio con toda clase de combates, en todos le hizo frente, y en todos fué proclamado vencedor; y como generoso soldado, que sabe luchar de noche o de día, en los muros o en las naves, a pie o a caballo, con lanzas o con hondas y proyectiles, y salir en todo género de combate superior a sus enemigos, y triunfar por completo; así el valeroso Job sufrió con mucha magnanimidad toda clase de tentaciones: la pobreza, el hambre, la enfermedad, la

tristeza, la pérdida de sus hijos y el sufrimiento de parte de sus amigos, de su mujer, de sus siervos, de toda su casa. Porque no había miseria humana que no se agotara en su cuerpo. Pero, con todo, logró volar sobre las redes y subir más alto que las varetas y trampas armadas por el demonio. Y lo más admirable es que le sobrevinieron todas las tentaciones, y todas con exceso, y todas de golpe.

4. En efecto; no consideres tan sólo qué males padeció, sino añade que no los padeció ni poco a poco, ni con interrupción, sino todos de golpe y al mismo tiempo. Y a fe que no fué pequeño el aumento de sus tentaciones; porque sería imposible hallar ningún otro hombre que todos los males los hubiera sufrido de una vez; sino que si alguien hubo de luchar con el hambre, disfrutó de buena salud; y si sintió el aguijón de la pobreza y enfermedad, tuvo muchas veces una esposa que le ayudara a sufrir el infortunio y se le convirtiera en puerto de refugio; y si no tuvo tal esposa, tampoco tal que le diera semejantes consejos de perdición; y si tal que le diera semejantes consejos de perdición, a lo menos no perdió a todos sus hijos de golpe; y si los perdió de golpe, pero no con tal modo de muerte; y si con tal modo de muerte, a lo menos tuvo amigos que le consolaran; y si no tales que le consolaran, tampoco tales que así le insultaran; y si tales que le insultaran, a lo menos no siervos que le escarnecieran; y si siervos que le escarnecieran, pero no tales que le escupieran en su mismo rostro; y si quienes le escupieran al rostro, pero a lo menos no se vió aguijoneado por tal género de enfermedades; y si se vió aguijoneado por la enfermedad, pero tuvo a lo menos una casita o choza, y no estuvo sentado sobre el estiércol; y si estuvo sentado sobre el estiércol, tuvo a lo menos quien le tendiera la mano; y si no tuvo quien le tendiera la mano, tampoco

quien se lanzara sobre él. Mas Job sufrió todos estos males, y, lo que es más admirable, como antes he dicho, todos de una vez; con lo cual parecen doblarse y triplicarse las desgracias, cuando ni siquiera el consuelo de las treguas tiene el combatiente, sino que con lo no interrumpido del ataque se aumenta la turbación y crece el aturdimiento, como a él le aconteció.

Puesto que a la pérdida de las ovejas y al incendio siguióse el robo de los bueyes, y a éste el hurto de los asnos, y a éste el apresamiento de los camellos y el degüello de los criados, y a éste la pérdida de los hijos, y aquella muerte horrible y extraordinaria, y aquella sepultura todavía más horrible (pues uno mismo fué el sitio de la muerte y la sepultura), y la mesa, poco antes llena de manjares, lo estaba ahora de cuerpos destrozados, y los vasos, llenos antes de vino, ahora lo estaban de sangre, y siguióse, finalmente, el espectáculo de los miembros desmenuzados.

Y a pesar de todo, después de tan terrible tragedia le espera otra más terrible, cuando todavía no ha respirado un momento. Los hervideros de gusanos, los manantiales de podre, el asiento sobre el estiércol, la teja para raerse los costados, el hedor de las úlceras que le acarrea aquella hambre tan peregrina, y por otra parte, no le permitía tocar los alimentos que tenía ante sus ojos, y le causaba aquel desabrimiento más insoportable que el hambre; y esto no dos, ni diez, ni veinte, ni cien días, sino meses y más meses. Ni pararon aquí las luchas, sino que estando él así como asado vivo por todas partes, por dentro y por fuera, vienen sobre él las máquinas y astucias de su mujer. En efecto, conviértese su consorte en arma del demonio, y lanza dardos a su esposo en aquella lengua vendida a Satanás, y le arroja saetas de palabras en extremo acerbos y perniciosos. Ni tuvieron aquí término los com-

bates; antes no eran éstos, a su vez, sino ensayo y comienzo de la batalla. Porque una vez que el demonio quedó frustrado en sus tentativas, preséntasele el coro de sus amigos ocultando, bajo el rostro de compasión, afectos de enemistad; y viéndole caído, le insultan y le restriegan las heridas, sucediéndose los unos a los otros, no dejándole ni respirar siquiera, dando alrededor mil vueltas, y danzando una danza insoportable.

¿Queréis también que os diga la inaguantable prueba que soportó durante la noche, por ser como es tan extraordinaria e increíble? Porque a todos los demás hombres, aunque padezcan innumerables desgracias, aunque habiten en cárceles, aunque estén atados a una cadena, aunque lamenten sus infortunios, aunque tengan el cuerpo lleno de lepra, aunque se vean oprimidos por la pobreza, por la enfermedad, por los trabajos, por las calamidades, con todo, la venida de la noche les trae la medicina del consuelo, librando al cuerpo del trabajo, aliviando al alma de cuidados penosos; pero a Job, el puerto se le convirtió en escollo, y el remedio en herida, y el consuelo le era un socorro peor que la misma tristeza, y en la noche, que a todos los hombres suele ocasionar serenidad, se le acrecentaba una tempestad más temerosa; y escapaba, sí, de las oleadas del día, pasando por insufribles tristezas, mas se encontraba con triplicado oleaje, y torbellinos, y bajos, y escollos, de suerte que de nuevo ansiaba las revueltas olas del día. Por esto, él mismo, explicando este padecimiento inaudito, clamaba diciendo: *Después de acostado, digo: ¿cuándo vendrá el día? Después de levantarme, digo: ¿cuándo llegará la tarde?* (Job, VII, 4). ¿Y por qué así, dime? Durante el día con razón suspiras por la noche (con el nombre de tarde daba a entender la noche), puesto que es el término de todos los

males del día; pero en la noche, que trae consigo el reposo y olvido de todas aquellas congojas y cuidados, ¿por qué ansías de nuevo el día? «Porque para mí es más terrible que el día la noche; puesto que no sólo no me proporciona el descanso y término de los trabajos, antes los aumenta, y con ellos las perturbaciones y las inquietudes.» Y expresando esto mismo decía: *Amedréntasme con sueños, y con visiones me aterrorizas* (Ibid., 14). Porque era aterrado, viendo durante la noche espantosas visiones, y sufriendo miedo intolerable y gravísimo espanto y horror.

5. ¿No os habéis cansado de oír tales y continuadas desgracias? Pues él no se cansaba de sufrirlas. Por eso os exhorto, amados hijos, que resistáis un poco más; porque aún no lo he dicho todo, ni he ponderado el tercer exceso de sus desgracias.

El primero era que sólo él sufrió en su cuerpo todos los males humanos; el segundo, que los sufrió todos de una vez, y ni por acaso tuvo interrupción; quiero, pues, ahora, hablaros de otro tercero. ¿Y cuál es? Que cada uno de los males anteriores no sólo le sobrevino de golpe, sino con mucho exceso y vehemencia. Porque su pobreza fué más terrible que toda otra pobreza, y lo mismo se diga de su enfermedad, y su asiento en el estiércol, y la pérdida de sus hijos, y la de todos sus haberes. Veámoslo: ¿Ha perdido uno de sus haberes?; pero no tan por completo ni de aquella manera. ¿Ha perdido sus hijos?; mas no todos a una, ni tantos, ni tan buenos. ¿Ha caído en una enfermedad?; mas no de tal género, sino o en unas calenturas, o en una lepra, o en otro padecimiento ordinario. Mas aquella su lepra era peregrina y sólo conocida de quien la padeció. Porque no hay palabras que puedan expresar lo acerbo de aquellas úlceras y lo congojoso de las heridas; me basta tan sólo deciros quién era el que se las proporcionó y

su rabia sin medida, para mostraros por el mismo hecho la grandeza de su enfermedad.

Extraordinario era y bien extraño aun su mismo lecho. Porque no ha habido, no ha habido jamás pobre tan expuesto a la intemperie por todo el tiempo, como él permaneció desnudo de sus vestiduras, sin una miserable choza, lleno de úlceras, sentado sobre el estiércol.

¿Que tuvo alguien una mujer malvada?; mas nunca jamás tan malvada que en desgracia semejante acometiera a su marido y aguzara contra su alma la espada y le diera tan perniciosos consejos.

Extraño es también el comportamiento de sus amigos, y no menos el de sus criados; y todavía es más extraña su hambre, cuando, teniendo la mesa delante, no podía gustar de ella.

6. ¿Queréis que os diga también el cuarto colmo de sus desgracias? Sí; hablo de su antigua riqueza y felicidad. En efecto; quien desde un principio vivió en pobreza, más fácilmente la soporta, como acostumbrado ya a sufrirla; pero a quien ha caído de tal felicidad, por la falta de ejercicio y costumbre, es preciso se le haga más ruda la experiencia, más acerbo el dolor, más grave la turbación.

7. Puédese añadir todavía el quinto colmo. ¿Y cuál es éste? Que cualquiera de los demás hombres, como tiene conciencia de sus muchas maldades, ve la causa de lo que padece, y no es esto poca parte para el consuelo; mas Job ni siquiera podía pensar que pagaba la pena de sus culpas y pecados, y esto era lo que más turbación causaba a su alma.

Porque cuando dirigía una mirada a su vida y su conciencia, más resplandeciente que el sol, y a la multitud de sus buenas obras, veíase digno de coronas y palmas e innumera-

bles galardones; mas cuando miraba a su cuerpo, y a sus úlceras, y a todo lo que le acababa de suceder, al verse víctima de más atroces penas que los que se han lanzado al extremo de la maldad, ni siquiera podía hallar causa a qué poder atribuir tales padecimientos. Por eso, acogiéndose a lo incomprendible de la Divina Providencia, decía: *Como al Señor le ha parecido, así ha sucedido* (Job I, 21). Y tapando como podía la boca a su mujer, le hizo un razonamiento que muestra poderosamente su piedad, diciendo así: *Si los bienes los recibimos del Señor, los males ¿no los aguantaremos?* (Job, II, 10).

8. ¿Añadiré otro colmo, que es la principal corona y victorioso pregón de aquel atleta, y claro indicio de la alteza de su alma, que tocaba el mismo cielo? ¿Cuál es este colmo? El que se deduce de la diferencia de los tiempos; porque, nacido antes de la gracia y de la ley, tuvo tan divina sabiduría. Y no es pequeño este honor, sino digno de que por él se le entretajan a millares guirnaldas y coronas. Puesto que aun en unas mismas obras no merecen dos hombres un mismo premio, si el uno las llevó a cabo en los tiempos anteriores y otro en los postreros, antes mucho mayor el primero. Porque no era lo mismo ser virtuoso después de la venida, de los ejemplos, de las exhortaciones, de los consejos de Cristo, que hacer tales proezas antes de su venida, y de la ley, y de los Profetas. Por esto Jesús, después de su venida, exigía mayor caudal de virtud, diciendo: *Si no abundare vuestra justicia más que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos* (Mateo V, 20). Porque cuanto era mayor la enseñanza, tanto se estableció una medida más cumplida de justicia y de virtud. Mas Job, sin haber gozado de tan celestial doctrina, sin haberse dedicado a las letras, sin tener los libros sagrados, sin haber visto a otros virtuosos, sin poder recurrir a los tiempos ante-

riores ni traer a la memoria personas virtuosas (puesto que aún no había escritura ni historia que le proporcionara lo antes sucedido), hallándose en un camino no trillado, en un mar no navegado, en medio de tantas nieblas de maldad, fué el único y el primero que rompió ya entonces este camino de celestial sabiduría, y, puesto a la cabeza de los buenos, todavía se remontó con exceso a la cumbre de la virtud; pero mucho más el ser en la misma cumbre de ellas el más encumbrado. Bien lo reconocía el mismo demonio cuando decía: *Piel por piel y cuanto tiene dará el hombre por su alma (vida); y si no, extiende tu mano y toca a su carne* (Job, II, 4). De donde es manifiesto que esta virtud es la más alta de todas y que requiere alma de bríos juveniles y fortaleza de hierro.

9. Le has visto ya en las tentaciones, cuanto te ha sido posible verle; que a describir por completo todo su esfuerzo y diligencia no ha podido alcanzar mi discurso. Porque las angustias, las aflicciones, la tiranía de la tristeza y desmayo y la turbación nacida de tan graves tempestades, no hay poder de palabras que pueda exponerlas a los oyentes tal como son en la realidad. Ahora bien, voy a ponerte de nuevo a Job ante la vista (y no es lo que voy a decir cosa de ninguna importancia, sino tal que exige un alma en alto grado virtuosa y sabia), como ejemplar de celestial sabiduría en las riquezas y buena fortuna. En efecto, ¿quién era Job en medio de sus riquezas? Común puerto de todos, común padre, común médico, y aún más que médico. Oye, efectivamente, cómo dice: *Yo era ojo de los ciegos, pie de los cojos* (Job, XXIX, 15). ¿Ves cómo era más que médico? Hacía con los contrahechos las veces de la naturaleza, y lo que con el arte no pudieron enderezar los médicos, se lo restablecía él con el consuelo, supliendo con ellos la falta de los miembros, por el exquisito cuidado

de sus prójimos. Porque, gracias a su mucha solicitud, los que carecían de algún miembro no sentían diferencia de los que tenían salud y entero uso de sus pies y de sus ojos, sin experimentar la falta de ellos ni de otra cualquiera parte de su cuerpo. Y por esto no se contentó con decir: *Yo consolaba a los cojos y ciegos*, sino que dijo: *Yo era su pie y su ojo. Yo era el padre de los desamparados* (Job, XXIX, 16). Ni aquí tampoco dijo: *Consolaba a los huérfanos*, sino *era su padre*; enseñándonos con esto que ni siquiera les dejaba experimentar la orfandad, ni permitía que se echara de ver el mal, como quien al punto hacía desaparecer por su extremada solicitud la falta de los que tal daño padecían, y ni aun les dejaba sentir su desgracia. Ni se contentaba con curar a los cojos y aliviar a los huérfanos, haciendo con los unos el oficio de miembros y con los otros el de padre, sino que espontáneamente se hacía juez para favorecerlos, y todavía más que juez: *Porque la justicia, dice, que no sabía, la averigüé, y quebranté las muelas de los injustos, y de entre sus dientes les arranqué la presa* (Job, XXIX, 17). Esto es ser mucho más que juez. Porque los jueces esperan sentados a los que han sido víctimas de alguna injusticia, y después que éstos se les presentan, entonces prestan su ayuda; y esto los mejores de ellos, como que los más ni esto hacen; mas Job aun a los mejores superó, y aun tiró la barra mucho más lejos. Porque ni esperaba que los ofendidos e injuriados fueran a él, ni les acudía con el remedio tan sólo después que se presentasen, sino que él se anticipaba y daba vueltas buscando a los injuriados; ni los buscaba de cualquier modo, sino con mucha vigilancia, con mucho cuidado. Y esto lo verás muy bien si te fijas en la fuerza de la frase, porque no dijo *busqué*, sino *la justicia que no veía, la averigüé*; esto es, la indagué, la escudriñé con diligencia y mucho trabajo; no dejé

picdra por mover, a fin de hacer no se me ocultara en alguna parte algún injuriado.

¿Has visto la vigilancia de su alma? Mira también su tesón varonil. *Y quebranté las muelas de los injustos.* La misma facultad, el poder mismo de morder, dice, se lo quité, de modo que en adelante quedaran incapacitados para otra injusticia. A entrambos, por consiguiente, aprovecha: a los unos, librándolos de sufrir injusticias; a los otros de cometerlas, haciéndolos más avisados. Además, ¡qué vigor y fortaleza! *Y de en medio de los dientes les arranqué la presa.* Porque no perdí el ánimo ni la esperanza, por más que ya la presa estaba hecha, sino que, aun cuando ya se la hubiesen tragado, se la sacaba, mostrando en esto para con mis consiervos el cuidado de un excelente y vigilante pastor.

10. ¿Y su humildad? ¡Cuán digna es de que la consideres! *Si desprecié el juicio de un siervo o sierva, juzgándome ellos. Porque, ¿qué haré si hace el Señor indagación sobre mí? ¿Acaso, como yo nací del vientre, no nacieron también ellos?* (Job, XXXI, 13-15). ¿No ves un alma contrita y que atentamente considera la naturaleza de los hombres, y sabía bien lo poco que significa eso de esclavo y libre que anda en boca de tantos? Así que, desechando esas diferencias, por la igualdad del nacimiento, hace un raciocinio de celestial sabiduría. Y lo más admirable es que al hacer esto no pensaba que se humillaba, sino que llenaba su deber. Por eso añadió una razón, con que a todos los hombres persuade a que no se ensalcen creyéndose mayores que los siervos, aunque por cien títulos sean señores. Porque estos nombres de esclavo y libre son unos nombres vacíos de significación; antes la esclavitud es el pecado, la libertad, la justicia.

11. ¿Y sería Job humilde, mas no deseable ni querido?

¡Cuán amable era! Mira también aquí otro extremo suyo. Porque así como en las desgracias arrostraba con toda fortaleza y prontitud las que le sobrevenían, así en la fortuna favorable cultivó cada virtud con extremada diligencia; no simplemente y comoquiera, sino hasta llegar a la misma cumbre de ella. *Y si muchas veces decían mis esclavos: ¿quién nos diera saciarnos de sus carnes? Por ser yo en extremo bueno* (Job, XXXI, 31). Aquí nos muestra el loco amor que los siervos le tenían, hechos ardientes amadores suyos por las muchas demostraciones de amor que él les había dado. «Porque me estaban, dice, tan pendientes de mí, tan adheridos, tan clavados, tan llenos de amor, que hasta de mis carnes mismas deseaban saciarse, y comerme y beberme, por la misma intensidad y ardor con que me amaban.»

12. ¿Y qué decir de su desprecio de las riquezas? Porque también esta virtud la tuvo en sumo grado. En efecto, no sólo no deseaba lo ajeno, pasión de la mayor parte hoy día, pero ni aun siquiera lo propio; antes aun de esto se desprendía con toda generosidad. Por eso también decía: *Si me gocé de tener muchas riquezas, si ambicioné piedras preciosas* (Ibid., 24 y 25). Esta es la razón porqué cuando le fueron quitadas, llevaba la pérdida con toda resignación, y cuando las tenía hacía abundantes limosnas, alargando a todos su diestra, y abriéndoles de par en par las puertas de su casa. Porque no hacía él lo que hacen los demás, que miran y remiran con mil rodeos quién es el que recibe, sino que *para todo el que se presentaba, dice, estaba franca mi puerta, porque los necesitados, en cualquiera necesidad que tuviesen, no salían frustrados, y ningún peregrino salía de mi puerta con el seno vacío* (Ibid., 31, 32, 34). ¿Has visto su generosidad? ¿Has visto su caridad, su bondad, su humildad?

13. ¿Quieres también aprender su recato? *Un pacto, dice,*

tengo hecho con mis ojos, de no pensar en doncella ajena (Ibid., 1). Lo que después de esto ordenó Cristo en su venida, ya él lo cumplía de hecho.

¿No le has visto, ora rico, ora pobre, ora sano, ora enfermo? ¿No le has visto, ora cuando iban sus negocios con próspera corriente, ora cuando de todo absolutamente se vió despojado? ¿No has visto cuál fué su comportamiento con los hijos, con los criados, con los ultrajados, con los huérfanos?

Y si iba también con los juglares. He aquí otra señal no pequeña de su prudente recato. Porque pasó el límite de toda virtud, y teniendo tanto, era más sobrio y cuidadoso que los que nada tienen; porque no hubo pobre tan pobre que así estuviera desasido de las riquezas como lo estuvo él siendo tan rico.

14. Ea, pues, amado hijo, ¡a emular estos ejemplos, a imitarlos con fervor! Recibe la imagen que ahora hemos trazado y grábala bien en tu alma; cuando te veas triste, acude a Job; cuando te veas rico, sírvate su ejemplo de medicina, de modo que ni por la pobreza te hundas, ni te engrías por la riqueza; si hubieres perdido los hijos, de aquí sacarás consuelo, porque aquí hallarás el colmo de las desgracias y el colmo de la paciencia; si cayeres enfermo, piensa en las fuentes de gusanos que hervían en aquella carne, y lo llevarás pacíficamente; si un amigo te ha armado traición, acuérdate otra vez de aquel Santo y te sobrepondrás a tu sufrimiento; si abusare de ti quienquiera que sea, piensa lo que Job padeció de parte de sus esclavos, y hallarás muy buen remedio; si te ves asediado de alguna mala sospecha, piensa qué cosas decían de él, «que aún no pagaba la pena merecida», y qué oprobios le decían, y te sobrepondrás también a esta pasión. Porque no hay, como al principio he dicho, desgracia en los hombres que no sufriera este varón

más duro que el diamante; pues arrojó el hambre, y la pobreza, y la enfermedad, y la pérdida de los hijos, y la privación de tantas riquezas, todo de golpe; y fuera de esto, sufriendo las asechanzas de su mujer, los insultos de sus amigos, los ataques de sus esclavos, en todo se mostró más fuerte que las rocas, y esto, antes de la ley y de la gracia.

No tendremos género de defensa si nosotros, que hemos recibido tal beneficio, como es el nacer después de la ley de gracia, somos menos pacientes que Job, que a los principios y comienzos de la vida humana dió tan gallardas pruebas de celestial filosofía. Por consiguiente, a fin de que tengamos consuelo en las tristezas y enseñanza de excelente doctrina, al retirarnos de aquí llevemos este ejemplo esculpido en nuestras almas, y emulemos a este atleta, e imitemos sus combates de modo que tengamos también parte en los bienes futuros por la gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo... Amén.

II.—*Usos bíblicos en Oriente.* (1)

A. *El silencio de los amigos de Job.*—En la mayor parte de los países de Oriente, a la muerte de un miembro de la familia, dirígense los amigos y conocidos a la casa mortuoria, saludan en silencio a los parientes del difunto, se sientan ante ellos en asientos dispuestos alrededor de la sala, se detienen allí, a veces por muchísimo tiempo, y se retiran sin haber dicho una palabra. Estas recepciones silenciosas duran siete días, durante los cuales no salen un momento de casa los parientes del difunto.

(1) JULLIEN: *L'Égypte*, Lila, 1839, páginas 255-257.

Esas recepciones nos hicieron pensar más de una vez en los tres amigos de Job, venidos para consolarle de su infortunio. A la vista de su profunda desgracia se sentaron en tierra junto a él y permanecieron siete días y siete noches sin decir una palabra (Job, 11, 13).

B. *El estercolero de Job*.—Los peregrinos que han cruzado Galilea han podido observar junto a cada pueblo un enorme montón de basura o desperdicios de todas clases, que se levanta por encima de las casas.

Allí, en efecto, llevan todos los vecinos el estiércol de sus establos, los escombros, los cascotes rotos, todas las inmundicias. La cima del montículo, seco y polvoriento, es el punto de reunión de los chiquillos del pueblo, de los ociosos, de los enfermos, que van allá a respirar el aire libre y disfrutar de la vista de la campiña. Tal es el uso que reina desde el Mediterráneo hasta las extremidades del Haurán, la tierra de Job.

Así, nada más natural para los habitantes del país, que el cuadro en que la Sagrada Escritura nos representa al pobre Job sentado sobre el estercolero de su pueblo, ocupado en limpiar sus llagas con un pedazo de teja (Job, 11, 8).

Cuando el montículo domina demasiado por encima de las casas, se deciden a ponerle fuego.

C. *Job en la prosperidad*.—Job describe en estos términos los años de su riqueza: «*Cuando lavaba mis pies en manteca y la piedra me vertía arroyos de aceite; cuando salía a la puerta de la ciudad y me preparaban una silla en la plaza. Los jóvenes al verme se ocultaban; los ancianos se levantaban, y quedaban de pie.*» (Job, XXIX, 6-8.)

Todo esto es actual en Oriente.

En la tierra de Job, hoy el Haurán, al mediodía de Damasco y en muchos otros países del Oriente, la riqueza se valúa por

las cabezas de ganado; la manteca allí es líquida, y el calzado poco más o menos, tan raro como en tiempo de los Patriarcas. Nada, pues, de extraño que a la vuelta de un viaje un rico propietario se lave los pies en un lebrillo de manteca para suavizar y fortificar la piel, o que por lo menos se emplee esta figura para dar idea de su riqueza. Entre los campesinos de Egipto y los beduínos del desierto, la manteca tiene el aspecto y la consistencia de jarabe de horchata o de aceite ligeramente espesado por el frío; este estado no se debe únicamente a la temperatura, pues persiste durante los tiempos fríos, cuando la manteca procedente de Europa se endurece. En Egipto, la manteca se bebe.

Los molinos de aceite de Palestina y Siria son concavidades de piedra excavadas comúnmente en la roca de la montaña.

Quien ha visitado los antiguos barrios del Cairo habrá visto, bajo las inmensas puertas de la ciudad, a los prohombres del barrio, sentados en cuclillas sobre un ancho diván de madera, debatir acerca de las cuestiones del día.

Un alto funcionario egipcio, queriendo honrarme en un día de fiesta, me hizo sentar solo bajo el pórtico de su casa, mientras que cuatro músicos árabes, colocados enfrente de mí, me daban un pequeño concierto. Los mismos serían, probablemente, los usos en tiempo de Job.

Las tendencias de nuestras sociedades modernas agrandan al niño desde los primeros años en el interior de la familia: el niño viene al despacho de su padre, se sienta, da su parecer en presencia de los forasteros. No pasa así en la inmóvil sociedad oriental. El hijo de familia, aunque sea todo un joven, se retira en cuanto se presenta un extraño o forastero. Si le llaman, se mantiene en pie y no toma la palabra. Jamás veréis, en Damasco o en el Cairo, al indígena de alta condición en un mismo coche con su hijo; jamás los encontraréis juntos en la calle o de paseo.

III.—*Job, VI, 1-24.—Traducción en tercetos (1).*

Los ojos en Lifaz como enclavados,
de nuevo dolor lleno y de amargura,
los brazos sobre el pecho, ambos cruzados,

¡Ojalá, dice Job, que mi ventura
tal fuera, que en un peso se pesara
mi queja juntamente y suerte dura!

Entonces vieras tú cuál traspasara
a cuál: cuánto es mayor el mal que siento
que el lloro, y que la voz me desampara.

Agudos pasadores, ¡ay!, sin cuento
me beben sangre y vida ponzoñosos:
soy de dolores mil amargo asiento.

¿Bramó por yerba, dime, en los viciosos
bosques el corzo?, o di, ¿dió el buey bramido
en los pesebres llenos abundosos?

¿O viste que pudiese ser comido
lo amargo?, ¿o que lo soso y desalado
no pareciese a todos desabrido?

Ni el que está alegre llora, ni el cuitado
puede callar su mal: y yo ansí agora
si querelloso estoy, estoy llagado.

¡Oh, quién me concediese en esta hora
aquello que demando! ¡Oh, si cumplierse
mi voluntad el que en lo alto mora!

Que pues lo comenzó, me deshiciese:
que a su mano soltase ya la rienda,
y que en menudas piezas me partiese.

Y me consuele en esto, que no atienda
a si me dolerá, sino que acabe,
seguro que yo nunca me defienda.

(1) FRAY LUIS DE LEÓN, *Obras* (edición Merino). Madrid, 1885, tomo I, páginas 115-116.

¿Que cuál es mi valor para en tan grave mal no desfallecer?; ¿qué valentía para durar al fin que no se sabe?

¿Por dicha es de metal la carne mía? ¿Soy bronce?, ¿soy acero?; ¿o mi dureza con la del pedernal tiene porfía?

Ni en mí para valerme hay fortaleza, ni en los amigos hallo algún consuelo; sino en lugar de amor, fiera extrañeza.

¿O quién viendo al amigo por el suelo olvida la amistad? El tal, osado será a poner las manos en el cielo.

Mis deudos como arroyo me han faltado, como arroyos que corren de avenida por los valles con paso acelerado.

Van turbios con la escarcha derretida, van turbios y crecidos con el hielo y nieve que en sí llevan escondida.

Mas dende a poco tiempo, como en vuelo se pasan y deshacen, al estío por do pasaron seco queda el suelo.

Por do sonaba hinchado un grande río, el paso va torciendo una delgada vena, que falta, y queda al fin vacío.

Mirólos desde lejos la calzada de Temano; mirólos el camino de Arabia, la en riquezas abastada.

Viólos el caminante, a ellos vino con sed: cuando llegó ya se han pasado, confuso condenó su desatino.

Tal es lo que conmigo habéis usado: venisteis a aliviarme, y sin alguna causa, mi duelo habéis acrecentado.

Dije, por aventura, ¿dadme una parte de vuestro haber? ¿Mi voz ha sido en algo pedigüeña o importuna?

¿O he que me librásedes querido
 de algún grave enemigo temeroso?
 ¿Qué bien o qué rescate os he pedido?

Hablad, si tenéis qué, que con reposo
 os prestaré atención: decidme agora,
 si os he pecado en algo, o soy peñoso.



J O B



J O B

P R Ó L O G O .

CAPS. I Y II.

I



HABIA ¹ en tierra de Hus un varón llamado Job, y era el varón aquél íntegro, recto, temeroso de Dios y enemigo del mal. ² Y le nacieron siete hijos y tres hijas. ³ Y eran sus haciendas siete mil ovejas, tres mil camellos, quinientas yuntas de bueyes y quinientas asnas, y una servidumbre numerosa por extremo, y era el varón aquél el más grande de los orientales.

⁴ Y sus hijos iban y se daban un convite en casa de cada uno en *su día*, y enviaban a llamar a sus tres hermanas, para comer y beber con ellos. ⁵ Y cuando concluía el turno de los días de convite, llamábalos Job y los purificaba; y levantándose de madrugada, ofrecía un holocausto por cada uno de ellos, pues se decía: «No sea que hayan pecado mis hijos y renegado

NOTA.—Conservamos la numeración en capítulos y versos para facilitar confrontaciones y citas, aunque los capítulos no siempre correspondan a cambios de la materia contenida; también en esto seguimos al original, algo diferente de la *Vulgata*.

Las palabras cursivas van anotadas.

⁴ Probablemente en los días de cumpleaños.

de Dios en su corazón.» Así obraba Job constantemente.

⁶ Sucedió, pues, que un día, presentándose los *hijos de Dios* ante Jehová, se presentó también Satán entre ellos. ⁷ Y dijo a Satán Jehová: «¿De dónde vienes?» Y Satán respondió: «De dar vueltas a la tierra y de pasearla.» ⁸ Y dijo a Satán Jehová: «Has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él sobre la tierra, hombre íntegro, justo, temeroso de Dios y enemigo del mal?» ⁹ Respondió Satán a Jehová, diciendo: «¿Sirve a Dios Job de balde? ¹⁰ ¿No le has protegido con vallado, y a su casa, y a cuanto le pertenece? Has bendecido la obra de sus manos, y sus ganados se extienden sobre la tierra. ¹¹ Mas tiende tu mano y toca cuanto tiene, y ya veremos si no te reniega a tu misma cara.» ¹² Dijo, pues, a Satán Jehová: «Pues bien: todo lo que tiene, en tu mano está, salvo que no pongas tu mano sobre él.» Y salió Satán de la presencia de Jehová.

¹³ Y acaeció que, estando un día sus hijos e hijas comiendo y bebiendo vino en casa de su hermano mayor, ¹⁴ llegó un mensajero a Job y le dijo: «Los bueyes estaban arando y las asnas pasciendo junto a ellos, ¹⁵ y de repente vino *Sabá* y los arrebató, y a los mozos pasaron a cuchillo, y escapé tan sólo yo para anunciártelo.» ¹⁶ Aún estaba aquél hablando, cuando vino otro diciendo: «*Fuego de Dios* cayó del cielo y abrasó el ganado y los pastores, y los consumió, escapando yo tan sólo para anunciártelo.» ¹⁷ Todavía hablaba aquél, y llegó otro diciendo: «*Casdim* formó tres partidas, e invadieron los camellos y los cogieron, y a la servidumbre pasaron a cuchillo, y escapé yo solo para darte la noticia.» ¹⁸ Aún hablaba aquél, y llegó otro diciendo: «Tus

⁶ Los ángeles.

¹⁵ Los sabeos.

¹⁶ Unos entienden el rayo, otros el viento mortífero llamado *simún*.

hijos e hijas *en casa* de su hermano mayor comiendo y bebiendo vino, ¹⁹ y de improviso vino un huracán del lado del desierto, y embistió las cuatro esquinas de la casa, y cayó sobre los muchachos y matólos, y escapé sólo yo para anunciártelo.»

²⁰ Y se levantó Job, y rasgó su túnica, y rapó su cabeza, y se dejó caer sobre la tierra y adoró. ²¹ Y dijo: «Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá; Jehováh lo dió, Jehováh lo quitó, sea el nombre de Jehováh bendito.»

²² En todo esto no pecó Job ni dijo blasfemia contra Dios.

II

¹ Sucedió, pues, que un día, presentándose los hijos de Dios ante Jehováh, se presentó también Satán entre ellos. ² Y dijo a Satán Jehováh: «¿De dónde vienes?» Y Satán respondió a Jehováh, diciendo: «De recorrer la tierra y pasearla.» ³ Dijo, pues, a Satán Jehováh: «¿No has considerado a mi siervo Job, que no le hay como él sobre la tierra, hombre íntegro, justo, temeroso de Dios, y enemigo del mal, y firme en su integridad, aunque tú me instigaste a que le vejara en vano?» ⁴ Y Satán respondió a Jehováh, diciendo: «Piel por piel y cuanto el hombre tiene dará por su propia persona. ⁵ Tiende, si no, tu mano, y toca sus huesos y su carne, y veremos si no te reniega en tu misma cara.» ⁶ Y dijo a Satán Jehováh: «Ahí le tienes en tu mano, salvo que le conserves la vida.» ⁷ Y salió Satán de la

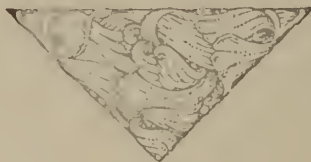
¹⁹ Aquí se muestra admirablemente el azoramiento del criado con callar el verbo *estaban*.

⁵ El depósito público de las basuras, que solían quemarse y, convertidas en ceniza, calcinadas por el sol y el tiempo, formaban colinas llamadas en el Haurán *mezbele*.

presencia de Jehováh, e hirió a Job con úlcera pésima, desde la planta del pie hasta la coronilla. ⁸ Y tomó Job una teja para rascarse con ella, estando sentado en medio de la ceniza.

⁹ Entonces le dijo su mujer: «¿Aún estás aferrado a tu integridad? ¡Reniega de Dios y muérete!» ¹⁰ Y díjola: «Hablaste como una de las necias; si el bien recibimos de Dios, ¿no hemos de recibir también el mal?» En todo esto no se extravió Job con sus labios.

¹¹ Y oyeron tres amigos de Job todo el mal que le acaeciera, y vinieron cada uno de su morada: Elifaz el temanita, Bildad el *schuíta* y Tsofar el naamatita, que se habían concertado para venir a consolarle y darle el pésame. ¹² Y alzando los ojos de lejos no le reconocieron, y elevando su voz lloraron, y rasgó cada uno su túnica, y esparcieron polvo al aire sobre sus cabezas. ¹³ Y se sentaron cerca de él en la tierra por siete días y siete noches, y no le hablaban palabra, porque veían que su dolor era grande por extremo (1).



¹¹ Escribimos *sch* para que se pronuncie como los franceses la *ch* o los gallegos la *x*.

(1) Véase la pág. 116.—E.



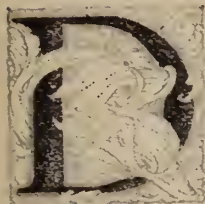
PRIMERA PARTE

DISCUSION DE JOB Y DE SUS TRES AMIGOS

[CAPS. III—XXXI]

CAP. III.—*Lamentos de Job.*

III



ESPUES ¹ de esto abrió Job su boca y maldijo su día, ² y comenzando a hablar, dijo:

³ ¡Perezca el día en que nací
y la noche que dijo: «Varón fué conce-
⁴ ¡El día aquel sea tinieblas, [bido!]
no le mire Dios desde arriba,
no le alumbre un rayo de luz!

⁵ Reivindíquene tinieblas y sombra de muerte;
envuélvanle las nubes;
atérrenle eclipses de luz!

⁶ ¡La noche aquella ocupe densa oscuridad;
no se cuente entre los días del año;
no entre en el número de los meses!

⁷ ¡Ah, sea *estéril* esa noche;
no resuene aclamación en ella!

Cap. III. Estas exclamaciones se han de interpretar conforme a las circunstancias altamente atenuantes del estilo oriental poético y de la situación de Job. A la par, descubren el exquisito arte del autor sagrado para pintar los dolores vehementísimos de Job. Porque ¡cuán insoportables no serían aquellos dolores cuando a un varón, cuya heroica paciencia se acaba de describir, le arrancaron tan extremados lamentos!—E.

⁷ No haya nacimiento en ella, ni el júbilo consiguiente.

- 8 ¡Maldiganla los *conjuradores* del día,
los peritos en evocar el *dragón!*
- 9 ¡Oscurézcanse sus astros matutinos,
espere en vano la luz;
y no vea los *párpados* de la aurora!
- 10 Pues no cerró las puertas del seno de mi madre,
ni a mis ojos ocultó la calamidad.
- 11 ¿Por qué desde el vientre no expiré?
¿No perecí al salir de sus entrañas?
- 12 ¿Por qué me mecieron rodillas?
¿Y pechos, por qué mamá?
- 13 Pues ahora muerto descansara,
y en mi sueño reposaría;
- 14 Con los reyes y grandes de la tierra,
que se construyen mausoleos;
- 15 O con los próceres que rebosan de oro,
que llenan sus casas de plata;
- 16 O como aborto clandestino no subsistiera,
como los niños que no vieron la luz.
- 17 Allí los perversos dejan sus *fechorías*,
allí descansan los de cansadas fuerzas.
- 18 Allí los cautivos viven todos tranquilos,
y no oyen la voz del capataz.
- 19 Allí están el pequeño y el grande,
y el esclavo, libre de su señor.
- 20 ¿Para qué dar al miserable luz,
y vida a *corazones llenos de amargura?*

8 Los encantadores que pretendían conjurar los días nefastos. Otros como Le Hir: sea desolada, privada de sus hijos por la cautividad o la muerte. Otros: evocar las serpientes. El dragón puede ser la constelación así llamada, a quien atribuían algunos pueblos los eclipses; o el diablo, cuyo símbolo fué siempre la serpiente.

9 Los albores.

17 En la mansión de los muertos. Literalmente: dejan de rebelarse o tumultuarse, de hacer el mal.

20 Lit.: y vida a los amargos de alma. La idea es: ¿A qué hacer vivir a los que han de ser infelices?

- 21 (Que esperan la muerte y no llega,
que la buscan más que a los tesoros;
- 22 Que se gozan hasta el júbilo,
se regocijan al encontrar el sepulcro;)
- 23 ¿Al varón a quien se oculta su camino,
a quien Dios cerró toda salida?
- 24 Pues mis suspiros *son mi alimento*,
y mi gemido me ahoga como las olas.
- 25 Porque el mal que temía me sobrevino,
lo que recelaba eso me sucedió.
- 26 No hallo seguridad, ni descanso, ni alivio,
¡se apodera de mí la turbación!

CAPS. IV-V.—*Discurso de Elifaz.*

IV

ENTONCES ¹ respondió Elifaz el temanita y dijo:

- ² Si te decimos palabra, quizá te sea molesto;
mas abstenerse de razones: ¿quién podrá?
- ³ ¡Ah, tú has adoctrinado a muchos,
y las manos flacas confortaste;
- ⁴ Tus discursos fortalecieron al que *caía*,
y confirmaste rodillas vacilantes.
- ⁵ Mas llegó el mal á ti, y te desalientas;
te alcanzó, y te turbas.

²⁴ Otros: *antes que mi pan*; pero entendiendo que *lipnê* significa *ad instar*, se sostiene mejor el paralelismo.

Cap. IV-V. *Discurso de Elifaz.* Elifaz acusa a Job de impaciencia (IV, 1-6) y le prueba la tesis de que *sólo son afligidos los malos*, primero por la experiencia (IV, 7-11), después por una revelación (IV, 12-21) y de nuevo por la experiencia (V, 1-7). Recurra Job a Dios poderoso y pródigo (V, 8-16) y reciba con humildad el castigo divino; así será restituido a gran felicidad (V, 17-27).—E.

⁴ Propiamente: *al que estaba para caer.*

- ⁶ ¿No era tu piedad, tu esperanza
 y tu confianza, la rectitud de tus caminos?
⁷ Recuerda, pues, ¿quién pereció inocente?
 ¿dónde los justos fueron extirpados?
⁸ Siempre lo vi: los que aran la maldad,
 y siembran la *injusticia*, la recogen.
⁹ Al soplo de Dios perecieron,
 al hálito de su ira fueron consumidos.
¹⁰ Bramido del león, voz del *rugiente*,
 y dientes de cachorro fueron quebrantados.
¹¹ Pereció el león por falta de presa;
 se dispersan los hijos del *rugiente*.
¹² Una palabra se me anunció silenciosa,
 mi oído percibió su leve susurro;
¹³ Entre visiones de ensueños nocturnos,
 al caer el sopor sobre los hombres;
¹⁴ Pavor me sobrevino, y temblor,
 e hizo estremecer mis huesos todos:
¹⁵ Un fantasma pasa ante mi vista,
 y erizó los pelos de mi carne;
¹⁶ Se detiene y no reconocí su semblante,
 un espectro estaba ante mis ojos,
 su *voz silenciosa* escuché:
¹⁷ «¿El hombre será justo ante Dios?;
 ¿el varón será limpio ante su criador?
¹⁸ Ni en sus propios ministros confía
 y en sus mismos ángeles faltas descubre.
¹⁹ ¡Cuánto más los que habitan casas de barro,
 cuyos cimientos están en el polvo,
 serán pulverizados como por la polilla!

⁶ Gesenius: *He ahí tu piedad, tu esperanza, esa es la integridad de tus caminos.*

⁸ Propiamente: *la aflicción*, el dolor producido por la injusticia. León: *la laceria*.

¹⁰ Comúnmente entienden *la leona*, sin bastante fundamento. La voz *schajal* alude al bramido del león, y todo representa aquí a los poderosos y soberbios.

¹⁶ Literalmente: *silencio y voz*.

- ²⁰ De la mañana a la noche quedan deshechos,
 perecen para siempre sin que nadie lo advierta.
²¹ ¿No desaparece con ellos *cuanto dejan?*;
 ellos mueren sin haber conocido la sabiduría.»

V

- C**LAMA,¹ pues, ¿habrá quien te responda?,
 ¿a cuál de los *santos* te acogerás?
² Que al necio asesina la ira,
 y al estólido mata el despecho.
³ Yo vi al necio arraigarse,
 y maldije al punto su morada.
⁴ Para sus hijos no habrá salvación,
 oprimidos serán en la *puerta* sin defensor.
⁵ Sus mieses devorará el hambriento,
 lo que está entre cercados cogerá;
 y la *perdición* anhelará por sus riquezas.
⁶ Que no brota del polvo la desventura,
 ni la desgracia nace de la tierra.
⁷ Y así nace el *hombre* para el sufrimiento,
 cual las *hijas del rayo* para elevar su vuelo.
⁸ Mas yo me volvería a Dios,
 y a Dios mi causa confiaría.
⁹ Al que hace lo grande e incomprensible,
 maravillas sin número.
¹⁰ Que derrama la lluvia en los campos,
 y envía el agua a los desiertos.

²¹ Renán con Gesenius: *la cuerda*, por la tienda, esto es, la vida; preferimos la versión de Le Hir, que es la del texto.

¹ *Los ángeles*: alusión a la intercesión de los ángeles.

⁴ En los juicios y pleitos que se ventilaban a las puertas de las poblaciones.

⁵ Lit.: *el lazo*.

⁷ *El hombre pecador*.—*Las águilas y aves de alto vuelo*.

- 11 Que pone a los humildes en altura,
 y los enlutados llegan a *bienestar*.
 12 Que frustra los intentos de los pérfidos,
 y no ejecutan sus manos sus proyectos.
 13 Prende a los sabios en su propia astucia,
 y fracasa el consejo de los dolosos.
 14 De día tropiezan en tinieblas,
 y van palpando, cual de noche, al mediodía.
 15 El libra de su acerada lengua,
 y salva al pobre de las manos del fuerte.
 16 Y hay esperanza para el flaco,
 y la iniquidad cerrará su boca.
 17 ¡Dichoso el hombre a quien Dios castiga!
 no desprecies, pues, la corrección del Todopoderoso.
 18 Pues El hace la llaga, y El la venda;
 hiere, y su mano cura.
 19 En seis tribulaciones te librárá,
 y aun la séptima no te tocará el mal.
 20 En el hambre te librárá de la muerte,
 y en la batalla, del filo de la espada.
 21 Estarás a cubierto del azote de lengua,
 y no temerás en la destrucción que viniere.
 22 Te reirás del hambre y destrucción,
 no temerás de las bestias de la tierra;
 23 Pues tendrás alianza con las piedras del campo,
 y las bestias fieras vivirán en paz contigo.
 24 Y verás que hay paz en tu tienda,
 y al visitar tus apriscos nada echarás de menos.
 25 Y verás que tu prole es numerosa,
 tu descendencia cual la yerba del campo.
 26 Llegarás al sepulcro en madurez,
 cual las gavillas a su tiempo recogidas.
 27 Eso es lo que averigüé: así es de cierto:
 óyelo, pues, y sábetelo.

11 Lit.: *se alzan con salvación*. Renán con gran libertad: *y salvan a los que stán en duelo*.

CAPS. VI-VII.—*Respuesta de Job a Elifaz.*

VI

- Y** JOB¹ respondió, diciendo:
² ¡Ojalá se pesase a lo justo mi queja,
 y mi mal subiese en balanza juntamente!
³ En breve pesaría más que la arena del mar;
 por eso mis lamentos fueron *temerarios*.
⁴ Que en mí se clavaron las saetas del Todopoderoso,
 su veneno consume mi espíritu,
 los terrores de Dios combaten contra mí.
⁵ ¿Rebuzna el asno montés junto a la yerba?,
 ¿muge el buey junto a su pienso?
⁶ ¿Cómo se ha de comer sin sal lo insípido?,
 ¿qué gusto hay en el caldo de verdolagas?
⁷ Mi alma rehusa tocarlo,
 ello es el *asco* de mi comida.
⁸ ¡Quién me diera se cumpliese mi petición!,
 ¡que Dios otorgue la esperanza mía!
⁹ Que quisiera Dios aplastarme de una vez,
 ¡extendiera su mano y me partiera!
¹⁰ Y aun sería un consuelo para mí,
 gozara entre el dolor que no se aplaca,
 por no haber traspasado los mandamientos del Santo.

Cap. VI-VII. *Respuesta de Job.* Job declara la vehemencia de sus dolores (VI, 1-13), se querella de la dureza de sus amigos (VI, 14-30), deplora la miseria de la vida (VII, 1-10) y pregunta por qué es tan cruelmente atormentado (VII, 11-21).—E.

³ Salen con audacia, son excesivos.

⁶ Parece que alude al desdén que le inspira el discurso de Elifaz.

⁷ Es como la suciedad de mi comida.

- 11 ¿Cuál es mi fortaleza para esperar?,
 ¿cuál mi *fin* para prolongar mi *paciencia*?
- 12 ¿Es mi fortaleza la de las piedras?,
 ¿es mi carne de bronce?
- 13 ¿No es cierto que no hay ayuda en mí
 y se alejó de mí todo auxilio?
- 14 Para el atribulado, su amigo mismo la compasión
 y el temor del Todopoderoso abandona.
- 15 Mis hermanos me faltaron como arroyo seco,
 cual corriente de los valles desaparecieron.
- 16 Enturbiados están por el hielo,
 en ellos se esconde la nieve;
- 17 Apenas son caldeados se secan,
 apenas hace calor, desaparecen de su lugar;
- 18 Se pierden en mil diversos senderos,
 se evaporan con la aridez y mueren.
- 19 Las caravanas de Temá tendieron la vista,
 los viajeros de Sabá contaron con el agua;
- 20 Y quedaron frustrados en su esperanza,
 llegaron a sus bordes y quedaron confusos.
- 21 Así vosotros ahora sois *ella*;
 veis el peligro y teméis.
- 22 Os he dicho: «¿Asistidme,
 y de vuestra hacienda *regaladme*;
- 23 Salvadme de la mano del opresor,
 y del poder de los tiranos redimidme?»

11 El fin de mi dolor.—León: para *ensanchar mi alma*, esto es, para *cobrar esperanza*, quizá mejor que nadie.

13 y 14 Le Hir: *¿debía yo, faltándome todo apoyo, y cuando se me ha quitado todo recurso, hallar un amigo sin compasión por mi ruina e infiel al temor de Dios?* Felizmente cuanto al sentido.

18 Renán lo refiere a las caravanas, pienso que con harta libertad, y traduce: *por ello (por la corriente) las caravanas tuercen su dirección, entran en lo vacío del desierto y mueren*. Más libre es aún, y contraria al texto, la versión que da del v. 14.

21 La corriente o agua del desierto.

22 Quizá mejor: *regalad por mí al juez para corromperle*.

- 24 Ilustradme vosotros, y yo enmudeceré,
mostradme en qué me he engañado.
- 25 ¡Cuán poderosas son las palabras de equidad!
mas vuestra reprensión ¿qué arguye?
- 26 ¿Pensáis censurar algunas palabras?
cual viento son palabras de un desesperado.
- 27 ¡Ah, sobre un huérfano arrojáis el lazo,
y caváis fosa ante vuestro amigo!
- 28 ¡Ea, dignaos mirarme a la cara,
y ved si mentí ante vosotros!
- 29 Volved, pues, y no haya presunciones,
tornad y mi inocencia triunfará de ellas.
- 30 ¿Hay iniquidad en mi lengua?
¿mi paladar no discierne lo malo?

VII

¿NO¹ es una milicia la vida del hombre sobre la tierra,
y como los días de un obrero sus días?

² Como el siervo anhela la sombra,
y como el jornalero espera su salario;

³ Así me tocaron meses de miseria
y noches de dolor me designaron.

⁴ Si me acuesto hoy, digo: «¿Cuándo me levantaré?»
y se alarga la noche,
y estoy harto de movimiento hasta la mañana.

⁵ Mi carne se cubre de gusanos y costras terrosas;
mi piel se arruga y cae a pedazos.

²⁵ Renán: *dulces*, contra el Diccionario y el sentido, que es éste: si fueran justas vuestras censuras, tendrían gran poder, mas no le tienen y nada prueban.

²⁷ Renán, libérrimamente: *¡traidores! ¡Jugaríais a los dados al huérfano y traficariáis con vuestro amigo!* Nosotros añadimos *el lazo*, porque se sobreentiende a causa del paralelismo con *caváis hoyo o fosa*.

³ Construcción elíptica: así soy yo, así anhelo el fin de mis dolores, pues me tocaron meses de miseria, etc.

⁵ Se reblandece y mana pus.

- 6 Mis días corrieron más rápidos que la lanzadera,
y se desvanecen sin esperanza.
- 7 Acuérdate de que mi vida es un soplo;
mis ojos no volverán a ver la dicha.
- 8 Los ojos del que me ve, no me verán más,
buscaranme tus ojos y ya no existiré.
- 9 Desaparece la noche y se va;
así el que baja al *scheol* no sube.
- 10 No volverá más a su casa;
no le reconocerá su domicilio.
- 11 Por eso no reprimiré mi boca,
hablaré entre las angustias de mi espíritu,
me quejaré en amargura de mi alma.
- 12 ¿Soy yo un mar o un monstruo marino,
para que me pusieseis una barrera?
- 13 Cuando digo: «Mi cama me consolará,
me aliviará en mi queja el lecho mío»,
- 14 Entonces me espantas con ensueños,
y con visiones me aterra.
- 15 Por eso mi alma prefiere la muerte,
la muerte deseo de todo corazón.
- 16 *Desfallezco*, ya no viviré más;
déjame, porque mi vida es un soplo.
- 17 ¿Qué es el hombre para que le tengas en tanto,
y fijes tu atención en él;
- 18 Para que cada mañana le examines,
y le pruebes cada momento?
- 19 ¿Hasta cuándo tendrás la vista fija en mí
ni dejarás que trague mi saliva?

7 Apostrofa a Dios.

9 Dejamos sin traducir la palabra *scheol*, que indica la morada de los muertos, y no es propiamente el sepulcro, ni el infierno.

16 *Chiringhelo*: rechazo las tentaciones de morir que me vienen en sueños, porque no podré vivir mucho, etc. La gramática no se opone y gana el sentido.

- ²⁰ Pequé, ¿qué te haré, guardián de los hombres?,
 ¿por qué me pusiste por blanco tuyo,
 y soy para mí mismo insoportable?
- ²¹ ¿Por qué no perdonas mi ofensa
 y no pasas mi falta?
- ²² Que presto dormiré en el polvo,
 y al buscarme ya no existiré.

CAP. VIII.—*Discurso de Bildad.*

VIII

- Y** RESPONDIO ¹ Bildad el schuíta, diciendo:
- ² ¿Hasta cuándo usará ese lenguaje,
 y serán cual viento impetuoso las palabras de tu boca?
- ³ ¿Violará Dios la justicia,
 y el Todopoderoso traspasará la equidad?
- ⁴ Si tus hijos le faltaron,
 entrególos en manos de su pecado.
- ⁵ Mas si tú buscares a Dios,
 e implorares al Omnipotente;
- ⁶ Si fueres puro y recto, luego volverá a ti,
 y prosperará la morada de tu justicia.
- ⁷ Y tu primer estado *poca cosa*:
 ¡tanto se acrecentará el segundo!
- ⁸ Pregunta, si no, a las edades pasadas,
 atiende a la sabiduría de sus padres;
- ⁹ Pues nosotros somos de ayer, y no sabemos nada;
 nuestros días sombra son sobre la tierra.

²⁰ Renán: ¿qué te importa, espía de los hombres? Le Hir con la *Vulgata*: pastor, en buen sentido, como para hacerse propicio a Dios.

Cap. VIII. *Discurso de Bildad.* Dios con justicia castigó; pero aceptará las preces humildes (VIII, 1-7). Transitoria es la prosperidad de los malos (VIII, 8-19); para los buenos habrá esperanza (VIII, 20-22).—E.

⁷ Tu anterior prosperidad será pequeña en comparación de la que te sobrevendrá.

- ¹⁰ Mas ellos te enseñarán y te hablarán,
 y estas máximas sacarán de su *saber* :
¹¹ «¿Crece el papiro fuera de las lagunas?;
 ¿el junco crece allí donde no hay agua?
¹² Verde aún, sin ser cortado,
 se seca antes que toda otra yerba.
¹³ Tal es la suerte de los que olvidan a Dios;
 la esperanza del impío se desvanecerá.
¹⁴ Le será arrancada su esperanza,
tela de araña, aquello en que confía.
¹⁵ Apóyase en tal casa, no resiste;
 átese de ella, mas no se sostiene.
¹⁶ Arbol verde a la faz del sol,
 sus renuevos se extienden sobre su huerto;
¹⁷ Sus raíces se entrelazan entre las piedras,
 profundiza hasta la roca;
¹⁸ Mas luego que se le arranca de su lugar,
 reniégle éste: «Yo nunca te vi».
¹⁹ He ahí *el gozo de sus caminos* ;
 en su lugar otros germinarán».
²⁰ Así, pues, Dios no aborrece al justo,
 ni *toma de la mano* a los ímpios.
²¹ Y aun llenará tu boca de risa,
 y de júbilo tus labios.
²² Tus enemigos *vestirán bochorno*,
 • y no subsistirá la tienda de los malos.

¹⁰ Lit.: de *su corazón*, de su sabiduría y experiencia.

¹¹ Planta palustre, pero indeterminada.

¹⁴ Lit.: *casa* de araña será aquello en que confía,

no resiste ni le puede proteger.

¹⁹ En lo que viene a parar su pompa y lozanía.

²⁰ *Protege*.

²³ Quedarán cubiertos de vergüenza.

CAPS. IX-X.—*Respuesta de Job a Bildad.*

IX

- J**OB¹ respondió, diciendo:
² Ciertamente conozco que es así,
 que no se justificará el hombre ante Dios.
³ Si emprende pleitear con él,
 no responderá a un cargo entre mil.
⁴ Sapientísimo es El y potentísimo,
 ¿quién se le opondrá y saldrá ileso?
⁵ El descuaja los montes de improviso,
 El los trastorna en su ira.
⁶ El hace saltar la tierra de su lugar,
 y se estremecen sus columnas.
⁷ Al sol le *manda* y no sale el sol
 y *pone sello* a las estrellas.
⁸ El solo extiende los cielos
 y manda sobre las olas del mar.
⁹ Forma el arturo, el orión y las pléyadas,
 y los *astros* ocultos del mediodía.
¹⁰ El hace grandezas incomprensibles,
 y maravillas sin número.
¹¹ Si pasa ante mi vista, no le veré,
 se alejará, y no le advertiré.
¹² Si arrebatata presa ¿quién se la hará devolver?
 ¿quién le dirá: «Qué haces?»

Cap. IX-X. Job responde aseverando que nadie, ni él tampoco, es del todo justo ante Dios, y que lo mismo el justo que el impío son afligidos de infortunios (cap. IX). Demanda por qué Dios atribula al inocente y trata de doblegar en su favor la divina misericordia (cap. X).—E.

⁷ Le manda no salir...—Y oculta, oscurece las estrellas.

⁹ Suplo *astros*, porque se entiende así por el paralelismo.

- 13 Dios no cejará en su saña;
bajo él se encorvan *los auxiliares del soberbio*.
- 14 ¿Cuánto menos osaré yo responderle,
y rebuscar razones contra El?
- 15 Tuviera razón, y no le respondería;
imploraré la misericordia de mi juez.
- 16 Aunque me hablase y El me respondiera,
no osaría creer que había *oído mi voz*.
- 17 El, que me acomete con tempestad,
y sin motivo multiplica mi herida.
- 18 Que no me deja respirar,
y me harta de amarguras.
- 19 Si apelo a la fuerza, potente es El;
si al juicio, dirá: «¿Quién me emplaza?»
- 20 Si me justificare, mi boca me acusará;
si me tuviese por bueno, testificará contra mí.
- 21 Aunque fuese justo, no conociéndolo yo mismo,
despreciaré la *defensa* de mi vida.
- 22 *Lo mismo da*, por eso he dicho:
«El pierde al bueno y al malo.»
- 23 Si castiga, mate de súbito;
se divierte en probar a los inocentes.
- 24 La tierra es entregada en manos de perversos,
El oculta el rostro de sus jueces;
si no es así, ¿quién es?
- 25 Mis días pasaron más veloces que una posta;
huyeron, no vieron la dicha.
- 26 Pasaron cual las naves de papiro,
como el águila que se lanza a la presa.

13 Alusión probable al diablo y a sus ángeles. Renán cree que se refiere a no se qué leyenda de un monstruo celeste.

16 Que había accedido a mis súplicas.

20 A causa del terror que me infunde.

21 Renán: *sí, soy justo, poco me importa la existencia*; y así, con una falsa traducción, acusa a Job de un violento acceso de cólera. Nosotros suplimos, con *Le Hir*, la *defensa*.

22 Para la cuestión, porque es cierto que Dios oprime al bueno y al malo.

- 27 Si me digo: «Voy a olvidar mi queja,
lanzaré mi tristeza y me alegraré.»
- 28 Tiemblo por todas mis *obras*;
conozco que no me perdonas nada.
- 29 Yo estoy condenado ya;
¿por qué me fatigo en vano?
- 30 Si me lavare en agua de nieve,
y purificare mis manos con lejía;
- 31 Tú me hundirás en el lodo,
y mis vestidos me aborrecerán.
- 32 Que no és hombre como yo para responderle,
y que juntos entremos a juicio.
- 33 No hay árbitro entre nosotros
que interponga su mano entre los dos.
- 34 Retire su vara de mí,
y no me espante su terror;
- 35 Entonces hablaré sin temor,
porque no soy *así* en mi conciencia.

X

ABURRIDA ¹ está mi alma de mi vida,
daré libre curso a mi queja,
hablaré con amargura de mi corazón.

² A Dios diré: No me condenes;
indícame sobre qué me arguyes.

²³ Temo por mis dolores, que se renueven mis dolores, porque sé que nada me perdonas. Así muchos, quizá con razón.

²⁹ Yo, piensa ahora Job, estoy sentenciado a padecer estas tribulaciones y dolores; para desviar esa sentencia que Dios tiene a bien ejecutar, nada puedo.—E.

³² Job se lamenta de que no puede entrar a discutir con Dios su inocencia, por no ser su igual, sino inmensamente superior; y añade que lo haría si Dios le librara de los dolores que le oprimen y del temor que le inspira.

³⁵ Suplo *así*, esto es, culpable según las apariencias y el juicio de sus amigos.

- ³ ¿Es decoroso para Ti el oprimir,
 repudiar la obra de tus manos,
 y favorecer los proyectos de los malos?
- ⁴ ¿Tienes Tú ojos carnales,
 y como el hombre mira, miras Tú?
- ⁵ ¿Son tus días cual los días del hombre,
 o tus años cual los días de un mortal,
- ⁶ Para que andes inquiriendo mi crimen,
 y espiando mi maldad?
- ⁷ Sobre que sabes que no tengo culpa,
 ni hay quien me libre de tus manos.
- ⁸ Tus manos me formaron y modelaron del todo,
 ¿y ahora me has de aniquilar?
- ⁹ Recuerda que cual barro me arreglaste,
 ¿y en polvo me tornarás?
- ¹⁰ ¿No me exprimiste como leche,
 y cual queso me cuajaste?
- ¹¹ De carne y piel me vestiste,
 y con huesos y músculos me consolidaste.
- ¹² Salud y misericordia hiciste conmigo,
 y tu providencia mi aliento conservó.
- ¹³ Y esto lo guardarás en tu corazón;
 yo sé que en él está esto.
- ¹⁴ Si me extravié, *guardármelo* has
 y de mi delito no me lavas.
- ¹⁵ Si he prevaricado, ¡ay de mí!,
 aun inocente, no alzaré mi cabeza.
- ¹⁶ Alzárase y cual león me cazarías,
 e hicieras en mí nueva ostentación de tu poder.

³ ¿Es digno de Ti oprimir al inocente hijo tuyo mientras favoreces los proyectos de los malos?

¹³ Otros traducen en este sentido y cuando así me favorecías, ya me reservabas estas penas; ya pensabas en martirizarme. Nos parece mejor y más gramatical lo que hemos escrito en el texto.

¹⁴ Así León; otros: *si pequé aún me guardas, pero no me libras de mi culpa*; otros, más irreverentemente: *me la tenías guardada*.

- ¹⁷ Renovaras contra mí tus testimonios,
 aumentarás tus iras conmigo;
 ejércitos que se renuevan contra mí.
- ¹⁸ ¿Por qué me sacaste del vientre de mi madre?
 ¡Expirara yo, y ojo no me viera!
- ¹⁹ Sería como si nunca fuese,
 trasladado al sepulcro desde el vientre.
- ²⁰ ¿No son mis días poca cosa? Tregua, pues,
 aparte su mano de mí;
 y me alegraré un poquito.
- ²¹ Antes que me vaya para no volver,
 a la tierra tenebrosa y oscurísima;
- ²² Tierra de tinieblas, como de sombra de muerte,
 caos espantoso, y tinieblas cual de noche oscura.

CAP. XI.—*Discurso de Tsofar.*

XI

- Y** COMENZANDO ¹ a hablar Tsofar el naamatita, dijo:
² ¿Las muchas palabras no tendrán respuesta?
 ¿y el hombre verboso tendrá por eso razón?
- ³ ¿Tus declamaciones harán callar a los hombres?
 ¿te burlarás y no habrá quien te confunda?
- ⁴ Tú dices *a Dios*: «Mi doctrina es la pura,
 limpio soy en tu presencia.»
- ⁵ Mas ¡ojalá que Dios hablara,
 y abriera sus labios contigo!

¹⁷ Otros: *tus castigos*, y quiere decir lo mismo.

Cap. XI. *Discurso de Tsofar.* Job padece menos de lo que merece (XI, 1-6). Inmensa es la sabiduría y poder de Dios en descubrir y castigar los pecados (XI, 7-12): si Job se arrepiente y enmienda, experimentará gran prosperidad (XI, 13-20). Repárese en la falta de compasión que muestran a Job sus amigos: ¡bien le pusieron a prueba la paciencia!—E.

⁴ Súplimos *a Dios* por claridad.

- ⁶ Te declarase los arcanos de su saber,
 los secretos de la sabiduría;
 ¡vieras que ha olvidado parte de tus crímenes!
- ⁷ ¿Sondearás tú los secretos de Dios,
 o llegarás a la perfección del Omnipotente?
- ⁸ Alturas son del cielo, ¿qué harás?;
 profunda más que el abismo, ¿qué has de saber?
- ⁹ Más larga es que la tierra su extensión,
 más ancha que el océano.
- ¹⁰ Si El acomete, aprisiona o cita a juicio,
 ¿quién osa contrarrestarle?
- ¹¹ Pues El conoce a los perversos,
 ve la impiedad do nadie la sospecha.
- ¹² Así el necio adquiere discreción,
 y el estúpido onagro se hace un hombre.
- ¹³ Si tú aplicaras tu corazón,
 y tendieras tus manos hacia Dios,
- ¹⁴ Si rechazases la iniquidad que hay en tu mano,
 y no dejases morar en tu tienda la maldad;
- ¹⁵ Alzarías tu rostro sin mancilla,
 y tendrías firmeza y no temieras;
- ¹⁶ Tus infortunios olvidarás,
 los recordarás como aguas que pasaron;
- ¹⁷ Tu porvenir se alzaría más brillante que el mediodía;
 cubierto ahora de tinieblas, vendría a ser como la aurora.
- ¹⁸ Y confiarías en que hay esperanza;
 avergonzado ahora, dormirías después tranquilo;
- ¹⁹ Te acostarías y no habría quien te inquietase,
 y muchos adularían tu faz;
- ²⁰ Mas los ojos del malo se consumirían de envidia,
 se alejaría de ellos el refugio,
 y su esperanza sería el *hálito del moribundo*.

⁶ Vieras cómo te castiga menos de lo que mereces.

¹² Así Le Hir y Renán, aunque algo libremente. Así, esto es, por medio de castigos.

²⁰ Lit.: *muerte del alma*.

CAPS. XII-XIV.—*Respuesta de Job a Tsofar.*

XII

- Y** JOB¹ respondió, diciendo:
² ¡Cierto que sois todo el mundo,
 y con vosotros morirá el saber!
³ También tengo yo seso como vosotros,
 no me caigo yo ante vosotros;
 ¿y quién ignora esas cosas?
⁴ Un hombre soy ludibrio de sus amigos,
 sin otro amparo que clamar a Dios;
 ¡objeto de mofa el justo y perfecto!
⁵ ¡*Desprecio a la desgracia!*, así piensa el dichoso;
 ¡desprecio al que está para resbalársele el pie!
⁶ Seguras están las tiendas de los ladrones,
 hay seguridades para los que irritan a Dios,
 para el que *lleva su dios en su mano.*
⁷ Pregunta a las bestias y te lo harán ver,
 a las aves del cielo, y te lo enseñarán.
⁸ Pregúntalo a la tierra y te lo mostrará,
 y te lo contarán los peces del mar.
⁹ ¿Quién no sabe de otros seres,
 que la mano de Jehováh lo hizo todo?
¹⁰ En cuya mano está la vida de todo viviente,
 y el espíritu de toda carne humana.

Cap. XII-XIV. *Respuesta de Job.* Job se querella de sus amigos (XII, 1-6) y enaltece la sabiduría y poder de Dios (XII, 7-XIII, 2). Sus amigos son contendientes falaces (XIII, 3-12): él anhela defender su causa ante el tribunal divino (XIII, 13-22), e implora la misericordia del Señor (XIII, 23-29), porque la vida humana es breve y mísera (XIV, 1-6) y el hombre, una vez muerto, no vuelve a esta vida (XIV, 7-22).—E.

² Viva ironía.

⁵ Gesenius y otros: *candil desecho* es el caído, esto es, objeto despreciable.

⁶ Locución proverbial, indicando al que no confía en otro Dios que su fuerza. *Dextra mihi Deus.* Virgilio.

- 11 ¿No es el oído quien discierne las palabras,
como gusta las viandas el paladar?
- 12 En las canas está el saber,
y en los muchos años la inteligencia.
- 13 Con Dios están la sabiduría y fortaleza,
suyo es el consejo y la prudencia.
- 14 Lo que el destruye, no se reedifica;
el que El encierre, no se soltará.
- 15 Si detiene las aguas, ellas se agotan;
las precipita, y devastan la tierra.
- 16 Con El son el poder y el consejo,
suyos los seducidos y el seductor.
- 17 El hace de los próceres, cautivos,
y de los jueces, locos.
- 18 Quebranta la autoridad de los reyes,
y ciñe cuerda a su cintura.
- 19 Reduce a los sacerdotes a cautividad,
y a los magnates precipita.
- 20 Quita la palabra a los elocuentes,
despoja de consejo a los ancianos.
- 21 Derrama el menosprecio sobre los nobles,
y el cinto de los fuertes desata.
- 22 Descubre lo profundo de las tinieblas,
y saca a luz la sombra de muerte.
- 23 Engrandece a las naciones y las abate,
ensancha a los pueblos y los reduce.
- 24 Quita la prudencia a los jueces de los pueblos,
y los hace errar en el desierto sin camino;
- 25 Andan palpando tinieblas, sin luz,
y los hace extraviarse, cual beodos.

XIII

TODO ¹ esto lo ha visto mi ojo,
mi oído lo oyó y comprendió.

² Como sabéis vosotros sé yo,
no soy menos que vosotros.

- ³ Mas yo quisiera hablar con el Todopoderoso,
y discutir con El querría.
- ⁴ Pues vosotros sois fabricantes de *drogas falsas*,
médicos vanos sois todos vosotros.
- ⁵ ¡Quién diera que callando enmudecieseis,
y fuera para vosotros prudencia!
- ⁶ Oid, pues, mi defensa,
atended a las razones de mis labios.
- ⁷ ¿Hablaréis maldad en favor de Dios,
y le defenderéis dolosamente?
- ⁸ ¿Seréis parciales en favor de El?;
¿vais a defender su causa?
- ⁹ ¿Será bueno que sondee vuestros pensamientos?
¿engañareisle cual se engaña a un hombre?
- ¹⁰ El os reprenderá severamente
vuestra secreta parcialidad.
- ¹¹ ¿No os aterra su majestad,
y su pavor no cae sobre vosotros?
- ¹² Vuestros apotegmas, sentencias de ceniza;
cual castillos de barro vuestros *castillos*.
- ¹³ Callad delante de mí; hablaré yo,
y venga sobre mí lo que viniere.
- ¹⁴ ¿A qué propósito alzaré mi carne entre mis dientes,
y pondré mi alma en mi palma?
- ¹⁵ Aunque me mate en El esperaré,
mas defenderé mi conducta ante su faz.
- ¹⁶ Y El vendrá a ser mi salvación,
pues no se sostendrá ante El el impío.
- ¹⁷ Oid bien mi razonamiento,
y mi explicación fijad bien en vuestros oídos.

⁴ Lit.: *mentiras*; mas el paralelismo precisa el sentido.

¹² *Vuestros argumentos* y apotegmas son vanos y frágiles.

¹⁴ Renán da un giro a estos dos versos que manifiesta que Job está desesperado y resuelto a defenderse, aunque por ello muera. No lo entiendo así, sino al contrario: *¿para qué me he de desesperar y exponer? Aunque me mate, yo no pierdo la esperanza; tanto menos, cuanto sé que El ha de ser mi salvación.*

- 18 Dispuesta tengo ya mi defensa,
yo sé que he de quedar justificado.
- 19 ¿Quién es el que quiere litigar conmigo?
¡Ahora mismo! *yo callaré y moriré.*
- 20 Mas dos cosas *no hagas* conmigo,
y no me esconderé de tu presencia.
- 21 Que tu mano se aparte de mí,
y tus pavores no me aterren.
- 22 Habla y yo te responderé,
o yo hablaré y respóndeme Tú.
- 23 ¿Cuáles son mis iniquidades y pecados?
hazme saber mi culpa y mi delito.
- 24 ¿Por qué escondes tu rostro,
y me reputas por enemigo tuyo?
- 25 ¡A una hoja arrastrada del viento infundes terror,
y a una arista seca persigues!
- 26 Pues decretas contra mí amarguras,
y me imputas las faltas de mi mocedad.
- 27 Y pones en cepo mis pies,
y acechas todos mis caminos,
y cavas fosa a la raíz de mis pies.
- 28 Y este hombre cae en polvo cual leño carcomido,
cual vestido que roe la polilla.

XIV

EL ¹ hombre nacido de mujer,
de breves días, harto de miserias,
² Nace como una flor, y es arrancado,
y huye como sombra, y no subsiste.

¹⁹ Otros: *pues si callo, moriré.* Renán: *si El se presenta, quiero callarme y morir;* precisamente lo contrario de lo que Job desea, puesto que se queja de que Dios *esconde su rostro*, esto es, no se presenta a discutir.

²⁰ Vuelve a dirigirse a Dios: *concédeme dos cosas.*

- ³ ¡Y aún sobre él abres tus ojos!
 ¡y a mí me traes a juicio contigo!
- ⁴ ¿Quién dará un ser puro de fuente impura?
 Ni uno solo.
- ⁵ Cierto, sus días están contados,
 definido por Ti el número de sus meses;
 término pusiste, y no le traspasará,
- ⁶ Aparta de él tus ojos y *descansará*,
 hasta que acabe *su tarea* como el mercenario.
- ⁷ Pues hay esperanza para el árbol cuando es cortado:
 reverdecerá entonces,
 y su renuevo no perecerá.
- ⁸ Que su raíz se haya envejecido en la tierra,
 y su tronco haya muerto en el polvo;
- ⁹ Apenas sienta el agua, brotará;
 ramas producirá, cual planta tierna.
- ¹⁰ Mas muere el varón, se postra sobre el polvo;
 expira el hombre, ¿y dónde está?
- ¹¹ Agótanse las aguas de un lago,
 un río se seca y se consume:
- ¹² Así el hombre cae y no se levanta;
 hasta que *no haya cielo*, no despertará,
 no se despertará de su sueño.
- ¹³ ¡Ojalá me escondieras en el *scheol*,
 me ocultaras hasta que se aplaque tu ira;
 fijaras plazo, y te volvieras a acordar de mí!
- ¹⁴ Si una vez muerto el hombre, reviviera;
 mientras durare mi servicio,
 aguardaría a que viniese mi relevo.

³ Puede significar: ¿Y aún te acuerdas de él?, o bien: ¿Y aún te ocupas en fiscalizar a un ser que necesariamente ha de tener alguna falta, como nacido de origen impuro, esto es, inficionado por el pecado original?

⁶ Otros: morirá.—Verá con placer su día, el de su muerte, como el mercenario el fin de su tarea.

¹² Renán: *mientras duren los cielos*, ocultando así la idea de Job y de toda la antigüedad, de una revolución cósmica, después de la cual parece que Job esperaba la resurrección, y no antes.

- 15 Me llamaras entonces, y yo te respondiera,
fueras propicio a la obra de tus manos.
- 16 Mas ahora cuentas mis pasos;
no atiendas tanto a mis pecados.
- 17 Sellada tienes en la bolsa mi iniquidad,
y aún agravas mi pecado.
- 18 Mas la montaña cae y se deshace,
y el peñasco es removido de su lugar.
- 19 La lluvia desgasta las piedras,
la inundación lleva el polvo de la tierra;
así destruyes las esperanzas del hombre.
- 20 Le abates para siempre, y se va;
deformas su faz, y le haces perecer.
- 21 Que sus hijos brillen con honra, él no lo sabe;
que se halle en la miseria, no lo advierte.
- 22 Mas su carne, sólo de él se quejará,
y su alma, sólo llorará por él.

CAP. XV.—*Segundo discurso de Elifaz.*

XV

ENTONCES ¹ replicó Elifaz el temanita, y dijo:
² ¿El sabio responderá con vana ciencia,
y henchirá su pecho de *viento*?
³ ¿Disputará con palabra que no sirve,
y con razones en que no hay provecho?

¹⁶ Le Hir y Renán hacen caso omiso de la negación, con lo que cambia el sentido. Como nosotros, traduce el Ms. rabínico citado.

¹⁷ Alusión a la costumbre de sellar lo que se tenía guardado. Renán con otros: *inventas iniquidades a mi cargo*, cosa que se sostiene mal gramaticalmente, y es demasiado fuerte.

Cap. XV. Elifaz reprende a Job (XV, 1-16) y expone los castigos reservados al impío en esta vida (XV, 17-35).—E.

² De palabras huecas y meras declamaciones.

- ⁴ Más aún: ¡tú aniquilas la piedad,
 y menoscabas la oración delante de Dios!
⁵ Pues tu boca misma revela tu impiedad,
 aunque adoptas el lenguaje de los astutos.
⁶ Tu boca te condena y no yo,
 tus labios testifican contra ti.
⁷ ¿Has nacido tú el primero de los hombres?
 ¿fuiste engendrado antes que los collados?
⁸ ¿Has estado presente al consejo de Dios
 y te has apropiado la sabiduría toda?
⁹ ¿Qué sabes tú, que no sepamos?
 ¿qué entiendes, que no entendamos también?
¹⁰ También hay cano y anciano entre nosotros,
 más adelantado en días que tu padre.
¹¹ ¿Tienes en poco los consuelos de Dios,
 y las palabras blandas que te hablamos?
¹² ¿A dónde te arrastra tu corazón,
 y qué dan a entender tus miradas?
¹³ Puesto que vuelves contra Dios tu saña,
 y sacas dicterios de tu boca.
¹⁴ ¿Qué es el hombre para que sea puro,
 y justo sea el hijo de mujer?
¹⁵ Aun en sus ángeles no tiene confianza,
 los cielos no son puros a sus ojos:
¹⁶ ¿Cuánto menos este ser odioso y corrompido,
 el hombre que bebe la impiedad como agua?
¹⁷ Escúchame, que voy a adoctrinarte,
 lo que vi en mi experiencia contaré;
¹⁸ Lo que enseñaron los sabios,
 no ocultando las lecciones de sus padres;

⁴ Acusa a Job de menoscabar la piedad y religión, por cuanto enseñaba que los trabajos vienen sobre buenos y malos, y aún que éstos prosperan; lo cual le parecía que había de producir el abandono de la religión.

⁷ y sig. Quieren todos decir: ¿eres tú la misma sabiduría? A ésta se la pinta personificada con iguales rasgos en los Proverbios, cap. VIII, 25 y sigs.

- 19 A los que fué dada la tierra,
 sin que parase en ellos extranjero.
 20 «Mientras vive el impío, es atormentado;
 pocos años están destinados al opresor.
 21 Grito de alarma suena en sus oídos;
 en medio de la paz, le vendrá la ruina.
 22 No se lisonjea con salir de tinieblas,
 y a la espada está destinado.
 23 Errante vaga por buscar el pan,
 ve aparejado ante él el día tenebroso.
 24 Atérranle angustias y tribulación,
 le acometen, cual rey aprestado a la batalla.
 25 Porque extendió su mano contra Dios,
 y se hizo fuerte contra el Todopoderoso.
 26 Corrió contra él con alzada cerviz,
 con *espesura* de fuertes escudos.
 27 Porque revistió su cara con gordura,
 y cubrió de grasa sus ijares.
 28 Y habita, *por eso*, ciudades desoladas,
 casas que ya no tienen moradores,
 reservadas para caer en ruinas.
 29 No prosperará ni se sostendrá su opulencia,
 ni extenderá sus riquezas sobre la tierra.
 30 No escapará de las *tinieblas*;
 sus renuevos devorará la llama,
 y será arrancado por el soplo de Dios.
 31 No confié en el mal, porque se engaña,
 pues el mal será su retribución.
 32 Antes de tiempo la tendrá completa,
 y sus renuevos no reverdecen.

19 Se consideraban como más sabias las razas puras de los primeros pobladores del país.

23 Esto es, se le figura verse ya vagando para buscar el sustento.

26 Alusión a la tortuga militar.

28 Suplimos con Renán: *por eso*. Quizá es futuro, como otros entienden.

30 De la desgracia.

- ³³ Se arrancará su fruto, como a la vid los agraces;
dejará caer su flor, como el olivo.
- ³⁴ Pues la familia del malo será estéril,
fuego devorará las tiendas del soborno.
- ³⁵ Concibe dolor, pare desventura,
y su *seno* le prepara engaño.»

CAPS. XVI-XVII.—*Respuesta de Job a Elifaz.*

XVI

- Y** JOB ¹ respondió, diciendo:
- ² Muchas arengas como estas he oído:
consoladores duros sois todos vosotros.
- ³ ¿Habrá un término para discursos de viento?;
¿qué es lo que te excita a replicar?
- ⁴ También yo hablara como vosotros;
¡oh! si estuviéseris en mi lugar,
hilvanaría discursos contra vosotros,
y hacia vosotros moviera mi cabeza.
- ⁵ Os alentaría con palabras,
y tendría en mis labios la compasión.
- ⁶ Si hablo, no se calma mi dolor;
callo, y ¡qué se ha de apartar de mí!
- ⁷ De cierto ahora estoy abrumado:
Tú has assolado toda mi familia.
- ⁸ Y cuando me tienes encadenado,
álzase por testigo contra mí
un *traidor* que me acusa en mi presencia.

³⁵ Sus pensamientos le saldrán fallidos.

Cap. XVI-XVII. Job zahiere a sus molestos consoladores (XI, 1-6), expone las aflicciones y ludibrios que padece (XVI, 7-18), invoca a Dios por testigo de su inocencia (XVI, 19-XVII, 10) y lamenta su infortunio (XVII, 11-16).—E.

⁸ Otros: *un flacura*. Tomamos la palabra en el significado de *mentira*, y uí, como es frecuentísimo en la Biblia *un mentiroso*, el que me miente, lta o hace traición, y pensamos que alude a Elifaz.

- 9 Su furor me hizo trizas, se encarnizó contra mí;
 contra mí rechinó sus dientes mi enemigo,
 y sus ojos lanzó torvos contra mí.
- 10 Abrieron su boca contra mí *como fieras*;
 con afrenta abofetearon mis mejillas;
 juntos contra mí solo arremetieron.
- 11 Dios me ha entregado al pecador,
 precipitóme en manos de perversos.
- 12 Tranquilo estaba yo y me contundió,
 por la cerviz asíome y estrellóme,
 y me erigió por blanco suyo.
- 13 Cercáronme sus *saetas*,
 traspasa mis *costados* sin piedad,
 arroja en tierra mis *entrañas*.
- 14 El me acomete *ímpetu tras ímpetu*,
 lánzase sobre mí como gigante.
- 15 Saco he cosido encima de mi piel,
 y *mi cuerno* en el polvo revolví.
- 16 Mi faz se encuentra hinchada por el lloro,
 y una sombra mortal cubre mis párpados.
- 17 Aunque no hubo injusticia en mis manos,
 y pura fué mi religión.
- 18 ¡Tierra, no cubras mi sangre,
 y no haya alivio para mi clamor!
- 19 Aun ahora tengo un testigo en los cielos,
 un testimonio en las alturas.
- 20 Mis escarnecedores, mis amigos,
 a Dios mis lágrimas imploran.

10 Suplo: *como fieras*, para indicar toda la fuerza del verbo

13 Otros: *sus arqueros*.—Lit.: *riñones*; *id. mi hiel*.

14 Otros: *herida tras herida*; Renán: *abre en mi seno brecha tras brecha*.

15 Símbolo de la fortaleza: *arrastré por el suelo mi fortaleza*.

18 Se entiende: *Si no es así*. Renán: *y mi grito de venganza no sea ahogado*;
 es un comentario gratuito y aun falso.

20 Pues mis mismos amigos me escarnecen, acudo a Dios para que me dé la razón en este litigio que traigo con El y con ellos. Otros lo entienden de otro modo. Le Hir: de un hombre que está con Dios.

- 21 Y juzgará en favor del hombre con Dios,
del hijo del hombre contra sus amigos;
22 Pues llegan los años contados,
y el camino ya no le volveré a andar.

XVII

- M**I¹ vida se acabó,
extinguiéronse mis días,
el sepulcro sólo me resta.
2 ¡Ojalá no estuvieran mofadores junto a mí!
mas mi ojo permanece entre sus querellas.
3 Dame, ¡oh Dios!, quien *me fie* para contigo:
¿quién será el que me *apriete la mano*?
4 Porque a su corazón negaste inteligencia;
por eso no los dejarás triunfar.
5 ¡Quien denuncia al salteador sus propios amigos,
que los ojos de sus hijos desfallezcan!
6 Dejóme por cantar irrisorio a los pueblos;
esputo en rostro vendré a ser.
7 Languideció mi ojo de tristeza,
y mis miembros cual sombra todos ellos.
8 Espantaránse de esto los buenos,
y el inocente se alzaré contra el perverso.
9 Mas el justo perseverará en su camino,
y el de manos puras se afirmará más y más.
10 Pero volved todos, volved, pues,
y no hallaré en vosotros un solo discreto.
11 Pasaron mis días, mis planes fracasaron,
las dulces posesiones de mi corazón.

³ Dame un fiador que me asegure de que no me castigarás si entro a litigar contigo.—Me apriete la mano, vale, *me fie*.

¹⁰ Parece indicar que los amigos, escandalizados de su audacia, hacían demán de irse o volver el rostro.—Y os probaré que ninguno de vosotros es discreto.

- 12 La noche me cambiaron en día,
 los días parecidos a las tinieblas.
 13 ¿Esperaré? el sheol será mi morada;
 en las tinieblas dispondré mi lecho.
 14 Grité a la corrupción: «¡Tú eres mi padre!»;
 a los gusanos: «¡Mi madre y mis hermanos!»
 15 ¿Y dónde, al fin, está mi esperanza?;
 esa esperanza mía, ¿quién la verá?
 16 A las regiones del sheol descenderá;
 ¡si al menos en el polvo se halla descanso!

CAP. XVIII.—*Segundo discurso de Bildad.*

XVIII

- R**EPLICO ¹ Bildad el schuíta y dijo:
² ¿Cuándo pondréis fin a semejantes discursos?;
 reflexionad y hablaremos después.
³ ¿Por qué somos igualados a bestias,
 y tenidos por *estúpidos* a vuestros ojos?
⁴ Di tú, el que te desgarras en tu cólera,
 ¿será despoblada por ti la tierra,
 y lanzada la roca de su lugar?
⁵ Sí, se apagará la *luz* de los perversos,
 no lucirá la *llama* de su hogar.
⁶ La luz se apagará en su tienda,
 y su lámpara se extinguirá.

¹² Renán: *de la noche hacéis día, jah, cómo se parece vuestro día a las tinieblas!* Parece demasiado ingenioso, además de que el verbo del primer hemistiquio está en tercera persona del plural.

Cap. XVIII. Es ley estable que perezca el impío (XVIII, 1-6), con ruina múltiple (XVIII, 7-14) y dilatada (XVIII, 15-21).—E.

³ Inmundos, profanos, impíos. El significado que hemos aceptado está favorecido por el paralelismo. Así, Renán traduce: *¿Por qué tratarnos como bestias y mirarnos como a animales salvajes?*

⁵ y ⁶ Metáforas que indican el bienestar, la dicha.

- 7 Trabaranse sus pasos vigorosos,
y le precipitará su propio consejo.
- 8 Porque se arrojará red a sus pies,
y sobre trampa caminará.
- 9 Prenderá lazo en sus tobillos,
lazo se le enredará con fuerza.
- 10 Su lazo está oculto en la tierra,
y su trampa sobre la senda.
- 11 Por todas partes le asedian terrores,
y le persiguen por detrás.
- 12 En hambre se tornará su opulencia,
y a su lado se alzaré la perdición.
- 13 Devoradas serán las partes de su piel,
todos sus miembros comerá el primogénito de la muerte.
- 14 Arrancarése el apoyo de su tienda,
le harán bajar al rey de los terrores.
- 15 Otros, y no él, habitarán su tienda;
azufre lloverá sobre su morada.
- 16 Por debajo se secarán sus raíces,
por arriba serán cortadas sus ramas.
- 17 Su memoria se borrará de la tierra,
y no tendrá nombre en la plaza.
- 18 Lanzaranle de la luz a las tinieblas,
y del mundo le arrojarán.
- 19 Sin prole ni descendencia en su pueblo,
y sin sobreviviente en su país.
- 20 De su caída se espantarán *los venideros*,
y los ancianos se horrorizarán de terror.

¹² Renán: *La desventura abre contra él su boca abierta*; Ms. citado: *será hambrienta su fortaleza*. Los puntos masoréticos dificultan algo nuestra versión; pero aún creemos peores las otras.

¹³ La enfermedad mortal.

¹⁵ Le Hir: *La muerte habitará en su tienda, ya no suya*. Renán: *el extranjero habitará en su tienda*, en lo que falta a la gramática, porque el verbo está en femenino, y el sujeto supuesto en masculino.

²⁰ Le Hir: *los de Oriente...*, *los del Occidente*; Renán: *los hombres de los últimos días...*, *las generaciones próximas*.

²¹ Tales son, sí, los destinos del perverso,
tal el lugar del que no conoce a Dios.

CAP. XIX.—*Respuesta de Job a Bildad.*

XIX

- Y** JOB ¹ respondió, diciendo:
² ¿Hasta cuándo afligiréis mi alma,
y me moleréis con vanos discursos?
³ Ya me habéis afrentado diez veces,
y no os avergonzáis de ensordecirme.
⁴ Aun si hubiera errado de veras,
sobre mí caería mi yerro.
⁵ ¿Por qué os alzáis contra mí,
y aducís contra mí mi oprobio?
⁶ Sabed, en fin, que Dios me ha oprimido,
tendió su red en derredor de mí.
⁷ ¡Injuria!, clamo, y no se me responde;
pido justicia, y no la hay para mí.
⁸ Obstruyó mi camino, y no puedo pasar,
y sobre mis sendas esparció tinieblas.
⁹ De mi gloria me despojó,
y arrancó la corona de mi cabeza.
¹⁰ Arruinóme por todas partes y perezco,
y descuajó como árbol mi esperanza.
¹¹ Rugió su cólera contra mí,
y me juzgó por enemigo suyo.
¹² Sus escuadrones todos vinieron,
allanaron su camino contra mí,
y ordenaron su campo al derredor de mi tienda.

Cap. XIX. Job afligido por los amigos (XIX, 1-5), atribulado por Dios (XIX, 6-12), abandonado de los suyos (XIX, 13-22), espera en la resurrección (XIX, 23-29).—E.

- ¹³ A mis hermanos apartó de mí,
y de mí se alejaron todos mis conocidos.
- ¹⁴ Dejéronme mis familiares,
y mis íntimos me olvidaron.
- ¹⁵ Mis siervos y criados me reputaron por extraño:
desconocido he sido ante sus ojos.
- ¹⁶ A mi siervo llamé y no me respondió,
con mi boca le suplicaba.
- ¹⁷ Mi aliento es odioso a mi mujer,
y mis súplicas a los hijos de mi madre.
- ¹⁸ Hasta los niños me despreciaron,
al levantarme hablaban contra mí.
- ¹⁹ Me aborrecieron todos mis confidentes,
y los que amaba se volvieron contra mí.
- ²⁰ Mi piel y carne se pegaron a mis huesos,
y apenas escapé con la piel junto a mis dientes.
- ²¹ ¡Apiadaos, apiadaos de mí, vosotros, mis amigos,
porque me ha herido la mano de Dios!
- ²² Por qué como Dios me perseguís,
y no os hartáis de mi carne?
- ²³ ¡Quién me diera se escribiesen mis palabras!
¡quién que se grabasen en un libro:
- ²⁴ ¡Que con punzón de hierro, y plomo,
en piedra se esculpiesen para siempre!
- ²⁵ Pues yo lo sé: vive mi vengador,
y el último se alzaré sobre la tierra.
- ²⁶ Mas esto después que mi piel comieren,
y sin mi carne a Dios contemplaré.
- ²⁷ Yo le veré para mí, mis ojos le verán y no otro;
mis entrañas se abrasan en mi seno.

²⁶ La traducción de este verso ha sido, y sigue siendo, muy controvertida. Los católicos, *generalmente*, se inclinan hacia el sentido que da San Jerónimo: *Y de nuevo he de ser rodeado de mi piel, y en mi carne veré a Dios*. Las poderosas razones que aducen, así filológicas como críticas, pueden verse egregiamente explanadas en los siguientes autores: CORLUY, *Spicilegium dogmatico-Biblicum*, Gante, 1884, tom. I, p. 278-296. KNABENBAUER, *Commentarius in Librum Job*, París, 1886, p. 250-253. HONTHEIM, *Das Buch Job*, Friburgo

- ²⁸ Diréis entonces: ¿por qué le perseguimos?
¿que la raíz del caso se halla en mí?
- ²⁹ Temed entonces del filo de la espada:
pues sañudas son las venganzas de la espada,
y aprenderéis entonces que hay justicia.

CAP. XX.—Segundo discurso de Tsofar.

XX

- Y** TSOFAR ¹ el naamatita replicó, diciendo:
² Por esto me hacen responder mis pensamientos,
y se agitan dentro de mí.
- ³ Oí mi reprensión ignominiosa,
y la indignación me hace responder en mi saber.
- ⁴ ¿No sabes de siempre,
desde que el hombre fué puesto sobre la tierra,
- ⁵ Que el júbilo de los malos es breve,
y la alegría de los perversos un instante?
- ⁶ Si subiere hasta el cielo su arrogancia,
y tocare en las nubes su cabeza;

de Br., 1904, p. 174-185 (muy completo para la parte filológica), y asimismo HONTHEIM, *Eine neue Uebersetzung von Job*, 19, 25-27, en *Zeitschrift für katholische Theologie*, tom. XXXI (1907), p. 376-386. Acumula eruditamente opiniones y dificultades. HUDAL, *Textkritische und exegetische Bemerkungen zu Job* 19, 25-27 en *Biblische Zeitschrift*, tom. XIV (1917), p. 214-235. Finalmente, para el sentido de los versículos XIX, 23-27, puede también consultarse: FERNÁNDEZ VALBUENA, *Egipto y Asiria resucitados*, tomo IV, Toledo, 1901, p. 624-631. E.

²⁸ La raíz del caso parece ser un motivo de acusación, y el sentido será: no diréis entonces que soy culpable. Renán, al contrario, traduce: *y se hallará el derecho de mi parte*.

Cap. XX. Tsofar, compelido, dice, a responder, asegura que es brevísima la felicidad del impío (XX, 1-10); que el pecado engendra necesariamente ruina (XX 11-16), y que todo conspira contra el pecador (XX, 17-29).—Es, de los tres amigos, el que emplea más rústico y ofensivo lenguaje.—E.

- ⁷ Cual vil basura perecerá para siempre,
 y los que lo vieren dirán: «¿En dónde está?»
⁸ Volará como un sueño, no le hallarán,
 y huirá como visión nocturna.
⁹ El ojo que le vió, no le verá más,
 y su domicilio no le verá de nuevo.
¹⁰ Sus hijos repararán el daño hecho a los pobres,
 y sus manos devolverán sus riquezas.
¹¹ Sus huesos están llenos de sus pecados ocultos,
 más bajarán con él al polvo del sepulcro.
¹² Si el mal fué dulce en su boca,
 y le ocultaba bajo su lengua;
¹³ Si le saboreaba y no le soltaba,
 y le retenía en su paladar;
¹⁴ Se le *volverá* su comida en su *vientre*,
 veneno de áspides en sus entrañas.
¹⁵ Riquezas devoró, mas vomitarálas,
 de su vientre las arrojará Dios.
¹⁶ Veneno de áspides chupó:
 lengua de víbora le matará.
¹⁷ No verá en los arroyos,
 ríos, torrentes de miel y de manteca.
¹⁸ Devolverá el ajeno trabajo, y no lo tragará;
 cual riquezas prestadas, y no se gozará.
¹⁹ Pues oprimió y desamparó a los pobres,
 asoló casas y no las edificó.
²⁰ Ya que no conoció *hartura en su avaricia*,
 no salvará lo que tanto le deleitaba.
²¹ Nada escapaba de su voracidad;
 por eso no subsistirá su ventura.

¹¹ Lit.: *Sus huesos se llenaron de fuerza de sus mocedades, mas sobre el polvo yacerá.* La traducción que damos con la mayor parte de los modernos es más bien un comentario.

¹⁴ Se le *volverá*, en el sentido que decimos que se vuelve o tuerce el vino.
 Lit.: *en sus tripas.*

²⁰ Lit.: *satisfacción en su vientre.*

- ²² En el colmo de su abundancia todo le era poco;
 todos los infortunios caerán sobre él.
- ²³ *Que tenga* para henchir su vientre:
 ramará sobre él el furor de su saña,
 y le lloverá sobre él por alimento.
- ²⁴ Huirá de las armas de hierro,
 traspasarále arco de bronce.
- ²⁵ Arrancará y *sacará* el dardo de su cuerpo,
 la espada fulgurante de sus entrañas;
 terrores caerán sobre él.
- ²⁶ Toda calamidad se reserva para sus tesoros,
 consumirále fuego no soplado;
 lo que reste en su tienda será hecho trizas.
- ²⁷ Los cielos revelarán su inquietud,
 y se alzará la tierra contra él.
- ²⁸ Desaparecerá la riqueza de su casa,
 será arrasada en el día del furor.
- ²⁹ Tal es la suerte del perverso delante de Dios,
 tal es la herencia por Dios decretada.

CAP. XXI.—*Respuesta de Job a Tsofar.*

XXI

Y JOB ¹ respondió, diciendo:
² Oid bien mis razones,
 y sea ésta *vuestra consolación*.

²³ Renán: atended, he aquí de qué henchir su vientre.

²⁵ Renán y Le Hir dan al segundo verbo el significado de traspasar, no sé por qué; sobre todo, siguiendo la partícula *min*. Otros, como el Ms. citado: *se devainó y salió por su cuerpo*. La idea es clara para todos.

Cap. XXI. Contesta Job insistiendo en que los impíos con frecuencia gozan de universal prosperidad (XXI, 1-15); que no son castigados (XXI, 16-26), sino antes guardados incólumes y colmados de honores (XXI, 27-34).—E.

² El único consuelo que me deis.

- ³ Tolerad que yo hable,
y cuando hubiere hablado, burlaos.
- ⁴ ¿Me quejo yo de un hombre?
¿y por qué no será escasa mi paciencia?
- ⁵ Miradme, y espantaos,
y poned la mano en la boca.
- ⁶ Si pienso en ello me horrorizo,
y el temor se apodera de mi carne.
- ⁷ ¿Por qué viven los malvados,
prolongan sus días y aun prosperan sus riquezas?
- ⁸ Su prole prospera con ellos a su vista,
y su descendencia ante sus ojos.
- ⁹ Sus casas, libres de temor,
y la vara de Dios no cae sobre ellos.
- ¹⁰ Su toro fecunda y no languidece,
su novilla pare y no aborta.
- ¹¹ Arrojan niños a manadas,
y sus hijos saltan de contento.
- ¹² Bailan al son del tamboril y cítara,
y saltan al sonido de la gaita.
- ¹³ Pasan sus días en el placer,
y en un momento bajan al scheol.
- ¹⁴ Y eso que decían a Dios: «Apártate de nosotros,
no queremos la ciencia de tus caminos.
- ¹⁵ ¿Qué es Omnipotente para que le sirvamos?
¿y qué se gana con rogarle?»
- ¹⁶ Mas no en sus manos tienen su ventura:
¡lejos de mí el consejo de los malos!
- ¹⁷ ¡Cuántas veces se apaga la lámpara de los malos,
y viene sobre ellos la perdición,
y su suerte determina Dios en su furor!
- ¹⁸ Son como el tamo a la faz del viento,
cual la paja que arrastra el torbellino.

¹⁶ Renán, con otros muchos, ponen en interrogante el primer hemistiquio, y cambia todo el sentido; pero mal, como lo prueba el segundo.

¹⁷ Renán, con muchos, pone interrogante en el sentido de *cuán pocas veces*, y del mismo modo en el v. 18.

- 19 «A sus hijos reserva Dios sus castigos»...;
 a él dará su merecido, y llegará a ver.
- 20 Verán sus ojos su propia ruina,
 y de la ira del Omnipotente beberá.
- 21 ¿Pues qué le importa su casa después de él,
 cuando fuere cortado el número de sus años?
- 22 ¿Enseñará él a Dios sabiduría,
 cuando El juzga a los más elevados?
- 23 Uno muere en medio de su prosperidad,
 cuando estaba todo tranquilo y seguro;
- 24 Sus apriscos abundan en leche,
 regada está la medula de sus huesos.
- 25 Otro muere con amargura de su alma,
 sin haber comido con gusto jamás.
- 26 Mas juntamente yacerán en el polvo,
 y los recubrirán los gusanos.
- 27 Bien conozco vuestros pensamientos,
 y las maldades que maquináis contra mí.
- 28 Pues decís: «¿Qué es de la casa del tirano,
 qué de la tienda donde moraban los perversos?»
- 29 ¿No preguntasteis a los que cruzan los caminos?:
 no ignoráis los documentos que dan.
- 30 Que el malo es reservado *para* el día de la perdición,
 llevados serán para el día de las iras.
- 31 ¿Quién osará acusar a su cara su conducta?;
 y lo que él hizo, ¿quién se lo retribuirá?

19 Es la objeción que le habían presentado sus amigos, y él agrava diciendo que muchas veces es el mismo pecador el que sufre.

20 Otros, como Renán, suplen: *sería preciso que él mismo sufriera. El segundo hemistiquio le traduce con toda la libertad y rodeos siguientes: mas debería castigarlos de manera que ellos mismos lo advirtiesen.*

29 Se suponía que los viajeros eran hombres de experiencia, y por eso cita sus dichos como autoridad. Renán: *ellos os citarán hechos irrecusables. Así ya se puede traducir en buen francés.*

30 Renán: *es perdonado en el día fatal; cambio esencial. Para traducir como Renán: en el día de la cólera divina es sustraído al castigo, sería preciso que Job pensara que los malos no morían en el día de su muerte.*

31 Mientras vive el malo, nadie se le atreve.

- ³² Mas él será llevado al sepulcro,
 él vela allí sobre su mausoleo.
- ³³ Ligeros son para él los terrones del valle;
 todo hombre es arrastrado en pos de él,
 como antes de él fueron innumerables.
- ³⁴ Pues, ¿cómo me ofrecéis consuelos vanos,
 y en vuestros discursos no hay más que falacias?

CAP. XXII.—*Tercer discurso de Elifaz.*

XXII

- Y** REPLICANDO ¹ Elifaz el temanita, dijo:
- ² ¿Traerá el hombre provecho a Dios?
 el discreto a sí mismo trae provecho.
- ³ ¿Importa a Dios que tú te justifiques?
 ¿gana porque defiendas tu conducta?
- ⁴ ¿Querrá discutir contigo por miramientos a ti,
 y entrar en juicio contigo?
- ⁵ ¿No es grande tu malicia,
 y tus iniquidades sin fin?
- ⁶ Pues arrancabas prenda a tus hermanos sin motivo,
 y a los haraposos despojaste de vestidos.
- ⁷ Agua no diste al fatigado de sed,
 y al hambriento denegaste pan.
- ⁸ Y era la tierra para el de fuerte brazo,
 y el altivo ponía en ella su morada.

³² Allí estará en perpetua vigilia, según la idea que los antiguos semitas se formaban del *scheol*; pero creemos que alude a las estatuas de los difuntos, colocadas en los mausoleos, como indica el hemistiquio siguiente. En suma, creemos que Job habla de los castigos de los malos en la otra vida, mientras que en ésta nadie los molesta, y son honrados en su muerte y después de ella.

Cap. XXII. Elifaz imputa a Job numerosos delitos (XXII, 1-14); le recuerda el castigo de los antiguos perversos (XXII, 15-20), y le exhorta a arrepentirse (XXII, 21-30).—E.

⁸ Traspasaste tus deberes de juez, no haciendo caso al huérfano y a la viuda.

- 9 A las viudas despedías sin recursos,
 y los brazos de los huérfanos eran quebrantados.
 10 Por eso te ves rodeado de lazos,
 y pavor repentino te estremece,
 11 O tinieblas. No verás,
 te cubrirán las aguas desbordadas.
 12 ¿No es Dios más alto que el cielo?
 Mira la sumidad de las estrellas ¡qué elevadas!
 13 Y decías tú: «¿Qué sabe Dios?;
 ¿juzgará a través de las nubes?
 14 Densidades le cubren y no ve;
 paseando está por la esfera de los cielos.»
 15 ¿Seguirás tú el antiguo camino,
 por el que anduvieron los hombres perversos,
 16 Que fueron arrancados antes de tiempo,
 cuyos cimientos descuajó un *diluvio*?
 17 Que decían a Dios: «Apártate de nosotros,
 ¿qué les podría hacer el Todopoderoso?»
 18 Pues él llenará sus casas de riquezas:
 ¡lejos de mí el consejo de los malos!
 19 Los justos *lo verán* y se alegrarán
 y el inocente se mofará de ellos:
 20 «¿No fué destruído nuestro adversario,
 y sus residuos los devora el fuego?»
 21 Reconcíliate con El, entra en su paz,
 y en ello te vendrá el bien;
 22 Recibe la ley de su boca,
 y pon sus preceptos en su corazón.
 23 Si te vuelves al Omnipotente serás restablecido,
 alejarás *la desgracia* de tu tienda.

16 Lit.: *rio derramado*; es alusión al diluvio.

17 *Y que qué les podía hacer, etc.*

19 Su ruina.

20 Se entiende: *diciendo, ¿no fué...?*

23 Comúnmente: si alejas la *iniquidad*. Decimos *desgracia*, tomando el efecto por la causa con el Ms. citado, y es mejor sentido y paralelismo.

- ²⁴ Arroja al polvo los tesoros,
entre las piedras del arroyo el oro de Ofir;
- ²⁵ Y el Todopoderoso será tu riqueza,
y plata a montones para ti.
- ²⁶ Te gozarás entonces en el Omnipotente,
y alzarás tu rostro hacia Dios.
- ²⁷ Le rogarás, y escuchará tu ruego
y tus votos cumplirás.
- ²⁸ Formarás proyectos, y te saldrán bien,
y lucirá la luz en tu camino.
- ²⁹ Cuando se humillen dirás: «*Helos en alteza!*»,
pues al de ojos bajos salva Dios.
- ³⁰ Libertará al que *no es inocente*,
y será libertado por la pureza de sus manos.

CAPS. XXIII-XXIV.—*Respuesta de Job a Elifaz.*

XXIII

- Y** JOB ¹ respondió, diciendo:
- ² Cierto que es hoy amarga mi queja;
mas mi carga es mayor que mi gemido.
- ³ ¡*Quién me diera saberlo!*; le hallaría,
y penetrara hasta su mismo trono.
- ⁴ Entablara delante de El juicio,
y haría rebosar mi boca de razones.

²⁹ Damos la traducción de Fr. Luis de León, supliendo *helos*. y no acertamos por qué traduce Renán por el participio *humillado* una tercera persona del plural. Su versión es: *humillado, volverás a tomar la superioridad*. Es pasaje difícil.

³⁰ Aun al que fué culpable, pero ya corregido.

Cap. XXIII-XXIV. Job anhela probar su inocencia ante Dios (XXIII, 1-9); se turba de que padece inocente (XXIII, 10; XXIV, 1), mientras los impíos cometen violencias y crímenes ocultos y no llevan su merecido (XXIV, 2-25).—E.

³ Dónde está Dios.

- ⁵ Conociera lo que me replicase,
y lo que me hablase entendería.
- ⁶ ¿Disputaría con mucha fuerza conmigo?
No; antes El en mí la colocara.
- ⁷ Entonces el justo disputaría con El,
y *escapara* por siempre de mi juez.
- ⁸ Mas si voy al oriente, no está allí;
si al occidente, no le distingo.
- ⁹ Si vuelve al norte, no le tocaré;
si se esconde al mediodía, no le veré.
- ¹⁰ Mas puesto que El conoce mis caminos,
que me examine, y saldré como el oro.
- ¹¹ Por su huella marchó mi pie,
su camino seguí sin apartarme.
- ¹² Precepto de sus labios, no me aparté *de mi estatuto*,
custodié las palabras de su boca.
- ¹³ Mas El *uno solo*, ¿quién le resistirá?
pues lo que El desea, eso ejecuta;
- ¹⁴ Porque cumplió lo decretado contra mí,
y como éstas muchas hay en El.
- ¹⁵ Por eso me estremezco ante su faz,
lo contemplo y tiemblo a causa de El.
- ¹⁶ El ha quebrantado mi *valor*,
y me aterró el Omnipotente.

⁶ Renán hace decir a Job un sarcasmo terrible a Dios: *que en vez de combatirme con todo el aparato de su fuerza, quisiera prestarme un poco de atención*. Y, sin embargo, Dios diría que había hablado bien. Nuestra versión es literal.

⁷ Libre o absuelto.

⁹ Lit.: *si al Norte en obra suya*.

¹⁰ Renán, con el objeto ya conocido: *jahl*, es *que conoce mi conciencia*.

¹² De lo que estatuyó Dios como regla de las acciones humanas.

¹³ Muchos: *mas El es como el único*; Le Hir: *el único señor*; Renán: *mas El tiene tomado un partido* (el de arruinarme); Ms.: *¿y si El uno y quién lo hará tornar?*

¹⁴ Lit.: *mi decreto*. Renán: *y quizá revuelve otros designios en su interior*; Le Hir: *y estos ejemplos no son raros en El*.

¹⁶ Lit.: *mi corazón*.

¹⁷ Por eso no sucumbo yo por las tinieblas,
ni por la oscuridad que me envuelve.

XXIV

¿**P**OR qué,¹ siendo conocidos del Omnipotente los tiempos,
los que le aman no conocen su día?

² Hombres hay que traspasan los linderos,
y apacientan los rebaños que arrebatan.

³ El asno de los huérfanos se llevan,
sacan en prenda el toro de la viuda.

⁴ Hacen apartarse del camino al pobre,
los indigentes todos del país tienen que esconderse.

⁵ Helos, cual asnos monteses en el desierto,
salen a su trabajo buscando su alimento,
el desierto es suyo y pan para sus hijos.

⁶ Recogen en el campo su alimento,
y vendimian la viña de su opresor.

⁷ Desnudos pasan la noche sin ropa,
sin cobertor en medio del frío.

⁸ Se mojan con el aguacero de las montañas,
y sin otro asilo se acogen a las rocas.

⁹ Arrancan del pecho al niño huérfano,
llevan en prenda lo que resta al pobre.

¹⁰ Al haraposo hacen andar sin vestido,
y llevan sus haces hambrientos.

¹⁷ No desfallezco a causa de mis dolores, sino por ese terror que Dios me infunde. Le Hir prefiere decir: *¿cómo no he sucumbido ya a mi infortunio, a la sombría noche que vela mi faz?* Renán: *porque El no me ha llevado antes de los días sombríos, y no me preservó de las tinieblas.*

¹ Puesto que Dios conoce todos los tiempos, ¿por qué no dispone que los buenos lleguen a ver el día de la justicia?

⁵ a ⁸ Es una descripción del estado a que quedaban reducidos los pobres por la tiranía de los malos, y en el v. 9 vuelve a enumerar las violencias de éstos.

¹⁰ Los pobres conducen en medio del hambre los haces de trigo de los ricos, y lo mismo entiendo el verso siguiente.

- 11 Dentro de sus paredes exprimen el aceite,
 pisan los lagares, sin apagar su sed.
 12 Claman los hombres desde las ciudades,
 el alma de los vejados pide auxilio,
 y Dios no atiende a estas maldades.
 13 Ellos fueron rebeldes a la luz,
 no conocieron sus caminos,
 y no permanecieron en sus sendas.
 14 El asesino se levanta con la aurora,
 mata al desvalido y al pobre,
 y anda de noche como un salteador.
 15 El ojo del adúltero espía la noche,
 dice: «No me verá persona»,
 y pone un velo a su faz.
 16 Taladran de noche las casas,
 sus días pasan encerrados,
 no conocen la luz.
 17 Que a todos ellos es la mañana sombra de muerte,
 y el ser conocidos, terrores mortales.
 18 Ligeros más que la haz de las aguas,
 malditas sus posesiones sobre la tierra,
 no pasarán la senda de las viñas.
 19 Sequía y calor disipan el agua de nieve,
 y el scheol a los pecadores.
 20 Le olvidará el seno maternal,
 su dulzura, gusanos;
 ninguno hará mención de él,
 y el inicuo será arrancado como un árbol.
 21 Que a la *estéril sin hijos* oprime,
 y a la viuda no hace bien.

13 Hacemos, como los más, plural el singular, porque viene hablando de muchos, y así es más claro. Le Hir traduce: *se deslizan ligeros como las olas*. Renán: son como cuerpo *ligero sobre la haz de las aguas*, ambos muy libremente; quizá el sentido es que no hay fijeza ni seguridad en ellos, y así serán malditas sus posesiones, etc.

21 Devora, esquilmata a la que no tiene hijos que la defiendan. En este verso y el anterior el número singular está en vez del plural, como licencia poética

- ²² Mas Dios con su poder arrebató a los poderosos,
levántase, y temen por su vida.
- ²³ Les da el reposar con confianza;
mas sus ojos están fijos en su conducta.
- ²⁴ Se elevaron un tanto y perecieron,
murieron como todos,
y fueron segados como cabezas de espigas.
- ²⁵ Si no es así, ¿quién me desmentirá
y mis discursos reducirá a la nada?

CAP. XXV.—*Tercer discurso de Bildad.*

XXV

Y REPLICO ¹ Bildad el schuíta, diciendo:

² El señorío y la majestad suyos son;
El hace la paz en sus alturas.

³ ¿Sus ejércitos tienen número?
¿y sobre quién se levanta su luz?

⁴ ¿Pues cómo se justificará el hombre ante él,
y será puro el nacido de mujer?

⁵ La luna misma no resplandece,
y las estrellas no son limpias a sus ojos:

⁶ ¿Cómo lo será el hombre, pobre insecto,
y el hijo del hombre, vil gusano?

²² Renán: *mas no por eso les ha sostenido menos Dios con su poder; se han vuelto a levantar cuando ya no contaban con su vida.* Cambio total del sentido, fundado en la idea de que Job sigue describiendo la ventura de los malos, lo que se aviene mal con el texto y peor con la gramática. Lit.: *No confían en su vida.*

²³ Esta última frase puede entenderse para favorecerlos, o para castigarlos a su tiempo. Renán cree lo primero: nosotros, no.

²⁴ Renán altera igualmente el sentido contra el orden de colocación de los dos primeros verbos, y añadiendo al último verso, *en su tiempo*, como la espiga *madura*.

CAPS. XXVI-XXVIII.—*Respuesta de Job.*

XXVI

- Y** JOB ¹ respondió, diciendo:
² ¡Cómo viniste en auxilio del flaco,
 y prestaste ayuda al brazo desvalido!
³ ¡Cuál aconsejaste al falto de ciencia,
 y el profundo saber manifestaste!
⁴ ¿A quién dirigiste tus palabras,
 y qué espíritu habla en ti?
⁵ *Los difuntos* tiemblan
 bajo las aguas y todos sus moradores.
⁶ Desnudo está el *scheol* delante de El,
 y sin velo el abismo.
⁷ El tiende el aquilón sobre el vacío,
 y cuelga la tierra sobre la nada.
⁸ Envuelve las aguas con las nubes,
 y las nubes no se rompen por debajo.
⁹ Cierra la faz de su solio,
 y sobre él extiende sus nubes.
¹⁰ Traza un círculo en derredor de las aguas,
 hasta el límite de la luz y las tinieblas.
¹¹ Las columnas del cielo vacilan,
 y se espantan ante una amenaza suya.

Cap. XXVI-XXVIII. Job desprecia la impertinente enseñanza de su amigo (XXVI, 1-4), enaltece el poder de Dios (XXVI, 5-14), protesta ser inocente (XXVII, 1-10) y encontrar infundada la doctrina de sus adversarios (XXVII, 11-23), y asevera, en fin, que el arte e industria humana puede mucho (XXVIII, 1-11), pero que la verdadera sabiduría sólo es conocida de Dios (XXVIII, 12-28).—E.

⁵ Otros: *los gigantes*; deben entenderse las almas o sombras de los difuntos, moradores del *scheol*, colocado debajo de los mares, y que tiemblan, sin embargo, ante Dios por lo que dice el v. 6.

- ¹² Con su pujanza aterra al mar,
y con su saber abate al *soberbio*.
- ¹³ Con su *espíritu* decoró los cielos,
y creó la *fugitiva serpiente*.
- ¹⁴ Tal es lo menor de sus obras,
apenas se entiende en ello un leve susurro de su palabra
mas el estallido de su poder, ¿quién le entenderá?

XXVII

- Y** CONTINUANDO ¹ Job su *discurso*, dijo:
- ² Por Dios vivo que me rehusa justicia,
por el Omnipotente que llena mi alma de amargura:
- ³ Que mientras dure mi aliento en mí,
y el soplo de Dios aliente en mis narices;
- ⁴ Mis labios no pronunciarán maldad,
ni mi lengua proferirá mentira.
- ⁵ Lejos de mí que yo os dé la razón;
hasta expirar mantendré mi inocencia.
- ⁶ Empecé mi justificación, y no la abandonaré;
no me arguye mi corazón de uno solo de mis días.
- ⁷ Sea como el impío mi enemigo,
y mi adversario como el perverso.
- ⁸ ¿Cuál es la esperanza del malo cuando corte,
cuando le arranque Dios la vida?
- ⁹ ¿Escuchará Dios el clamor suyo
cuando viniere sobre él la tribulación?

¹² *Sus olas*; Renán: *al dragón*.

¹³ Renán: *con su soplo vuelve puro el cielo*; pero debe tratarse de la creación de las estrellas, y así se sostiene mejor el paralelismo.—La *fugitiva serpiente* debe ser la constelación del dragón.

¹ *Vulgata*: su *parábola*, esto es, su discurso parabólico o sentencioso. Estas fórmulas no prueban que sea discurso distinto; son fórmulas usuales de composición literaria.

⁷ Sea tratado.

- 10 ¿Se gozará en el Todopoderoso,
 y le invocará en todo tiempo?
 11 Os adoctrinaré sobre la *mano* de Dios;
 no os ocultaré los consejos del Omnipotente.
 12 Vosotros mismos lo habéis visto;
 ¿pues cómo estas vaciedades proferís?
 13 «He aquí la suerte del malo de parte de Dios,
 la herencia que del Omnipotente reciben los perversos:
 14 Si se multiplican sus hijos, *la espada con ellos,*
 sus descendientes no se hartarán de pan.
 15 Los que quedaren serán devorados por la peste,
 y sus viudas no llorarán.
 16 Si amontonare la plata como tierra,
 y acumulare vestidos a montones,
 17 Lo hará, mas con ellos se vestirá el justo,
 y la plata se apropiará el inocente.
 18 Su casa construirá cual la polilla,
 cual la cabaña que construye un guarda.
 19 Rico se acostará, mas no lo volverá a hacer;
 en un instante ya no existirá.
 20 Terrores vendrán sobre él como un diluvio,
 un torbellino le arrebatará de noche.
 21 El huracán le levantará en alto y perecerá,
 y le arrancará con fuerza de su morada.
 22 Descargará contra él Dios sin piedad;
 se esforzará vanamente por huir de su mano.
 23 Batirán palmas entonces contra él,
 y desde su lugar le silbarán.»

11 La conducta de Dios respecto a los malos.

13 Desde este verso hasta el fin del capítulo repite Job en otra forma las pomposas amplificaciones de los amigos sobre la suerte de los impíos, a las que en el verso anterior llama «vaciedades», porque *no siempre se verifican*.—E.

14 Morirán al filo de la espada.

XXVIII

- L**A ¹ plata tiene sus veneros,
 y el oro lugar donde se funde.
² El hierro se extrae de la tierra,
 y la piedra fundida produce el bronce.
³ El hombre pone fin a las tinieblas,
 él escudriña lo más profundo,
 las piedras que están en las tinieblas y sombra de muerte.
⁴ Pozos abre lejos de lo habitado,
 en lo ignorado por pie;
 se suspende del hombre, y oscila.
⁵ La tierra de la que salía el pan,
 está debajo como convertida en fuego.
⁶ Sus piedras son morada del zafiro,
 y tiene polvos de oro.
⁷ No conoció el águila esta senda,
 ni el ojo del esmerejón la vió.
⁸ No la pisaron *los hijos de la soberbia*,
 ni el mismo león la atravesó.
⁹ Echó el hombre su mano al pedernal,
 y descuajó las montañas de raíz.
¹⁰ En sus rocas abrió canales,
 y vió su ojo todo lo precioso.
¹¹ Detiene la filtración de las aguas,
 y lo que está escondido saca a luz.
¹² Mas la sabiduría, ¿dónde encontrarla?,
 ¿cuál es el lugar de la prudencia?
¹³ No conoce el hombre su valor,
 ni se halla en la tierra de los vivos.

³ Comienza a describir los trabajos de las minas como entonces se practicaban, abriendo pozos para extraer el mineral de lo profundo, adonde bajaban los hombres suspendidos de una cuerda.

⁸ Las bestias fieras.

- 14 El océano dijo: «No está en mí»,
 y dijo el mar: «Ella no está conmigo.»
 15 No se dará oro fino a cambio de ella,
 ni plata se pesará por precio suyo.
 16 No se pondrá en balanza con oro de Ofir,
 con ónque precioso ni zafiro.
 17 No se le pueden equiparar oro ni cristal,
 ni se la permuta por vasos de oro puro.
 18 Corales y cristales no se tendrán en cuenta,
 pues la posesión de la sabiduría es más que la de las
 19 No tiene comparación con ella la piedra de *Cusch*, [perlas.
 con oro puro no se cambiará.
 20 Mas la sabiduría, ¿de dónde viene?,
 ¿y cuál es el lugar de la prudencia?
 21 Ocultóse a los ojos de todo viviente,
 y a las aves del cielo fué velada.
 22 La perdición y la muerte dijeron:
 «A nuestros oídos ha llegado su fama.»
 23 Dios es el que conoce sus caminos,
 y El sabe su morada.
 24 Pues alcanza a mirar los términos de la tierra,
 y por debajo de todos los cielos ve:
 25 Al dar peso al viento,
 y disponer las aguas con medida;
 26 Al trazar ley a la lluvia,
 y camino para el relámpago de los *truenos*.
 27 Entonces la vió y manifestó,
 fundóla y la profundizó;
 28 Y dijo al hombre: «El temor de Dios, esa es la sabiduría;
 apartarse del mal, esa es la inteligencia.»

19 Probablemente el topacio.

26 De los nublados.

CAPS. XXIX-XXXI.—*Ultimo discurso de Job.*

XXIX

- Y** PROSIGUIENDO ¹ Job en su discurso, dijo:
² ¡Quién me diera volver a los tiempos pasados,
 a los días en que Dios me protegía!
³ Cuando *brillaba su luz* sobre mi cabeza,
 y a su resplandor marchaba por tinieblas.
⁴ Cual fuí en los días de mi *mocedad*,
 y el favor de Dios moraba en medio de mi tienda;
⁵ Cuando el Omnipotente era conmigo,
 y mi familia alrededor de mí.
⁶ Cuando mis pies lavaba con manteca (1),
 y la piedra fluía en mi casa piélagos de aceite;
⁷ Cuando salía a las puertas de la ciudad,
 y en el foro erigían mi silla.
⁸ Los jóvenes al verme se ocultaban,
 los viejos se levantaban, y quedaban de pie.
⁹ Los nobles contenían la palabra,
 y ponían la mano en la boca.
¹⁰ La voz de los caudillos se callaba,
 y su lengua se pegaba al paladar.
¹¹ El oído que me escuchaba me apellidaba feliz,
 y el ojo que me veía era en favor mío.
¹² Porque libraba al pobre que clamaba,
 y al huérfano que carecía de valedor.

Cap. XXIX-XXXI. En este discurso dice Job, en forma de monólogo, que en otro tiempo se veía honrado y dichoso (cap. XXIX); ahora, en cambio, ultrajado e infeliz (cap. XXX), a pesar de no reconocer en sí delito alguno (cap. XXXI).—E.

³ Cuando Dios me protegía. Es metáfora de mil modos variada y repetida en la *Biblia*, y lo mismo significa el famoso pasaje del Salmo IV: *signatum est super nos lumen vultus tui, Domine*, sólo que la *Vulgata* pone pretérito por imperativo.

⁴ Lit.: de mi otoño.

(1) Véase la página 117.—E.

- 13 La bendición del que estaba para caer venía a mí,
 y el corazón de la viuda colmé de gozo.
 14 Vestíame de justicia, y me envolvía como en vestido,
 mi equidad como túnica y turbante.
 15 Ojos era yo para el ciego,
 y para el cojo pies.
 16 Era padre de los pobres,
 y estudiaba el pleito aun del desconocido.
 17 Quebrantaba los dientes del perverso,
 y de sus dientes arranqué la presa.
 18 Decía yo: «En mi nido moriré,
 prolongaré mis días cual la arena.
 19 Mi raíz, extendida hasta las aguas,
 y en mis ramas pernoctará el rocío.
 20 Mi gloria se renovará conmigo,
 y se fortalecerá mi arco en mis manos.»
 21 Escuchábanme y me esperaban,
 y callaban hasta oír mi opinión.
 22 A mis palabras nadie replicaba;
 suave bajaba a ellos mi discurso.
 23 Esperábanme como a la lluvia,
 y abrían su boca como a lluvia primaveral.
 24 Si los sonreía, no lo acertaban a creer,
 y acogían ansiosos el *resplandor de mi faz*.
 25 Si acudía a sus juntas, me sentaban por cabeza,
 moraba como un rey entre sus huestes,
 y como quien consuela a los llorosos.

22 y 23 Mis discursos eran acogidos con tanto gusto como lluvia, eran dulces y suaves para todos.

24 Cualquiera muestra de benevolencia que les diese.

XXX

- A** HORA ¹ se burlan de mí los más mozos en días que yo,
 cuyos padres desdeñara
 poner con los perros de mi ganado.
- ² ¿De qué me sirve la fuerza de sus brazos?
 para ellos *se perdió* la edad perfecta.
- ³ Flacos por la pobreza y el hambre *roen* el desierto,
 región antigua de aridez y desolación.
- ⁴ Recogen orzagas sobre los arbustos,
 y raíz de retama para su alimento.
- ⁵ Arrojadados de en medio de los hombres,
 se les persigue a gritos cual ladrón.
- ⁶ Moran en lo escarpado de los torrentes,
 en las grutas de tierra y entre rocas.
- ⁷ Entre las matas lanzan *gritos salvajes*,
 bajo las ortigas se recogen.
- ⁸ Hijos de imbéciles, pueblo sin nombre,
 ellos son expulsados de la tierra.
- ⁹ Más ahora les sirvo de canción,
 soy para ellos objeto de refrán.
- ¹⁰ Ellos me abominan y huyen de mí,
 ni aun se abstienen de escupirme al rostro.
- ¹¹ Pues rompen el freno y me insultan,
 el freno arrojan ante mi presencia.
- ¹² A mi derecha se levantan unas *fieras*, mis pies empujan,
 y allanan ante mí los caminos de perderme.

¹ Describe a los horeos o trogloditas, raza abyecta de que aún quedaban restos en el país.

² Son incapaces de llegar a pleno desarrollo.

³ Otros: *huyen al desierto*.

⁷ Lit.: *rebuznan*.

¹² Mis acusadores fieros; Renán: *miserables... y preparan los medios de perderme*.

- ¹³ Ellos destruyeron mi senda, ayudaron a mi ruina,
 ¡no haya quien los ayude!
¹⁴ Arremetieron como por ancho portillo,
 precipitáronme por entre los escombros.
¹⁵ Acometiéronme terrores,
 mi prosperidad persiguieron cual huracán:
 como una nube pasó mi ventura.
¹⁶ Y ahora se derrite el alma mía,
 agarráronme días de aflicción.
¹⁷ La noche mis huesos taladra, los arranca,
 y no descansan los *males* que me consumen.
¹⁸ Con la gran *fuerza* se transforma mi piel,
 ciñeme cual el ala de mi vestido.
¹⁹ Al fango me arrojó,
 y me asemejo al polvo y la ceniza.
²⁰ Clamo a Ti, y no me respondes;
 me presento, y no me atiendes.
²¹ Te has tornado en enemigo mío,
 con toda la fuerza de tus manos me persigues.
²² Elevásteme, me hiciste cabalgar sobre el viento,
 y disipaste mi salud;
²³ Que conozco me conduces a la muerte,
 a la casa de reunión de todo viviente.
²⁴ No sirven súplicas, si El extiende la mano;
 ni en la perdición que El envía, les sirve el clamor.

¹³ Otros: no hay contra ellos ayuda.

¹⁷ Otros: *los dolores*; otros: *los gusanos*.

¹⁹ Dios.

²² *Disipaste mi salud*, según el *qerí*. Según el *ketib* sería: *me disipaste y aterraste*. Le Hir: *me dejas caer y me aplastas*. Renán, acertadamente, cuanto al sentido: *Tú me habías hecho subir sobre las alas del viento, y Tú me haces caer al soplo de la tempestad*.

²⁴ Damos la versión de Gesenius. Renán: *¡vanas súplicas! El extiende su mano, ¿para qué protestas contra sus golpes?* El otro sistema de traducción que siguen la *Vulgata*, nuestro Ms., Le Hir y otros: *de cierto no en montón tenderá su mano; no por su quebranto a ellos exclamación*, como traduce el Ms. Es decir, que en el cementerio, entre las ruinas o restos de los vivos, no castigará ya Dios, ni ellos se quejarán de la calamidad que viene de Dios.

- 25 ¿No lloraba yo cada día por el afligido,
mi alma se dolía por el infortunado?
- 26 Cuando el bien esperaba, vino el mal;
luz aguardaba, y vino oscuridad.
- 27 Mis entrañas *se agitaron sin descanso*,
me sorprendieron días de aflicción.
- 28 Ando ennegrecido, y no por el sol;
me levanto en la reunión, y la lleno de clamores.
- 29 Hermano vine a ser de los chacales,
y compañero de los avestruces.
- 30 Mi piel está denegrida y *se cae* de mí,
mis huesos se secaron por el ardor.
- 31 Trocóse en duelo mi cítara,
y mi gaita en voz de lamentación.

XXXI

- U**N¹ pacto había hecho con mis ojos,
¿y a qué había de pensar en virgen?
- 2 Pues ¿qué porción me guardaría Dios de lo alto?
¿qué herencia el Todopoderoso desde las alturas?
- 3 ¿No aguarda al malo la perdición,
y el infortunio a los que obran iniquidad?
- 4 ¿No está mirando El mis caminos,
y contando todos mis pasos?
- 5 Si anduve con engaños,
y hacia el fraude corrió mi pie:
- 6 Péseme en balanza de justicia,
y Dios reconocerá mi inocencia.
- 7 Si mis pasos se apartaron de tus sendas,
y tras los ojos se fué mi corazón,
y a mis manos se pegó mácula alguna:

27 Lit.: hirvieron, y no callaban.

29 Se compara a esos animales por los quejidos lastimeros que exhalan.

30 Construcción pregnante, en que suplimos *se cae*.

7 Irse el corazón tras los ojos es intentar satisfacer algún mal deseo.

- 8 Siembre yo, y otro coma mis frutos,
 y mis hortalizas sean arrancadas.
 9 Si mi corazón se dejó seducir por mujer,
 y a la puerta de mi vecino anduve acechando:
 10 Muela para otro mi mujer,
 y extraños la violenten.
 11 Pues esto es gran maldad,
 crimen castigado por los jueces.
 12 Fuego es que hasta la perdición total consume,
 y que toda mi hacienda extirparía.
 13 Si desprecié el derecho de mi siervo,
 o de mi sierva en sus diferencias conmigo:
 14 ¿Y qué haría al levantarse Dios?
 cuando me examine, ¿qué replicaré?
 15 ¿No le hizo a El quien me hizo a mí en el seno materno,
 y nos formó en el vientre a los dos?
 16 Si negué al huérfano su deseo,
 y defraudé la esperanza de la viuda;
 17 Si mi bocado comí yo solo,
 y no comió el huérfano de él;
 18 Antes desde mi infancia le crié como padre,
 desde el seno materno fuí su guía.
 19 Si vi sin vestido al infeliz,
 y sin cobertor al pobre;
 20 Y sus espaldas no me bendijeron,
 al calentarse con el vellón de mis ovejas;
 21 Si alié mi mano contra el huérfano,
 al ver quien en el *juicio* me ayudase:
 22 ¡Mi hombro se desprenda de mi espalda,
 y mi brazo se arranque de su caña!

¹⁰ El moler aparece como oficio de las infimas esclavas en el *Libro del Exodo*, cap. XI, 5.—El segundo hemistiquio está por el literal del autor, que coincidía con el de Scío.—E.

¹⁸ Este *su* se refiere a la viuda del v. 16.

²¹ Lit.: *en la puerta*, esto es, al ver que podría contar con que los jueces favoreciesen mi causa injusta.

²² Propiamente: *del omoplato...* y el antebrazo del brazo.

- 23 Pues temí sobre mí la perdición de Dios,
y ante su majestad soy impotente.
- 24 Si puse en el dinero mi confianza,
y al oro dije: «Mi esperanza tú»;
- 25 Si me gocé en mis abundantes bienes,
y en que mi mano mucho atesorara;
- 26 Si mirando al sol cuando brillaba,
y a la luna al marchar esplendorosa,
- 27 Mi corazón en secreto se engañó,
y mi mano *besó mi boca* :
- 28 También esto es crimen capital,
pues habría renegado del Dios de arriba.
- 29 Si me alegré del mal de mi enemigo,
y me gocé en que le alcanzase la desgracia;
- 30 (Pues no entregué mi lengua al pecado,
ni su vida al *scheol* con juramento);
- 31 Si no decían las gentes de mi tienda:
«¿Dónde hallar quien de su mesa no se haya alimen-
[tado?]
- 32 No se quedaba fuera el extranjero;
al caminante abrile mis puertas.
- 33 Si mis faltas encubrí como hace el hombre,
escondiendo en mi seno la maldad:
- 34 Pues temería ahora a la multitud,
me aterrara el desprecio de las gentes,
y enmudeciera sin salir de casa.
- 35 ¡Quién me diera que se me oyese!
¡Ahí está mi firma!—Respóndame el Omnipotente,
y escriba el adversario su libelo.

27 Propiam.: *tiró besos a mi boca*, es decir, si adoré al sol o a la luna.

30 No solté mi lengua en imprecaciones y juramentos execratorios.

31 Otros: *¡quién nos diera su carne!, nunca nos hartaríamos*; pero el contexto mismo reprobaba esta interpretación.

34 Renán: *si por temor de comparecer ante la grande asamblea... me encerré sin salir del quicio de mi puerta. Le Hir: temiendo a la multitud...*

35 Presto estoy a sostener con mi firma mi inocencia; haga Dios lo mismo, escriba el libelo de acusación, y se verá que nada grave me puede echar en cara, y así esa acusación servirá a mi gloria.

- ³⁶ ¿No le alzaría yo sobre mis hombros,
y me le ceñiría por diadema?
³⁷ Le haría conocer todos mis pasos,
me presentaría a él como un príncipe.
³⁸ Si mi tierra clama contra mí,
y lloran a una sus surcos;
³⁹ Si comí su sustancia sin pagarla,
y el alma de sus dueños afligí:
⁴⁰ En vez de trigo, que me nazcan cardos,
y en lugar de cebada, mala hierba.

Acabáronse las palabras de Job.





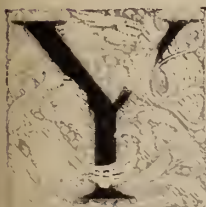
S E G U N D A P A R T E

INTERVENCION DE ELIHU

[CAPS. XXXII-XXXVII]

CAPS. XXXII-XXXIII.—*Primer discurso de Elihú.*

XXXII



dejaron ¹ los tres hombres aquellos de replicar a Job, porque él se obstinaba en tenerse por justo a sus propios ojos. ² Y se inflamó la cólera de Elihú, hijo de Barakel, el buzita, de la tribu de Ram, contra Job; inflamóse su ira, porque se justificaba en presencia de Dios. ³ Y también contra los tres amigos se encendió su cólera, porque no alcanzaron qué responder, y le condenaban a pesar de eso. ⁴ *Y esperaba Elihú a que hablase Job*, porque ellos eran más entrados en días que él. ⁵ Mas viendo Elihú que no había respuesta en la boca de aquellos tres hombres, se encendió su cólera.

Cap. XXXII-XXXIII. En este su primer discurso, Elihú, tras largo exordio en que justifica su intervención (XXXII, 6-XXXIII, 7), censura algunas frases de Job (XXXIII, 8-12) y enuncia que Dios, con las calamidades, enseña y purifica al hombre (XXXIII, 13-33).—E.

⁴ Renán: *pues Elihú no había podido hasta ahora replicar a Job*; hace mejor sentido, pero me parece difícil gramaticalmente esta traducción. Lit.: *esperó a Job en palabras, o con palabras.*

⁵ Si no temiera una expresión harto vulgar, traduciría aquí y en los vv. 2 y 3: *se le hincharon las narices.*

⁶ Habló, pues, Elihú, hijo de Barakel, el buzita, y dijo:

Joven en días yo, y vosotros ancianos:
por eso recelaba, y temía mostraros lo que sé.

⁷ Decíame: «Los días hablarán,
los muchos años enseñarán sabiduría.»

⁸ Pero hay un espíritu en el hombre,
la inspiración del Todopoderoso le da la inteligencia.

⁹ No son los ancianos los sabios,
ni los canos los que entienden la justicia.

¹⁰ Por eso digo: «Escuchadme,
yo también mostraré mi saber.»

¹¹ Esperé, pues, vuestras razones,
atendí a vuestros sabios discursos,
en tanto que buscabais argumentos.

¹² Atento os estuve:
mas no hay entre vosotros quien convenza a Job,
ni a sus discursos responda.

¹³ No digáis: «Dimos con la misma sabiduría;
Dios le puede vencer, que no el hombre.»

¹⁴ Aunque no enderezó contra mí sus discursos,
le replicaré, no con vuestras razones.

¹⁵ ¡Quedaron derribados, no vuelven a responder,
les han quitado la palabra!

¹⁶ Esperé a que dejaran de hablar,
que enmudecieran y más no replicaran.

¹⁷ Yo también replicaré a mi vez,
mostraré mi saber también yo.

¹⁸ Pues estoy lleno de razones,
y me insta el espíritu que hay en mí.

¹⁹ Mi interior está, como el vino encerrado,
cual odres nuevos prestos a estallar.

²⁰ Hablaré y respiraré,
abriré mis labios y responderé.

²¹ No haré yo ahora acepción de personas,
a nadie voy a adular.

²² Pues no entiendo de lisonjas;
si no, lléveme de repente mi Hacedor.

XXXIII

MAS tú, ¹ Job, oye mis palabras,
y a mis razones atiende.

² He aquí, pues, que abrí mi boca,
y mi lengua hablará en mi paladar.

³ Mis palabras, rectitud de corazón;
lo que sé, hablarán mis labios con franqueza.

⁴ El espíritu de Dios me formó,
la inspiración del Todopoderoso me dió vida.

⁵ Si pudieres, respóndeme;
dispón tu defensa, y mantenla ante mí.

⁶ Yo soy como tú delante de Dios,
formado soy de barro yo también.

⁷ Así que mi terror no te espantará,
ni te abrumará mi majestad.

⁸ He aquí lo que has dicho ante mí;
escuché bien el sonido de tus palabras:

⁹ «Puro, yo, sin delito,
limpio estoy y no hay maldad en mí;

¹⁰ Con todo, anda buscando achaques contra mí,
y me toma por enemigo suyo.

¹¹ Puso en cepo mis pies,
y acecha todos mis caminos.»

¹² He ahí en lo que no eres justo, te replicaré,
porque mayor es Dios que el hombre.

¹³ ¿Por qué litigar contra El?,
pues no da cuenta de ninguna de sus obras.

¹⁴ Que una vez habla Dios,
y a la segunda no se le ve más.

¹⁴ Otros, como Renán: *y aun dos; ¡mas no se le escucha!* Otros: *y no lo hará dos veces.* Ghiringhella: *una vez habla Dios, y aun dos a quien no le atiende a la primera.*

- 15 En sueño, visión nocturna,
al caer el sopor sobre el hombre,
cuando están en su lecho reposando;
- 16 Entonces abre el oído de los hombres,
y con sus advertencias le sella:
- 17 Para apartar al hombre de sus obras,
y purificarle de su orgullo;
- 18 Para librar su alma de la corrupción,
y su vida de perecer a cuchillo.
- 19 También es castigado con dolor sobre su lecho,
y sus huesos luchan sin descanso.
- 20 Su vida aborrece el pan,
y su alma el manjar exquisito.
- 21 Su carne desaparece de la vista,
y sus huesos descarnados desaparecen.
- 22 Y se acerca su alma a la corrupción,
y su vida a los *ángeles* de la muerte.
- 23 Si hallase por intercesor,
un ángel entre mil,
que enseñe al hombre su deber;
- 24 Le compádece, y dice: «Librale del sepulcro,
hallé satisfacción de sus pecados.»
- 25 Reverdecerá su carne más que cuando era niño,
volverá a los días de su mocedad.
- 26 Invocará a Dios y será bien recibido,
se presentará ante su faz con cantos de júbilo,
y Dios volverá al hombre su ventura.
- 27 Canta entonces ante los hombres, diciendo:
«Pequé y quebranté lo justo,
y no me castigó según mis obras.
- 28 Libró mi alma de pasar a la corrupción,
y mi vida en luz se verá.»
- 29 He ahí todo lo que hace Dios,
dos veces y tres con el hombre;

22 A los ángeles exterminadores, encargados de dar la muerte.

24 Unos creen que es Dios el que habla al ángel, y otros al revés.

- ³⁰ Para sacar su alma de la corrupción,
para que sea iluminada con la luz de los vivientes.
- ³¹ Aplica, Job, tu oído, y escúchame;
calla, y hablaré yo.
- ³² O si tienes razones, repícame;
pues desco que te justifiques.
- ³³ Si no, haz por escucharme;
calla, y te enseñaré sabiduría.

CAP. XXXIV.—*Segundo discurso de Elihú.*

XXXIV

Y CONTINUO ¹ hablando Elihú en estos términos:

² Oíd, sabios, mis razones;
hombres doctos, prestadme atento oído.

³ Pues el oído prueba los discursos,
y el paladar discierne los manjares.

⁴ Discutamos la causa entre nosotros;
veamos entre nosotros lo que es justo.

⁵ Pues Job ha dicho: «Yo soy inocente,
y Dios ha *desatendido* mi derecho.

⁶ A pesar de mi inocencia, paso por mentiroso;
dolorosa es mi plaga sin pecado.»

⁷ ¡Qué hombre como Job,
que bebe el *sarcasmo* como agua!

⁸ Y se va en compañía de los que obran maldad,
y al camino de los hombres perversos.

Cap. XXXIV. Elihú, primeramente, vitupera a Job, porque, a su parecer, tildó a Dios de injusto (XXXIV, 1-9) y vindica luego la justicia divina (XXXIV, 10-37).—E.

⁵ Ha pervertido, sofisticado mi causa. Renán: *me niega justicia*.

⁶ Lit.: *sobre mi derecho mentiré*; que hubiéramos traducido en interrogante, si de ello hubiese indicio, y aun tal vez lo sea el mismo contexto. La versión dada tiene el inconveniente de que el verbo no está en *niphál*, en que significa «ser tenido por mentiroso.» Es la de Le Hir y Renán.

- ⁹ Pues dijo: «Nada adelanta el hombre,
con vivir con Dios *en buena inteligencia.*»
- ¹⁰ Oídme, pues, varones de seso:
¡lejos de Dios la maldad,
y del Todopoderoso la injusticia!
- ¹¹ El retribuirá la obra del hombre,
y según su conducta le tratará.
- ¹² No, en verdad, Dios no es injusto,
ni el Omnipotente tuerce la equidad.
- ¹³ ¿Quién le encomendó la tierra,
y quién *dejó acabado* el mundo todo?
- ¹⁴ Si sólo a sí atendiese,
su espíritu y aliento a Sí retirase;
- ¹⁵ Toda carne a la vez perecería,
y el hombre volviera al polvo.
- ¹⁶ Si tienes, pues, cordura, oye esto,
atiende al sonido de mis palabras.
- ¹⁷ El que aborrece la equidad ¿podrá juzgar?
¿y condenarás al justo por esencia?
- ¹⁸ Que dice al rey: «Tirano»,
y a los príncipes: «Sois unos perversos.»
- ¹⁹ Que no hace acepción de personas de príncipes.
ni favorece al rico más que al pobre;
porque todos son obra de sus manos.
- ²⁰ En un momento morirán, en medio de la noche;
se tumultuarán los pueblos, y *andarán errantes*;
y arrancarán al poderoso, y no con mano.
- ²¹ Pues sus ojos están fijos sobre los caminos del hombre,
y todos sus pasos ve.

⁹ Con aficionarse a Dios, con acomodarse con El, puesto que envía desgracias sobre justos e injustos.

¹³ Renán: *¿quién a sus cuidados confió el universo?* Es mejor paralelismo, pero no lo consiente la gramática.

¹⁷ El sentido de estos vv. es: que Dios es la fuente de lo bueno y justo, y, por tanto, imposible que cometa injusticia.

²⁰ Otros: *vacilarán... y desaparecerán.* Los que desaparecerán o andarán errantes son *los tiranos*, sujeto también del verbo *morirán*.

- 22 No hay tinieblas ni sombra de muerte,
donde se escondan los que obran maldad.
- 23 Pues no necesita mirar dos veces al hombre,
para que vaya a juicio con Dios.
- 24 Quebrantará a los fuertes sin largo examen,
y pondrá en su lugar a otros.
- 25 Por cuanto conoce sus obras,
los subvierte de noche, y quedan destrozados.
- 26 Por *perversos* los castigará,
en lugar donde sean vistos;
- 27 Por cuanto se apartaron de El,
y no atendieron a todos sus caminos:
- 28 Haciendo que llegue a El el clamor del pobre,
y que oiga el gemido de los necesitados.
- 29 Si El concede reposo, ¿quién podrá turbar?;
y si esconde su rostro, ¿quién le podrá ver?;
sea con una nación, o con un hombre solo.
- 30 Para que no reine el hombre impío,
ni cause vejaciones al pueblo.
- 31 Porque ¿ha dicho *él* a Dios:
«Pagué mi culpa, no pecaré más.
- 32 Lo que ignoro, enséñame lo Tú;
si cometí maldad, no lo volveré a hacer?»
- 33 ¿Castigará según tu consejo? ¿te dirá: «Sé su juez en mi
habla lo que sepas. [lugar?]
- 34 Que los hombres de seso me hablen,
y el varón prudente me atienda.
- 35 Job no habló con cordura,
y sus discursos fueron imprudentes.

23 Renán: *para pronunciar sobre El su sentencia.*

26 Le Hir: *en la plaza*; Ms.: *en lugar de malos*; esto es, serán ajusticiados públicamente: el paralelismo es mejor.

31 El impío.

33 Verso enrevesado en que seguimos la interpretación de Renán, traduciendo con alguna libertad. Ms.: *si da contigo, ¿le pagará?; que aborreciste, porque tú escogiste y no yo, y lo que sabes, di.* Le Hir: *¿te consultará para castigarte?* (nosotros entendemos *castigarle*, esto es, al impío de que viene hablando); *te dirá: a ti corresponde rechazar o elegir?*

- ³⁶ Sea, pues, Job probado hasta el fin,
por sus respuestas propias de un perverso.
- ³⁷ Pues al pecado añadió la *impiedad*, se mofa de nosotros,
y multiplica sus quejas contra Dios.

CAP. XXXV.—*Tercer discurso de Eliú.*

XXXV

Y PROSIGUIO ¹ Eliú hablando en estos términos:

² ¿Juzgas equitativo lo que has dicho:

«Soy yo justo en la presencia de Dios?»

³ Puesto que dices: «¿Qué me sirve (la inocencia),
qué provecho saco más que de haber pecado?»

⁴ Yo voy a devolverte razones,
y a tus amigos contigo.

⁵ Mira al cielo, y ve;
contempla las nubes: ¡cuánto más altas que tú!

⁶ Si pecares, ¿qué mal le harás?
si multiplicares tus delitos, ¿en qué le perjudicas?

⁷ Si fueres justo, ¿qué le darás?
¿qué fruto sacará de tu mano?

⁸ Tu rebelión sólo *daña* al hombre como tú;
tu probidad sólo *aprovecha* al hijo del hombre.

⁹ Se clamará por causa de las muchas violencias,
se pedirá auxilio por la tiranía de los poderosos.

¹⁰ Mas nadie dice: «¿Dónde está Dios, mi Criador,
que da cantares de júbilo en el infortunio;

³⁷ Otros: la rebelión, la obstinación en tenerse por justo.

Cap. XXXV. Eliú amonesta a Job, inculcándole que la piedad es útil, no a Dios, sino al hombre (XXXV, 1-8) y que Dios escucha la oración, pero confiada y sumisa (XXXV, 9-16).—E.

² Comúnmente: *soy más justo que Dios.*

⁸ *Daña* y *aprovecha* son palabras suplidas que pide el contexto.

⁹ Damos la forma impersonal en vez de la tercera persona del plural.

- ¹¹ Que nos adoctrina más que a las bestias de la tierra,
y más que a las aves del cielo nos enseña?»
- ¹² Esos son los que claman sin ser escuchados,
ante la tiranía de los malos.
- ¹³ Cierto que Dios no oirá la vanidad,
ni la atenderá el Omnipotente.
- ¹⁴ Y aun cuando dices: «No lo consideras»,
la causa está ya ante El, *espérale*.
- ¹⁵ Mas porque ahora su ira no acomete,
y parece no advertir las grandes iniquidades;
- ¹⁶ Por eso Job abre la boca presuntuosamente,
y multiplica sus discursos insensatos.

CAPS. XXXVI-XXXVII.—Cuarto discurso de Elihú.

XXXVI

- Y** CONTINUO ¹ Elihú diciendo:
- ² Espérame un poco, y te instruiré,
pues aún hay razones en favor de Dios.
- ³ Tomaré de lejos lo que sé,
y vindicaré la justicia de mi Criador.
- ⁴ Que, en verdad, no son mentira mis razones,
irreprochables, mis conceptos contigo.
- ⁵ Sí, Dios es grande y no daña a nadie,
grande en la fuerza de sabiduría.
- ⁶ No salvará al perverso,
y otorga su derecho a los afligidos.

¹² Por eso claman.

¹⁴ Espera su juicio.

Cap. XXXVI-XXXVII. Celebra Elihú la potencia, misericordia y justicia de Dios, y exhorta a Job a que reconozca su propia ignorancia.—E.

⁴ Renán, libremente y exagerando la vanidad de Elihú: *es un hombre de ciencia cumplida el que habla contigo*.

- ⁷ No aparta sus ojos del justo,
y con los reyes al solio los elevará,
los afirma y exalta para siempre.
- ⁸ Y si estuvieren cautivos con grillos,
presos con cuerdas de dura servidumbre;
- ⁹ Mostraráles sus obras,
y cuántas fueron sus rebeliones.
- ¹⁰ Les hará prestar oído a la corrección,
y dirá que se alejen del mal.
- ¹¹ Si ellos le escucharen y sirvieren,
terminarán sus días con ventura,
y sus años con dulces gozos.
- ¹² Mas si no oyeren, a espada morirán,
y expirarán sin sabiduría.
- ¹³ Mas los impíos atesoran ira,
no piden auxilio en sus cadenas.
- ¹⁴ Su alma muere en la flor de la edad,
y su vida entre los bardajes.
- ¹⁵ Mas al afligido sacaré de la aflicción,
y por el sufrimiento le hará dócil.
- ¹⁶ Y aun te sacaré de la boca de la angustia
a espacio holgado en que no hay estrechez;
y las viandas de tu mesa, llenas de grosura.
- ¹⁷ Mas si colmas la medida del perverso,
la culpa y la pena se corresponderán.
- ¹⁸ Que la saña no te arrebate en el castigo,
y el gran rescate no te extravíe.

⁷ Le Hir: *y los reyes sobre el trono, El es quien los afirma en él para siempre, y los eleva.* Nosotros nos hemos encontrado aquí con Renán, que también suple la palabra *los elevará*.

⁹ Les mostrará cuán merecido lo tienen.

¹³ Acarician, acumulan ira, se irritan más y más; otros entienden que acumulan la ira de Dios sobre ellos.

¹⁶ De la angustia y estrechez en que estás, te sacaré al bienestar y a la abundancia.

¹⁸ Otros: *teme que... no te rechace con violencia, ni la puedas apartar de ti con gran rescate.* Renán: *no esperes doblar la cólera de Dios por una multa, ni te extravíe la confianza de escapar por medio de una fuerte cantidad.* Algo se parece esto a nuestra versión en el segundo hemistiquio: «No te desespere, ni confíes escapar sólo por las pérdidas sufridas.»

- ¹⁹ ¿Hará gran caso de tus riquezas?; no las necesita,
ni todos los recursos del poder.
- ²⁰ No anheles por la noche,
en que desaparecen los pueblos de su lugar.
- ²¹ Guárdate de volver a la *maldad*,
pues preferiste ésta a la miseria.
- ²² ¡He ahí cuán grande es Dios en su fortaleza!
¿quién es tan gran maestro como El?
- ²³ ¿Quién le trazó su conducta?
¿quién le dijo jamás: «Obraste mal?»
- ²⁴ Piensa más bien en ensalzar sus obras,
que celebran los hombres.
- ²⁵ Todos se deleitan en mirarlas,
el hombre las contempla de lejos.
- ²⁶ Grande es Dios, y no le conocemos,
el número de sus años no es de investigar.
- ²⁷ El atrae las gotas de agua:
se derrama en lluvia y *forman sus vapores*.
- ²⁸ La cual fluyen las nubes,
la derraman abundante sobre los hombres.
- ²⁹ ¿Quién comprenderá el rasgido del nublado,
los fragores de *su pabellón*?
- ³⁰ Ya extiende sobre él su resplandor,
ya le esconde hasta lo profundo del mar.
- ³¹ Pues con ellos castiga a los pueblos,
y les da abundantes cosechas.
- ³² El rayo brilla en sus manos,
y le lanza sobre el enemigo.
- ³³ Su trueno le anuncia,
los ganados se aterran a su proximidad.

²⁰ No invoques un cataclismo, como un desesperado.

²¹ Desesperación, deseos de morir.

²⁷ Suplimos *y forman* por claridad. No comprendemos cómo pudo decir Le Hir, *bajo su peso*.

²⁹ El mismo nublado, al que considera como el pabellón o tienda de Dios.

³³ Verso difícil, del que Schultens contaba 28 explicaciones. Nosotros hacemos verbo el nombre *aph*, *ira*, *espanto*, *terror* por claridad, y formamos exac-

XXXVII

- T**AMBIEN ¹ sobre esto se espanta mi corazón,
y salta de su lugar.
- ² Oid, oid el estallido de su voz,
y el estampido que de su boca sale.
- ³ Extiéndele por todo el ámbito del cielo,
y su fulgor hasta los confines de la tierra.
- ⁴ Después de él resuena el trueno,
muge con su voz majestuosa;
y no *los* retarda cuando se oye su voz.
- ⁵ Dios truena con su voz maravillosamente,
El hace grandes cosas que no comprendemos.
- ⁶ El dice a la nieve: «Baja a la tierra»,
y a las lluvias abundantes,
y a la lluvia copiosa que su poder derrama.
- ⁷ *Pone sello* en la mano de todo hombre,
para que todos reconozcan a su autor.
- ⁸ Y la fiera se viene a su escondrijo,
y en su guarida se queda.
- ⁹ De las partes australes viene el huracán,
y de las septentrionales el frío.
- ¹⁰ Por el soplo de Dios aparece el hielo,
y las extensas aguas se contraen.
- ¹¹ El carga con vapor las nubes,
su nublado, su resplandor extiende.

to paralelismo. León: *anunciará della a su amigo, que posesión suya es, y que a él se levanta*. Ms.: *denuncia por él su asolación, saña sobre posesión de altigo*. Le Hir: *su trueno le anuncia a toda criatura, cuando marcha al combate*.

⁴ Los rayos, que Elihú pensaría, como el vulgo, que caen después del trueno.—Así Caminero. Otros (Crampon, Dillmann, etc.) lo exponen conforme a esta significación: «cuando se oye su voz, la voz del trueno, el rayo ha partido ya».—E.

⁷ Impide con las lluvias copiosas que salgan los hombres a trabajar.

- ¹² Errante gira según su dirección,
para hacer cuanto les manda
sobre la haz del mundo entero.
- ¹³ Sea que quiera castigar a su tierra,
o por misericordia las envíe.
- ¹⁴ Atiende a esto, Job,
detente y considera las maravillas de Dios.
- ¹⁵ ¿Sabes tú los designios de Dios acerca de ellas,
por qué hace brillar el relámpago de su nube?
- ¹⁶ ¿Conoces el equilibrio de las nubes,
y los prodigios del perfecto en sabiduría?
- ¹⁷ ¿Por qué tus vestidos están cálidos,
cuando se abochorna la tierra por el solano?
- ¹⁸ ¿Extenderás tú como El el firmamento,
sólido como espejo de metal?
- ¹⁹ Muéstranos que le digamos,
pues no osaremos hablar en medio de las *tinieblas*.
- ²⁰ ¿Se le dirá que estoy hablando?;
¿deseó perderse hombre alguno?
- ²¹ Apenas no se puede ver la luz que resplandece en el éter,
cuando un viento pasa y le deja limpio.
- ²² Con el norte viene la *dorada claridad*;
cuanto a Dios, su majestad es terrible.
- ²³ Es todopoderoso y no le comprendemos: grande es su poder,
su equidad, su justicia a nadie oprime.
- ²⁴ Por eso le temen los hombres,
y El no contempla a los sabios todos.

¹⁹ De nuestra ignorancia.

²⁰ Parece que alude a los deseos que Job manifestara de que Dios se presentase a discutir con él; cosa que Elihú declara peligrosa por la misma majestad de Dios. Vale como si dijera: que no se anuncie a Dios que hablo de El, no sea que me haga morir.

²¹ Renán da al verbo *bahar* la significación de *estar escondido*, significando *brillar*; así lo cambia todo y no entiende la idea.

²² *Vulgata* y otros: *el oro*, según la letra.

²⁴ *No contempla a los sabios todos*. El sentido es: Dios no se complace en ciertos sabios: a los sabios presuntuosos no los atiende.—E.



T E R C E R A P A R T E

INTERVENCION DE DIOS

[CAPS. XXXVIII-XXXIX]

CAPS. XXXVIII-XXXIX.—*Primer discurso del Señor.*

XXXVIII



ENTONCES ¹ Jehováh respondió a Job de en medio de la nube tempestuosa, diciendo:

² ¿Quién es éste que *empaña mi consejo*, con discursos sin prudencia?

³ *Ciñe tu cintura como varón*, yo te preguntaré, y enséñame.

⁴ ¿Dónde estabas al fundar yo la tierra?
Indícalo, si tienes inteligencia.

⁵ ¿Quién determinó sus dimensiones?, ¡tú lo sabes!
¿quién extendió sobre ella cordel?

⁶ ¿Sobre qué descansan sus cimientos,
o quién asentó su piedra angular;

Cap. XXXVIII, 1 - XLII, 6: *Discursos divinos*. En el primer discurso, muestra por las obras de la creación el Señor su omnipotencia, a la que opone la humana ignorancia. Job reconoce que ha hablado inconsideradamente (caps. XXXVIII-XXXIX). En el segundo, manifiesta Dios a la par su potencia y la debilidad del hombre, por la descripción de dos animales: *behemot* (hipopótamo) y *leviatán* (cocodrilo). Job pide perdón de su audacia (XL, 1-XLII, 6).—E.

² Que pretende deslustrar mi sabiduría.

³ Prepárate.—Renán y otros muchos: *respóndeme*, mas el verbo es *hiphil*, de *saber*, hazme saber, *enséñame*.

- 7 Entre las aclamaciones de los astros matutinos,
y el regocijo de todos los hijos de Dios?
- 8 ¿Quién cerró con diques el mar,
cuando impetuoso salía de madre?
- 9 Al ponerle yo las nubes por vestido,
y al nublado por *pañales* suyos;
- 10 Cuando le imponía yo mi ley,
y le ponía puertas y cerrojos;
- 11 Y díjale: «Hasta aquí vendrás, no pasarás,
y ahí se romperá la soberbia de tus olas.»
- 12 ¿Has mandado tú en tu vida a la mañana,
y enseñado a la aurora su lugar;
- 13 Para que ocupe los términos de la tierra,
y sean *lanzados* de ella los perversos?
- 14 Modélase como cera bajo el sello,
y se presenta como con vestido.
- 15 Entonces los malos son privados de su luz,
y el brazo criminal se quiebra.
- 16 ¿Bajaste tú hasta las fuentes del mar,
o visitaste las profundidades del abismo?
- 17 ¿Se abrieron ante ti las puertas de la muerte,
o las puertas del negro abismo viste?
- 18 ¿Has contemplado la amplitud de la tierra?;
muestra todo esto, si lo sabes.
- 19 ¿Dónde está el camino de las moradas de la luz?;
y las tinieblas, ¿cuál es su lugar?
- 20 ¡Tú, *sin duda*, las conduces a su término;
y distingues las sendas de su casa!
- 21 ¡Lo conoces, pues ya habías nacido,
y es muy grande el número de tus días!

9 Lit.: *fajas de niños*.

13 Para que dejen sus hazañas nocturnas.

14 Al salir la aurora aparece la tierra en su forma y vestidura.

15 Quedan incapacitados para hacer sus fechorías.

19 ¿Por dónde se va a la casa propia de la luz?

20 Añadimos *sin duda* para que resalte más la ironía.

- 22 ¿Entraste en los tesoros de la nieve?
¿viste los almacenes de granizo
- 23 Que reservé para el tiempo de la angustia,
para el día de guerra y de batalla?
- 24 ¿Dónde está el camino por el que se extiende la luz,
y el viento oriental se esparce sobre la tierra?
- 25 ¿Quién repartió conductos a las aguas,
y abrió camino al rayo de los truenos?
- 26 Para hacer llover sobre tierra desierta,
sobre desiertos en que no hay hombre alguno;
- 27 Para empapar las áridas llanuras,
y hacer brotar la verde yerba.
- 28 ¿Tiene padre la lluvia?
¿quién engendró las gotas de rocío?
- 29 ¿De qué seno ha salido el hielo?
y la escarcha del cielo, ¿quién la engendró?
- 30 Desparecen las aguas, hechas como piedras,
y se congela la superficie del mar.
- 31 ¿Atas tú acaso los lazos de las *pléyades*,
o desatas las ligaduras del *Orión*?
- 32 ¿Haces salir a su tiempo las constelaciones,
y guías tú la Osa con *sus hijos*?
- 33 ¿Conoces las leyes de los cielos,
y determinas su influjo sobre la tierra?
- 34 ¿Alzarás tu voz hasta las nubes,
y aguas abundantes te cubrirán?
- 35 ¿Enviarás los relámpagos, e irán,
y te dirán: «Aquí nos tienes?»
- 36 ¿Quién puso sabiduría en los nublados?
y a los meteoros, ¿quién dió inteligencia?
- 37 ¿Quién dispuso las nubes con cuenta?
y los odres del cielo, ¿quién los derrama,

³¹ ¿Mantienes tú juntas las estrellas pléyades, y separadas las del Orión? Renán cree ver una alusión mitológica, pero sin datos.

³² Las tres estrellas de la cola de la Osa.

³³ ¿Quién dispuso con tanta sabiduría todos los meteoros? La *Vulgata* y aun muchos modernos van por otro camino.

- 38 Cuando el polvo en una masa se aglutina,
y los terrones se pegan entre sí?
- 39 ¿Cazarás tú una presa para el león,
y saciarás el alma de los leoncillos,
- 40 Cuando están echados en sus cuevas,
y se agazapan en guaridas para acechar?
- 41 ¿Quién prepara al cuervo su alimento,
cuando sus pollos piden auxilio a Dios,
y andan vagando por no tener comida?

XXXIX

- ¿SABES¹ tú el tiempo en que paren las rebecas,
o el parto de las ciervas observaste?
- ² ¿Contaste los meses de su preñez,
o conoces el tiempo de su parto?
- ³ Se encorvan, hacen romper sus hijos,
arrojan sus dolores.
- ⁴ Se robustecen sus hijos, crecen en el campo,
salen y no vuelven a ellas.
- ⁵ ¿Quién dejó vagar libre al onagro,
y quién desató la ligadura del asno montés?
- ⁶ Al cual di por casa el desierto,
y por guarida estériles llanuras.
- ⁷ Rfese del estrépito de la ciudad,
y no oye las voces del arriero.
- ⁸ Lo que encuentra en los montes es su pasto
y anda buscando cualquiera cosa verde.
- ⁹ ¿Querrá el búfalo servirte a ti,
y la noche pasar a tu pesebre?
- ¹⁰ ¿Atarás en el surco a su correa al búfalo,
e igualará los campos en pos de ti?

³ Hacen que rompan el claustro materno, y se desprenden en seguida de sus dolores.

¹⁰ ¿Uncirás al búfalo para labrar tus campos?

- 11 ¿Te fiarás de él por su mucha fuerza,
o le encomendarás tus labores?
- 12 ¿Fiarás en que recoja tu simiente,
y tu grano en la era atropará?
- 13 El ala del avestruz se agita bulliciosa,
¿es acaso también pluma *piadosa o voladora*?
- 14 Pues sus huevos abandona a la tierra,
y sobre la arena los empolla.
- 15 No se cuida de que un pie los puede aplastar,
o los romperá alguna bestia del campo.
- 16 Se endurece con sus hijos cual si no fueran suyos:
que sea vano su trabajo, no por eso se alarma.
- 17 Pues Dios le hizo olvidarse del instinto,
y no le concedió inteligencia.
- 18 Mas cuando se lanza a lo alto,
se burla del caballo y su jinete.
- 19 ¿Le diste tú al caballo su valor?
¿vestiste su cuello de temblorosa crin?
- 20 ¿Le enseñas a saltar como langosta?
la fiereza de su resoplido, terror.
- 21 La tierra bate, lánzase audaz,
sale al encuentro de las armas.
- 22 Ríese del pavor, no tiene miedo,
no retrocede a la vista de la espada.
- 23 Cruje sobre él la aljaba,
el *hierro ardiente* de la lanza y del dardo.
- 24 Con estrépito y resoplido sorbe la tierra,
no se contiene al sonido del clarín.

¹³ Se entiende de la hembra, comparando por alusión su dureza proverbial entre los árabes con la ternura materna de la cigüeña, y su ala, que no le sirva para volar, con la de las aves de alto vuelo. Renán: *¿es ala piadosa, ni aun un ala?*

²³ Lit.: *la llama*.

²⁴ Le Hir: *se conmueve, hierve, devora la tierra*; Renán: *se agita, relincha, devora la tierra*, es decir, corre veloz. Los dos hacen verbos, de nombres.

- 25 Cuando suena la trompa, dice: «¡Ea!»;
de lejos huele el combate,
y el clamor de los jefes y el tumulto.
- 26 ¿Se lanza el buitre a lo alto por tu industria,
y tiende sus alas hacia el mediodía?
- 27 ¿Se remonta por orden tuya el águila,
y construye su nido en las alturas?
- 28 Sobre la roca habita y pasa la noche,
en una punta de la roca, en lo más inaccesible.
- 29 Desde allí acecha la presa,
sus ojos distinguen de lejos.
- 30 Sus polluelos se ceban en la sangre,
y donde hubiere cadáveres, allí está ella.

CAPS. XL-XLI.—*Segundo discurso del Señor.*

XL

- Y** CONTINUANDO ¹ Jehováh en responder a Job, dijo:
² ¿Disputará con el Todopoderoso el censor?
¿responderá el que reprende a Dios?
- ³ Y Job respondió a Jehováh, diciendo:
⁴ Despreciable soy, ¿qué replicaré?
mi mano pondré sobre mi boca.
- ⁵ Una vez hablé, y no responderé más;
dos veces, y no añadiré palabra.
- ⁶ Y replicando Jehováh a Job desde la nube, dijo:
⁷ Ciñe tu cintura cual varón,
yo te preguntaré, y enséñame.
- ⁸ ¿Aún pretendes menoscabar mi justicia?
¿me condenarás a mí para que tú quedes justificado?
- ⁹ ¿Tienes tú brazos como Dios,
o con voz como la suya truenas?

² ¿Aún litigará con Dios este censor?

⁹ Poder.

- 10 Adórnate de esplendor y magnificencia,
y vístete de gloria y majestad.
- 11 Reparte torrentes de ira tuya,
y a todo soberbio, con mirarle, humíllale.
- 12 Mira, y abate a todo orgulloso,
y a los perversos aplástalos.
- 13 Ocúltalos a todos en el polvo,
cubre su faz de eternas tinieblas.
- 14 Y yo entonces también te confesaré,
que tu diestra es capaz de salvarte.
- 15 He ahí el Behemot, que como a ti crié;
él pace la yerba como un buey.
- 16 Mírale: su fuerza está en sus lomos,
y su vigor en los músculos de su vientre.
- 17 Dobla su cola, fuerte como un cedro;
rígidos son los tendones de sus músculos.
- 18 Sus huesos, tubos son de bronce;
palancas son de hierro sus huesos.
- 19 El es la *obra maestra* de Dios,
su Criador le entregó su *espada*.
- 20 Para él producen yerba las colinas,
y todas las bestias del campo retozan allí.
- 21 Echase debajo de los lotos,
en lo espeso de las cañas y lagunas.
- 22 Los lotos le cubren con su sombra,
cércanle los sauces del arroyo.
- 23 Que se desborde el río: él no tiembla;
tranquilo está aunque pase un Jordán por su boca.
- 24 ¿Cogeránle a su vista?
¿taladrarán con anillos su nariz?
- 25 ¿Prenderás con anzuelo al Leviatán,
o con cordel sujetarás su lengua?

15 *El hipopótamo*, del nombre egipcio *Pehemut*, dice Renán y no existe hoy duda alguna de que él es el descrito aquí poéticamente.

19 Lit.: *el principio de los caminos de Dios*.—*Sus dientes*.

25 En este verso comienza a tratar del Leviatán.—E.

- 26 ¿Le meterás un junco en su nariz,
o atravesarás con anillo su quijada?
- 27 ¿Te dirigirá ruegos suplicantes,
o te dirá palabra de lisonja?
- 28 ¿Hará alianza contigo?
¿Le tomarás por siempre a tu servicio?
- 29 ¿Jugarás con él como con un pájaro,
o le atarás para solaz de tus niños?
- 30 ¿Le cogerán los pescadores con sus emboscadas?;
¿le distribuirán entre los mercaderes?
- 31 ¿Cubrirás tú su cuero con flechas,
o le hundirás en la cabeza el harpón?
- 32 Pon tu mano sobre él:
tendrás recuerdos del combate, y no volverás.

XLI

- S**I, ¹ su esperanza quedará burlada,
y ante su vista quedará aterrado.
- ² No hay hombre tan audaz que le provoque;
¿y quién osará presentarse ante mí?
- ³ ¿Quién me previno con beneficios para que yo deba terri-
Cuanto hay bajo los cielos, todo es mío. [buirle?
- ⁴ No callaré la forma de sus miembros,
ni lo de sus fuerzas, ni la belleza de su armadura.
- ⁵ ¿Quién descubrirá la *superficie de su vestido*?;
y en su doble fila de dientes, ¿quién penetrará?
- ⁶ ¿Quién abrirá las *puertas de su faz*?;
el círculo de sus dientes infunde terror.

³⁰ ¿Le cogerán *los asociados para pescar*, y podrán venderle los tratantes?

¹ La del osado que intentare cogerlo.

⁴ Aquí se reanuda la descripción del Leviatán.—E.

⁵ ¿Levantará sus escamas?

⁶ ¿Le abrirá las quijadas?

- ⁷ Su armamento son *fuertes escudos*,
anillos estrechamente cerrados.
- ⁸ Cada uno está adherido al otro,
y ni el aire pasa entre ellos.
- ⁹ Cada uno se pega a su compañero,
se asen y no se separan.
- ¹⁰ Sus estornudos despiden llamas,
sus ojos, como los párpados de la aurora.
- ¹¹ Fuegos salen de su boca,
chispas de fuego despide.
- ¹² De sus narices sale humo,
como olla al fuego y caldero hirviente.
- ¹³ Su aliento enciende los carbones,
y llama sale de su boca.
- ¹⁴ La fortaleza mora en su cerviz,
y ante su aspecto tiembla el pavor.
- ¹⁵ Las *papadas* de su carne, comprimidas;
apretadas contra él sin movimiento.
- ¹⁶ Su corazón es duro como piedra,
apretado como la *muela inferior*.
- ¹⁷ Ante *su aspecto* tiemblan los valientes
y por sus terrores *yerran el camino*.
- ¹⁸ La espada que le ataca no resiste,
ni lanza, ni saeta, ni loriga.
- ¹⁹ Al hierro lo tiene por paja,
y al bronce, cual madera carcomida.
- ²⁰ El hijo del arco no le pone en fuga,
las piedras de la honda se le hacen aristas.

⁷ Las escamas duras y compactas, en que no queda *respiradero*, como traduce Fray Luis de León.

¹⁵ Las partes carnosas de su vientre no oscilan con el movimiento del animal, son duras y firmes.

¹⁶ Muela de molino.—E.

¹⁷ Ms.: *de su enaltecimiento*; Renán: *cuando él se levanta*; lit.: *de su elevación*, majestad, aspecto imponente.—Probablemente es, *no aciertan a huir*, por el excesivo temor que infunde.

- ²¹ La *maza* es tenida por paja,
y se burla del blandir del venablo.
- ²² Debajo de él, agudas *tejas*;
un trillo arrastra sobre el cieno.
- ²³ Hace hervir el abismo como olla,
pónese espumante como vasija de ungüentos.
- ²⁴ En pos de sí deja blanco su camino,
parece cabellera cana.
- ²⁵ No hay en la tierra otro semejante a él,
hecho para no tener miedo.
- ²⁶ Todo lo elevado mira con desprecio,
él es el rey de todos *los hijos de la soberbia*.

XLII

- Y** JOB ¹ respondió a Jehová, diciendo:
² Sé que lo puedes todo,
y ningún pensamiento se te esconde.
- ³ «¿Quién es éste que sin prudencia empaña mi consejo?»
Cierto que denunciaba lo que no sabía,
cosas arduas para mí, que no las conocía.
- ⁴ «Escucha, y yo hablaré;
yo te preguntaré, y me enseñarás.»
- ⁵ De oídas sólo, había oído de Ti,
mas ahora te ha visto mi ojo mismo.
- ⁶ Por tanto, me retracto y hago penitencia,
entre el polvo y la ceniza.

²¹ Otros: el látigo.

²² Sus escamas son duras como tejas, y así va trillando el barro.

²³ y ²⁴ Con su respiración y fuertes movimientos, agita las aguas, las pone espumantes, y traza una estela por donde va.

²⁵ Bestias fieras.

³ y ⁴ Job repite algunas palabras de Dios.



E P I L O G O



DESPUES ⁷ de hablar Jehováh estas palabras a Job, dijo Jehováh a Elifaz, el temanita: «Mi ira se ha encendido contra ti y tus dos compañeros, porque no hablasteis de mí lo recto, como mi siervo Job. ⁸ Así, pues, tomaos siete becerros y siete carneros, e id a mi siervo Job, y ofreded sacrificio por vosotros: *y mi siervo Job rogará por vosotros*, y por consideración a él, no os haré mal; pues no hablasteis de mí lo recto, como mi siervo Job.

⁹ Y fueron Elifaz el temanita, Bildad el schuíta y Tsofar el naamatita, e hicieron lo que les mandara Jehováh, y atendió Jehováh a los ruegos de Job. ¹⁰ Y Jehováh restituyó a Job de su *cautividad* por haber rogado por sus amigos, y aumentó Jehováh hasta el duplo cuanto había posesído. ¹¹ Y vinieron a él todos sus hermanos y hermanas, y todos sus anteriores conocidos, y comieron pan con él en su casa, y le compadecieron y consolaron por todo el mal que sobre él hiciera venir Jehováh,

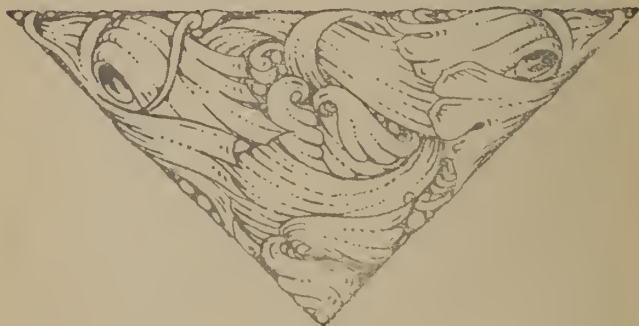
⁸ Hemos añadido este inciso que está en el hebreo, y que omitió, sin duda, el copista.—E.

¹⁰ De su estado calamitoso.

¹¹ Decimos *un peso*, porque a peso se daba; pero no se sabe a cuánto ascendería.

y le dieron un *peso* cada uno y un anillo de oro. ¹² Y Jehová bendijo las postrimerías de Job más que sus principios, y llegó a poseer catorce mil bueyes, seis mil camellos, mil yuntas de bueyes, y mil asnas. ¹³ Y tuvo siete hijos y tres hijas: ¹⁴ y puso por nombre a la primera *Yemimáh*, y a la segunda *Qesiáh* y a la tercera *Qeren-happuk*. ¹⁵ Y no se hallaron mujeres más hermosas que las hijas de Job en toda aquella tierra, y su padre les dió herencia entre sus hermanos.

¹⁶ Y después de esto vivió Job ciento cuarenta años, y vió a sus hijos y los hijos de sus hijos hasta la cuarta generación. ¹⁷ Y murió Job anciano y colmado de días.



¹⁴ *Paloma-Laurel o Laura*—y *Cuerno de unguento*, aludiendo al frasco o vasija de los unguentos, aromas o afeites femeninos.

INDICE

	Págs.
PRÓLOGO DEL EDITOR	3
ADVERTENCIA PRELIMINAR	19

EL LIBRO DE JOB.—INTRODUCCIÓN.

I.—La nueva versión	29
II.—Historicidad del libro de Job en su parte narrativa	32
III.—Historicidad relativa de la parte poética	37
IV.—Unidad e integridad del libro	42
V.—Plan literario e intento del poema	50
VI.—Epoca de Job y de su libro	55
VII.—Solución de dificultades	62
VIII.—Prosigue la solución de dificultades	68
IX.—Corrobórase la remota antigüedad del <i>Libro de Job</i>	77
X.—Forma literaria del poema	82
XI.—El Job de E. Renán	85
XII.—Nota sobre la versión de Fray Luis de León	99
XIII.—Apéndices	103
§ I.—Homilía sobre el Santo Job	103
§ II.—Usos bíblicos en Oriente	116
§ III.—Job, VI, 1-24: traducción en tercetos	119

JOB

PRÓLOGO.—Caps. I y II	125
---------------------------------	-----

PRIMERA PARTE

DISCUSIÓN DE JOB Y DE SUS TRES AMIGOS.—CAPS. III-XXXI

III.—Lamentos de Job	131
IV-V.—Discurso de Elifaz	133
VI-VII.—Respuesta de Job a Elifaz	137

VIII.—Discurso de Bildad	141
IX-X.—Respuesta de Job a Bildad	143
XI.—Discurso de Tsofar	147
XII-XIV.—Respuesta de Job a Tsofar.	149
XV.—Segundo discurso de Elifaz	154
XVI-XVII.—Respuesta de Job a Elifaz.	157
XVIII.—Segundo discurso de Bildad.	160
XIX.—Respuesta de Job a Bildad.	162
XX.—Segundo discurso de Tsofar.	164
XXI.—Respuesta de Job a Tsofar.	166
XXII.—Tercer discurso de Elifaz.	169
XXIII-XXIV.—Respuesta de Job a Elifaz.	171
XXV.—Tercer discurso de Bildad.	175
XXVI-XXVIII.—Respuesta de Job.	176
XXIX-XXXI.—Ultimo discurso de Job.	181

SEGUNDA PARTE

INTERVENCIÓN DE ELIHÚ.—CAPS. XXXII-XXXVII

XXXII-XXXIII.—Primer discurso de Elihú.	189
XXXIV.—Segundo discurso de Elihú.	193
XXXV.—Tercer discurso de Elihú.	196
XXXVI-XXXVII.—Cuarto discurso de Elihú.	197

TERCERA PARTE

INTERVENCIÓN DE DIOS.—CAPS. XXXVIII-XLI

XXXVIII-XXXIX.—Primer discurso del Señor.	203
XL-XLI.—Segundo discurso del Señor	208
EPÍLOGO.—Cap. XLII	213





BS299.2 1923
El libro de Job

Princeton Theological Seminary-Speer Library



1 1012 00063 2275